

ISTORIAS Y COSAS VIEJAS
CONTADAS POR UN VIEJECITO



J. M. AUBIN

ANGEL ESTRADA Y CIA.
EDITORES
BOLIVAR 468 - BUENOS AIRES

HISTORIAS

y

COSAS VIEJAS

Es propiedad de los EDITORES, quienes la ponen
bajo el amparo de las leyes N.^{os} 7092 y 9510.

Dupl. 21221

JOSÉ M. AUBÍN
PROFESOR NORMAL

HISTORIAS
Y
COSAS VIEJAS
CONTADAS POR UN VIEJECITO

LECTURAS SOBRE LOS PROGRAMAS DE HISTORIA

ILUSTRADA CON DIBUJOS DE D. P. MAZZA Y NUMEROSOS GRABADOS

UNDÉCIMA EDICIÓN



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
ÁNGEL ESTRADA Y CIA EDITORES
466 — CALLE BOLIVAR — 466
BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR LA CASA

Diálogos y Monólogos.

Ejercicios sobre los programas de tercer grado.

Ejercicios Graduados.

Nociones de Geografía, para 4.^o grado.

» » » » 5.^o »

» » » » 6.^o »

Historia General, para 3.^{er} grado

» » » 4.^o »

» » » 5.^o »

» » » 6.^o »

Historia Nacional, para 3.^{er} grado

» » » 4.^o »

» » » 5.^o »

» » » 6.^o »

Lecturas sobre Historia Nacional.

Lecturas Geográficas e Históricas.

Vocabulario Infantil.

La Composición y el Estilo.

Anecdotario Argentino.

Mármol y Bronce.

Cuentos de la Abuelita.

Cosas de Niños.

Sentimiento.

Destino.

Vida Diáfana.

Historias y Cosas Viejas, contadas por un viejecito.

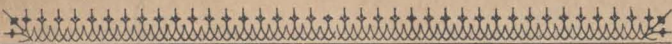
*A los amables niños Sylvinita, Comasito
Caritina y Marquitos de Estrada.*

Carinosamente

El autor.

Mayo de 1914.





PARTE PRIMERA

COSTUMBRES Y COSAS DEL TIEMPO VIEJO

La ciudad de Buenos Aires de antaño y del presente: Contrastes.— Las calles. — Las veredas. — El tráfico. — El alumbrado, el agua y la leche para el consumo de la población, en los tiempos pasados y en nuestros días.— Vista de la ciudad desde la rada. — El embarco y desembarco de pasajeros (I).— El antiguo fuerte. — El Cabildo.— La Plaza grande o Plaza Mayor, y las transformaciones que ha sufrido desde la fundación de Buenos Aires hasta el presente. — La pirámide de Mayo. — Alrededores de esta plaza, y sus transformaciones sucesivas. — Algunos edificios coloniales subsistentes en la actualidad. — La Recova. — El Retiro. — Costumbres callejeras. — Vendedores ambulantes. — El Correo y las comunicaciones. — La navegación en tiempos pasados — El puerto en el pasado y en nuestros días. — La Alameda. — El primer teatro. — La vigilancia nocturna en tiempos atrás. — Antaño y ogaño. — Hombres y cosas.

¡Ah, sí! Lo que don Narciso no sepa en materia de cosas raras y de antigüallas de Buenos Aires, es muy difícil que otro lo sepa.

Tanto ha cundido mi fama de anticuario, que hasta los chicos me tienen por un oráculo en tales asuntos y cuestiones.

Meses atrás estaba yo sentado junto a una ventana gozando de las dulzuras de un bello día primaveral, cuando del alegre charloteo de un grupo de discutidores de 9 a 11 años, se destacó una voz clara y resuelta, que dijo:

— ¡Bueno, no discutamos más! ¡VAMOS A PREGUNTÁRSELO A DON NARCISO!

Que les ocurrirá a estos perillanes—dije entre mí, sonriendo...

No tuve que aguardar mucho tiempo para salir de mi curiosidad.

Con el desenfado propio de los pocos años y con la libertad de que gozan en mi casa los buenos amiguitos de pantalón corto que yo tengo en mi barrio, entraron seis o siete, capitaneados por un tal Manolín, el más avisado y conversador de todos ellos.

—Hola, buena gente. ¿Qué se les ha perdido por esta casa?

—Venimos a que usted, que todo lo sabe, nos diga una cosa.

—Veamos que es ello, no suceda que yo, que según vosotros, lo sé todo, ignore lo que deseáis saber y no pueda contestáros.

—Pues sucede que Pancho, que, como usted sabe, es hijo de don Antonio, *el catalán*, sostiene y asegura que los bollitos de Tarragona toman su nombre de una ciudad de Cataluña que se llama así.

—A mí me lo han dicho así, y mi padre...

—Cállate, hombre, cállate, ¡qué sabe tu padre!

—¡Cómo no va a saber!

—Bueno, bueno; no discutáis y vamos al caso. Y tú, ¿qué sostienes?

—Yo afirmo que los argentinos no tenemos necesidad de ir tan lejos para dar nombre a las cosas ricas.

—Y esta vez tienes razón que te sobra... Escuchad, que voy a explicaros el origen de este nombre.

Habéis de saber que durante la época de Rozas, muchas familias enemigas del tirano, perseguidas y expoliadas bárbara-

mente, perdieron todos sus bienes y se vieron en la dura necesidad de trabajar para no perecer de hambre.

Una de las muchas personas que se vieron en tal extremo, fué una señora perteneciente a la antigua y respetable familia de los *Tarragona*, la que, para poder subsistir, se dedicó a fabricar bollos que un viejo esclavo de la casa salía a vender, y que, por su calidad exquisita pronto cobrara gran fama.

Cuando la señora mejoró de posición, dió la receta de sus apetitosas masas a varias personas, entre ellas a un bueno y fiel servidor que, al abrir un pequeño establecimiento de pastelería, puso sobre la puerta este letrero: *Bollitos de Tarragona*, ejemplo que siguieron todos los que tenían igual negocio y que contribuyó a hacer general la fama de la riquísima golosina.

De modo, que el nombre de *Tarragona*, no lo tamaron los bollos de la ciudad catalana a que se refería Pancho, sino de una noble familia argentina que en los días de prueba buscó en el trabajo honrado los medios indispensables para no perecer.

—¿No ves cómo no sabías? — dijo Ma-

nolín a su contrincante, con un cierto malicioso retintín.

— A mí me había dicho... — objetó Pancho, ya más convencido.

— Bueno, bueno, — dije yo; — ahora ya sabéis lo que deseabais: basta, pues, de discutir y... tan amigos como antes.

Y para distraerles, enseñé a mis visitantes la mayor curiosidad de mi colección; un fraile de madera, obra de un artífice español del siglo XVIII. La estatuilla, que por medio de un sencillo mecanismo camina, mueve la cabeza, alza los brazos y se sienta, asombró a los chiquitines que no creyendo lo que veían, pienso que hasta juzgaron al curioso juguete cosa de brujería.

Pero, así como se dice que las ganas de comer vienen comiendo, puede asegurarse que las ganas de preguntar vienen preguntando; porque, desde aquel momento las preguntas se han ido haciendo tan frecuentes, que no hay día que no me vea obligado a contestar a muchas de ellas.

Tal, quiere saber por qué se les llamaba barbones a los *bethlemitas*; el otro desea saber dónde estaba la calle del Pecado o el *Zan-jón de Matorras*; el de más allá pregunta

dónde estuvo la *vereda ancha*, y a un otro le interesa saber por qué fué tan célebre el *balcón de Riglos*.

El afán con que me interrogan y la atención con que me escuchan mis chiquitines, me han convencido de que las sencillas explicaciones que les doy, sin novedad para los grandes, resultan de interés para ellos... y me resuelvo a escribirlas, para que, así como agradan y satisfacen a mis amiguitos de hoy, puedan ser agradables y útiles a otros que vendrán después; cuando con los años se haya debilitado mi memoria, o cuando ya don Narciso, el viejo amigo de los niños haya emprendido viaje al país del eterno misterio; a la costa fría y desolada de donde nunca regresó el viajero.

I

LA CIUDAD DE ANTAÑO Y DEL PRESENTE
CONTRASTES — LAS CALLES — LAS VEREDAS — EL TRÁFICO

1. Ayer y hoy. — 2. Límites de la ciudad en 1810. — 3. Las quintas. — 4. La capilla de la *Bola de Oro*. — 5. La leyenda del Cristo de la Humildad y de la Paciencia. — 6. Aspecto de las antiguas calles. — 7. Lodazales; carretas empantanadas. — 8. Puentes y terceros. — 9. Médicos a caballo. — 10. Las casas de antaño. — 11. Los portones. — 12. Jardines en los balcones. — 13. Casas viejas que se mantienen en pie. — 14. Calles típicas del viejo Buenos Aires. — 15. La calle de las golosinas.

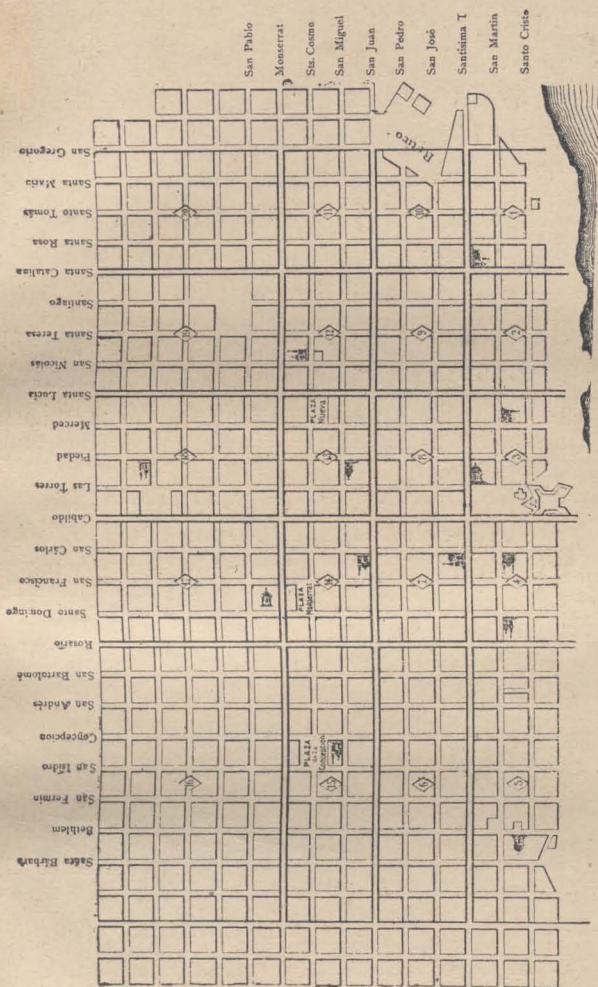
ENTONCES, don Narciso, el Buenos Aires viejo, de cuando era usted chico como nosotros, no se parecía al de hoy?

— ¡Qué se había de parecer!

— Habrá cambiado mucho, entonces.

— ¡Ya lo creo! Tanto, que, ya no los hombres del tiempo de la Independencia, sino los del tiempo de Rozas, si resucitaran no lo conocerían.

En pocos años la ciudad ha cambiado enormemente, pues son pocas en el Mundo



[Plano de Buenos Aires en 1774.

las que progresan de un modo tan extraordinario.

2. ¿Sabéis cuáles eran los límites del casco de la ciudad en 1810, es decir, en la época de nuestra emancipación? Oid y asombrados: por el Norte la calle actual de Cangallo, llamada entonces de la Merced; por el Sur, la de Méjico que era denominada en aquel tiempo de San Pablo y por el Oeste la de San Buenaventura que, dividida en dos, formó las de Salta y Libertad.

Fuera de estas calles las casas se presentaban aisladas, y cada vez más lejanas unas de otras.

Las iglesias de la Concepción, San Nicolás y San Miguel, que hoy están en pleno centro, quedaban entonces en los suburbios; muchos años después de terminado el gobierno de los virreyes, en la vereda de la calle Florida que mira al río, y desde la altura de Viamonte, Temple, hoy Viamonte, hasta el Retiro, aun crecían los tunales y zarzamoras.

La historia ha recogido un hecho que explica cómo de un árbol nacido en esta calle, salió una hermosa obra de arte que guarda una de las iglesias de Buenos Aires.

—Cuéntenoslo, don Narciso, ¿quiere?

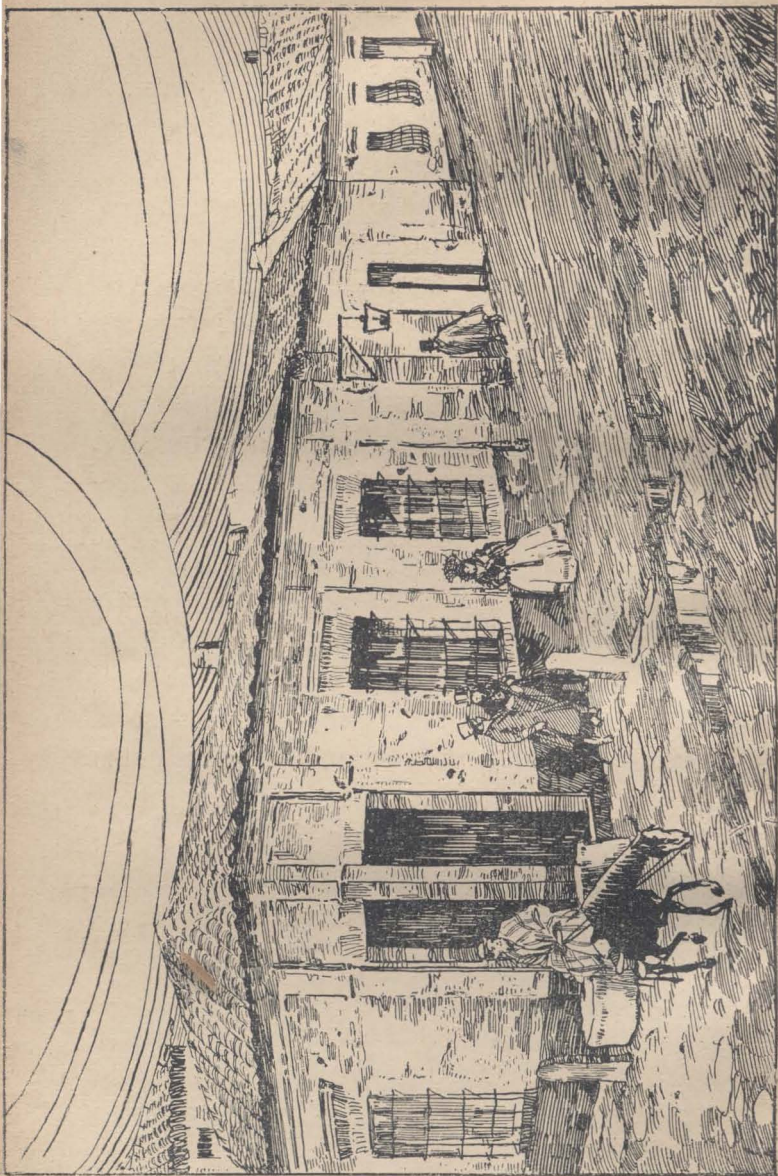
—Con mucho gusto, pero, dejadme acabar lo que os decía.

3. Lo que es hoy la plaza de Lavalle era en la época de Rozas el basurero de la ciudad, el depósito de todos los desechos de la población.

En las manzanas donde están en el día el teatro Colón y la escuela Presidente Roca, había una gran cantidad de altos cipreses, cuyas copas airoas y tristes a la vez, sobresalían por encima de las tapias de barro.

Era aquello la región de las quintas, medrosa y solitaria como todos los suburbios de la ciudad, paredes y tapias de barro, de cuando en cuando algún rosál o enredadera que, rebasando los cercados salía a la calle, charcos y lodazales en éstas es lo que allí se veía, fuera de los miserables ranchos en que vivían todos los mendigos de Buenos Aires con sus familias.

4. Los terrenos en que hoy están emplazados el gran edificio del Consejo Nacional de Educación, la iglesia del Carmen y la Escuela Normal de Profesoras, las Aguas Corrientes y la Escuela de Medicina, así como sus alrededores, eran llamados de la



Una calle de Buenos Aires en 1870.

capilla de la *Bola de Oro*, eran tan apartados y agrestes, que servían de refugio a mucha gente de mal vivir.

Ahora voy a la historia que os ofrecí contaros, cuando os hablé del aspecto que presentaba, en los primeros tiempos de nuestra vida independiente, la actual calle de la Florida.

5. A la hora de la siesta de un fresco día de verano de 1780, paseaba por la hoy aristocrática vía, sembrada entonces de arbustos y plantas silvestres, un fraile mercenario, acompañado de un indio misionero, llamado José, famoso tallista de imágenes.

De repente, el indio se detuvo fijándose en un hermoso árbol que se veía a pocos pasos de uno de los cercos que daban a la mal llamada calle.

—Que te pasa, José,—preguntó el religioso, sorprendido por la actitud del indio.

—¡Oh, Padre! Vea usted, vea qué hermoso árbol!...

—¡Pero, hombre! A ti, nacido en el seno de las hermosas selvas misioneras, ¿qué puede llamarte la atención en este árbol?

— ¡Mucho! Si yo poseyera este árbol labraría la más hermosa imagen de Nuestro Señor Jesucristo.



Casa paterna de Belgrano, hoy derribada.

— Ah, si es así, no te apures: yo compraré el árbol...

Y el religioso, penetró resuelto en la huerta, siendo cordialmente recibido, por un buen viejecito que a su sombra descansaba.

—No puede ser, Padre,—dijo al conocer los deseos del mercedario; este árbol lo planté yo de niño y a su sombra han crecido todos mis hijos; no, no podría verle caer...

Pero, reflexiona que ~~vendiéndome~~ tu árbol sirves a la Iglesia; considera que su tronco se convertirá en una imagen bendita...

Aun opuso algunas objeciones, cada vez más débiles el anciano; pero, al fin cedió.

El árbol fué derribado y de él se hizo entrega al indio José, que empezó su obra, con verdadero anhelo, sintiendo dentro de sí, el fuego sagrado de la inspiración.

Cuando ya terminada, la presentó a la comunidad, arrancó de todos los labios una exclamación de entusiasmo y de sorpresa.

La imagen, que aparece sentada, con la cabeza apoyada en la mano derecha, es



Brocal del aljibe de la misma.

realmente hermosa: subyuga y atrae la dulce melancolía y la tierna resignación de aquel rostro triste y macilento...

— ¿Y se guarda esa imagen?

— Ya lo creo; y si quieres verla, puedes lograr fácilmente tu deseo.

Esta imagen es la del Cristo de la Humildad y de la Paciencia, que se venera en el primer altar que se encuentra a la derecha, al penetrar en el templo de la Merced.

6. Hoy las calles de Buenos Aires están superiormente pavimentadas: pisos de madera o de asfalto en el centro y adoquinados muy bien cuidados permiten cruzar, cómodamente, de un extremo a otro del municipio; y sólo en los suburbios se ven calles desempedradas.

En mi tiempo, sólo las cuadras cercanas a la plaza de la Victoria tenían afirmados, hechos con piedras irregulares, cuyas puntas y aristas molestaban bastante a los transeúntes.

— En aquella época Buenos Aires no había sido nivelado aún, y sus calles presentaban una sucesión de cuestas y declives muy variados y accidentados.

— ¡Qué bien se debía poder jugar en ellas!

—Sí, no niego que se prestaban para que los muchachos diablos o de poco seso, hicieran de las suyas; pero, para las per-



Casa de tipo colonial existente en la esquina Independencia y Defensa.

sonas serias, especialmente para las de cierta edad, eran muy incómodas y fatigosas.

Fuera de esas cuadras, las calles restantes

estaban desaseadas, pues como el servicio de limpieza e higiene eran muy deficientes, iban a parar a ellas muchos deshechos que hoy van directamente al carro de la basura.

— ¡No diga!

7. ¡Vaya! Era así no más. Ya os he contado que las calles no estaban niveladas, y, como tampoco había cloacas, las aguas pluviales que no iban a los *terceros* se encharcaban convirtiéndolas en fangales y formando pantanos incómodos y malsanos, tan peligrosos, que muchas personas no se atrevían a atravesarlas ni aun a caballo.

Se cuenta que en una ocasión, en la calle de las Torres, que hoy se llama de Rivadavia se ahogó un paisano en un lodazal formado cerca de la de Tacuarí, por cuyo motivo, y para evitar la repetición de la desgracia, las autoridades colocaron allí centinelas y prohibieron el tránsito.

De paso os diré que cuando esto sucedió fué allá por los tiempos del señor Vértiz y llovió durante treinta y cinco días sin interrupción; la ciudad quedó completamente incomunicada; los vecinos, confinados en sus habitaciones y las familias tuvieron que alimentarse sólo con comestibles secos.



Entrada del antiguo hospital de los Bethemitas; después cuartel de la partida de Alcaraz Méjico 3.6.

Se suele ver al presente y, de cuando en cuando en los barrios extremos, algún carro cargado de ladrillos, de pasto o cosa



Una carreta de los tiempos viejos.

parecida, hundido en el barro hasta el botón de la rueda.

Lo que ahora es caso aislado, era en-

tonces pan de todos los días y constituía un espectáculo para los vecinos de la cuadra donde ocurría.

Los chicos, especialmente, muy sentados en las orillas o cordones de las altas veredas no se alejaban del lugar hasta que las voluminosas carretas tucumanas de enormes y anchas ruedas lograban zafar al fin de su incómoda posición, a favor de los esfuerzos de muchas parejas de bueyes, aturdidos por la gritería de los conductores y azuzados por los puyazos de las largas picanas.

— ¿Y duraba mucho la empantanada?

— Con frecuencia dos, tres y más días.

— Dígame, don Narciso; ¿por qué sería que los chicos tenían la paciencia de estar sentados esperando que las carretas arrancaran? A mí me parece que a estar en su lugar, me hubiera cansado.

— Yo te diré, — los chicos de aquella época tenían sus razones para hacer guardia de honor a las carretas atascadas en el barrizal.

— ¿Y qué esperaban?

— Ahora lo vas a ver. Aquellos pesados y voluminosos armatostes no salían del atascamiento sino a fuerza de tirones y de in-

clinarse a derecha o izquierda, tanto, que a veces volcaban.

En estas oscilaciones era frecuente la caída de algún cajón de pasas, de tal cual olla de "arrope, de una bolsita de "maní o



En tiempos de la colonia.

de alguna otra de las muchas golosinas que a la capital enviaban los productores de *tierra adentro*; cuando esto sucedía los chiquillos caían sobre el sabroso botín como bandadas de moscas armando una batahola insufrible, coreada por las vociferaciones

de los troperos que protestaban del saqueo a gritos, a insultos... y a chicotazos.

—Usted, señor, habló hace un rato de *los terceros*; quiere decirme qué cosa eran.

—Con mucho gusto. Antes de que se construyeran las obras de salubridad las aguas llovidas se juntaban en las calles más bajas de la población y corrían por ellas con la violencia de verdaderos ríos, hasta confundirse con el Plata.

—¿Y no inundaban las casas?

8. Dificilmente, porque en estas calles las veredas eran muy altas, de una y media a dos varas sobre el centro de la calle.

—¿Y entonces, señor, cómo se subía a ellas?

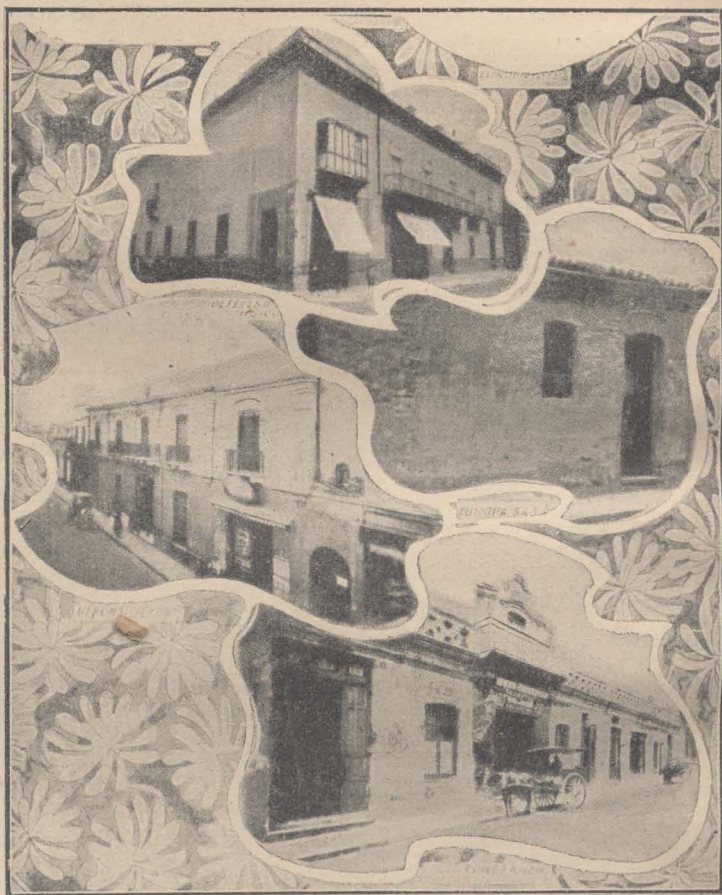
—Por unas escaleras de ladrillo que había en todas las esquinas.

—Bueno, eso sería en tiempo seco; pero cuando las calles parecían ríos, ¿cómo se pasaba de una vereda a otra?

—Por medio de puentes; mira; allá por los años de 1870 a 1872, cuando yo era un mozalbete, aun los alcancé a ver.

Pero es bueno que sepáis que los puentes eran muy pocos, sucedía a veces que los vecinos, imposibilitados de llegar hasta

algún puente, tenían necesidad de quedarse en casa hasta que la tormenta pasaba y que las aguas de *los terceros* decrecían.



Casas de más de un siglo.

—¿Y había muchos *terceros*, señor?

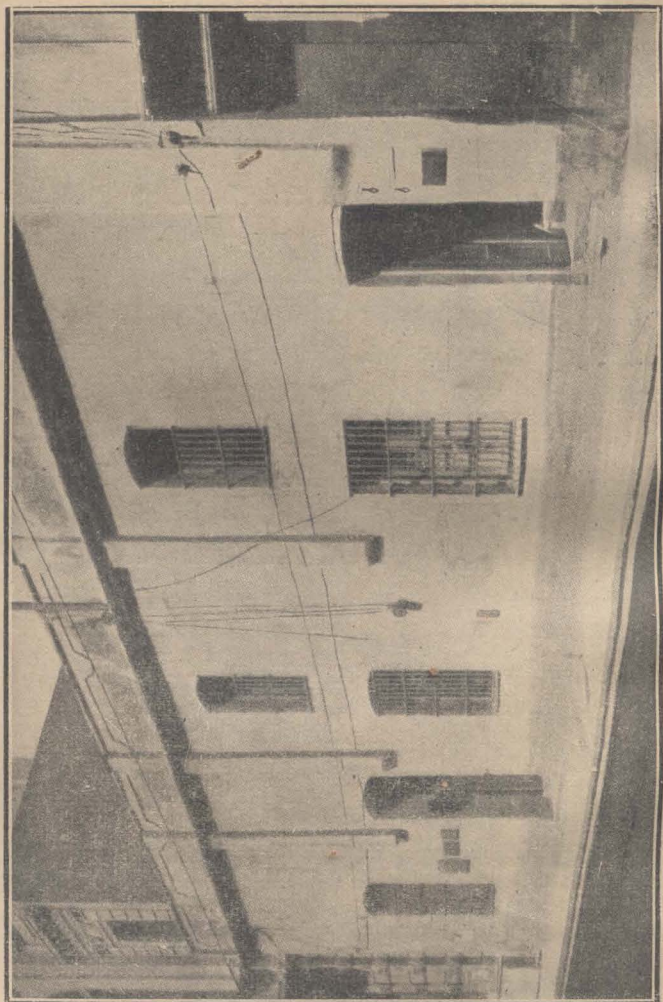
—Sí, eran varios; pero los más nombrados y peligrosos eran, además del *Zanjón de Matorras*, el *tercero del Centro*, y el de la calle de Méjico¹.

Como podéis figuraros, las calles quedaban después de esas lluvias hechas unos lodazales imposible de transitar.

9. Con frecuencia, los médicos, que entonces hacían sus visitas a caballo, tenían necesidad de dejar sus cabalgaduras atadas a un poste, teniendo que caminar varias cuadras en busca de pasos que les permitieran llegar con relativa facilidad al domicilio de sus enfermos.

Las familias que tenían sus casas en la misma cuadra, pero en distinta acera, se veían imposibilitadas por largo tiempo de visitarse, siendo un espectáculo curioso el que ofrecían las señoras cuando de vereda a vereda se daban y pedían mutua-

¹ El *Zanjón de Matorras* corría por la actual calle del Paraguay. — El *tercero del Centro* bajaba por Corrientes, doblaba en Libertad por la que corría hasta frente a la esquina ocupada por el actual Teatro Colón; torcía su camino por la calle actual de Tucumán, volvía a doblar por Cerrito, calle que seguía hasta la de Viamonte; por ésta continuaba hasta encontrar la de Suipacha, continuando por ésta hasta la de Paraguay; después seguía su marcha cortando irregularmente tres manzanas, y desde una barranca bastante elevada, desaguaba en el Plata.



Frente de la casa donde nació el general Balcarce.

mente noticias de su salud o conversaban sobre asuntos de actualidad o de interés.

Era muy frecuente en aquellos tiempos que los vecinos se quedaran algunos domingos sin misa, cosa entonces considerada muy grave, por no serles posible, por por ningún medio, llegar hasta la próxima iglesia.

—¿Pero y por qué no adoquinaban las calles?

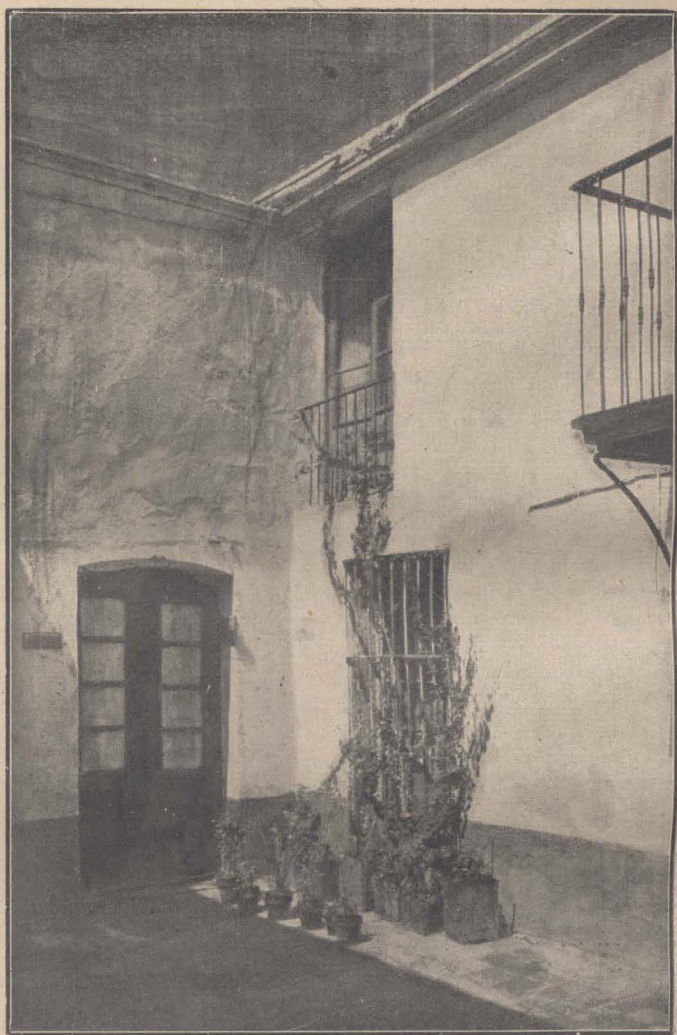
—En primer lugar, porque el Cabildo Municipal o Ayuntamiento no tenía ni las rentas de que dispone ahora, ni la facilidad de procurarse dinero para realizar grandes obras de utilidad pública como hoy sucede; y luego, porque la oposición del vecindario hacía imposible esa reforma.

—Pero, ¿de veras había quién se oponía a que se adoquinaesen las calles?

—¡Tal como lo oís! Era opinión general que las trepidaciones del suelo, producida por el paso y tránsito de las carretas sobre el empedrado, *podría poner a los edificios en peligro* de desplomarse.

—Pero eso lo sostendrían los ignorantes...

—No, os equivocáis. Esa era la opinión de los hombres dirigentes, cabildantes, pro-



Patio de la casa de los Balcarce. En la pieza del ángulo izquierdo nació el vencedor de Suipacha.

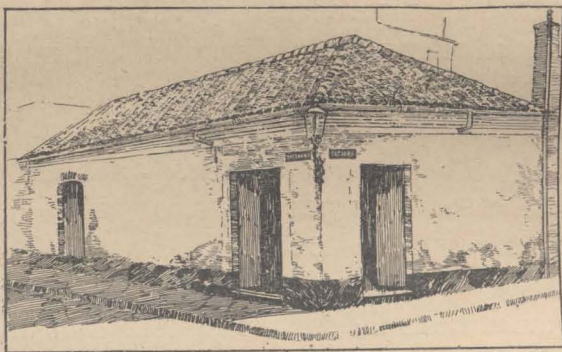
pietarios y hombres de carrera... y, en fin, para que os asombréis por completo, os diré que así pensaba el señor marqués de Loreto ¡todo un señor virrey!

Si a esto añadís que la limpieza pública y el retiro de las basuras no existían y que sólo en el *centro* y una vez por semana se barrían las veredas o aceras por los tenderos, a quienes una disposición municipal imponía tal obligación, os podéis figurar cuál sería el aspecto y estado de las calles de nuestra ciudad, muchos años después de haberse declarado nuestro país libre e independiente de todo poder extraño.

✓ 10. Las casas, que con raras excepciones eran todas de un solo piso, tenían un aspecto pobrísimo: de escasa altura, techadas de teja, de fachadas lisas y mezquinas, desprovistas de todo adorno, con aberturas de mínimas proporciones, distribuidas sin orden ni simetría, nada ofrecían que pudiera hacerlas interesantes a los escasos viajeros que las contemplaban.

El interior correspondía en un todo con el aspecto externo: las piezas, oscuras y con piso de ladrillo, resultaban sumamente bajas, tanto, que en muchas de ellas se tocaba fácil-

mente el techo con la mano: en cuanto a las del altillo, que muchas casas de negocio tenían, y que no eran en realidad sino desvanes, formados por el espacio comprendido entre el techo de las piezas de negocio bajas y las tejas, para introducirse en ellas, los dependientes que las ocupaban veíanse preci-



Casas de la calle Tacuarí y Belgrano.

sados a bajar la cabeza y aun a encoger el cuerpo.

No eran mucho mejores las piezas altas de los edificios de dos pisos, no os figuréis, pues sus ventanas y balcones eran una especie de agujeros, tan mezquinos y estrechos, que hoy, al contemplar los pocos que aun quedan, nos parece imposible que una

persona, aun siendo de exigua estatura, pudiera asomarse a ellos.

—No diga, don Narciso; eso parece cuento.

—Parece, pero no lo es; como os he dicho, aun permanecen en pie, perdidas, puede decirse, entre las edificaciones modernas, algunos curiosos ejemplares de casas como las que os describo¹.

Si tenéis ocasión de contemplarlas, miradlas con cariño y atención y grabad fielmente en la memoria todos sus detalles; de ese modo, cuando sus dueños las hayan derribado para reconstruirlas a la moderna, cuando seáis



Casa de alto de la calle Balcarce 561.

¹ En 1911, ciento un año después de haber cesado el poder colonial, se alzaba en la calle Independencia 373 una casita antiquísima, cuyo techo era de cañizo.

viejos, podréis contar a los jóvenes que os escuchen como yo lo hago ahora con vosotros, cómo eran las casas en que nacieron y vivieron los argentinos que hicieron libre e independiente a nuestra patria¹.

Una sola ventaja tenían aquellas casas sobre las de hoy, que cada día van siendo más reducidas: la amplitud.

Rara era la casa levantada en terreno menor de 17 ¹/₂ varas de frente, y con menos de 75 de fondo; *fondo completo*, como se decía entonces.

—Pero en estas casas así, tan poco cómodas, viviría la gente pobre ¿no?

—No, amiguito, no. En estas casas vivían médicos, abogados, tenderos, militares,

¹ Quedan aún en Buenos Aires al imprimirse este libro bastantes edificios de la época colonial o de los primeros tiempos de la Independencia; entre los que quedan en pie son notables los siguientes por lo típico de su arquitectura y el carácter especial de su construcción: Sarmiento, 1295; Libertad, 329 y siguientes; Alsina, 1016 y 1020; Rivadavia y Chacabuco, esquina NO.; Venezuela y Perú, esquina SO.; Talcahuano, 301; Belgrano y Piedras, esquina NO.; Belgrano, 880, Irigoyen, 351; Belgrano, 1018, 1020, 1022, 1024 y 1026; Chile, 359, 367 y 373; Humberto I, 442; Alsina, 628; Cangallo y Salta, esquina NO.; Córdoba, 929; San Martín, 629 y 631; Bolívar, 180, 276, 280 y 284; Venezuela, 469; Balcarce, 561 (una de las más curiosas y típicas del tiempo viejo); Veinticinco de Mayo, 163 y 186; Bartolomé Mitre, 758; Defensa e Independencia, esquina del NE.; Carlos Calvo, 383; Méjico, 424; Plazuela Dorrego, 439 (se dice que en ella vivió don Bernardino Rivadavia); Estados Unidos 523; Piedras, 418 al 434; Esmeralda, 592, 600 y 630; Rivadavia, 631 a 643; Moreno, 314; Moreno, 702, etc.

pepueños propietarios, lo que hoy se llama clase acomodada; en una casa así escribió don Vicente López y Planes el Himno Nacional; en otra vivió el que fué el primer Presidente de la Nación Argentina, y así era la casa solariega de los Balcarce, de esa familia patricia que dió á la nación generales, diplomáticos, hombres de gobierno y poetas.

Los pobres vivían en ranchos con techo de paja.

— Pero yo he oído contar que en los *tiempos de la patria*, había casas grandes y lujosas...



Casa de la calle Independencia 573, cuyo techo era de cañizo.— Contemporánea de la Revolución, fué derribada en 1911.

— Y es cierto. Un número muy reducido de familias poderosas, los altos funcionarios los que formaban el patriciado, los comerciantes mayoristas, los propietarios de grandes extensiones territoriales, poseedores de

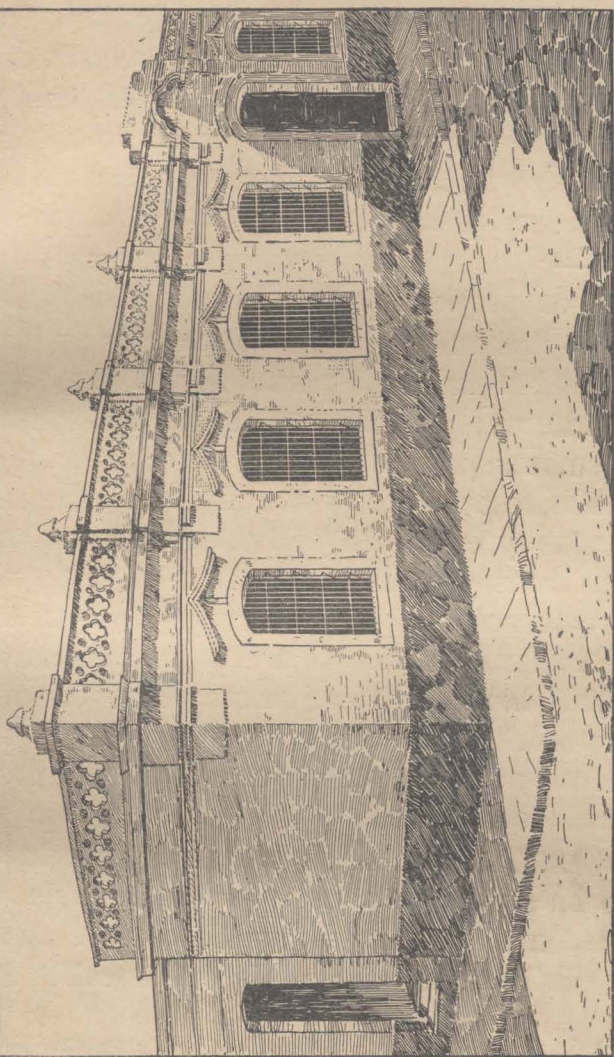
cuantiosas y sólidas fortunas, construyeron en los aristocráticos barrios de Santo Domingo y la Merced, en las manzanas situadas alrededor de la plaza de la Victoria mansiones que, en su tiempo, representaban la última palabra de la comodidad, de la elegancia y del lujo.

Eran estas casas de bastante altura, con frecuencia de dos pisos, techos de azotea, fachadas adornadas y bien distribuidas, portones y patios grandes y espaciosos, balconajes corridos en su mayoría, ventanas desahogadas protegidas por grandes rejas voladas o vizcaínas, como se las solía llamar, de hierro forjado y muchos adornos.

11. Los portones de estos edificios eran de una construcción especial, llamada de cuarterones, como la que representa la figura que tenéis a la vista.

En sus hojas se abrían otras más pequeñas, que eran las de servicio ordinario, pues los portones sólo se franqueaban de par en par a ciertas horas y en contadas ocasiones.

Las puertas menores tenían en su parte superior una mirilla con reja, a través de la cual miraban los porteros quién era el que llamaba antes de facilitarles el paso, muy



Palacio de la "Virreina Vieja", Belgrano y Perú

especialmente de noche, y cuando los tiempos no estaban muy seguros y tranquilos.

12. Los balcones de muchas de estas casas estaban cerrados por tribunas de vidrios¹ y dentro de ellas, las señoras y señoritas porteñas cultivaban bellas y escogidas flores.

— ¡Ah! entonces convertirían esas tribunas en pequeñas estufas o invernáculos...

— Justamente; pero no creáis que las flores así cultivadas eran flores de moda y forasteras; no. Eran todas del país y muy hermosas por cierto; eran comúnmente *arirumas*, especie de jazmines de hojas amarillentas y exquisito perfume; *diamelas*, hoy tan raras y a las cuales llamó el sabio viajero francés Alcides D'Orbigny, las reinas de la flora americana o bien *peregrinas*, de corola blanca y roja, merecedoras en concepto del mismo D'Orbigny de ocupar dignamente preferente lugar en los más famosos jardines del Mundo.

13. También estas casas han desaparecido en su mayoría; pero quedan algunas que pueden daros buena idea de cómo eran:

En la esquina Sudoeste de las calles Mé-

¹ Como los que aun se ven en la casa solariega de la familia Vivot.

jico y Defensa, casi tal como fué edificado, álzase señorial y severo, el palacio de la antigua familia de Vivot, en la calle Defensa, frente al paredón de San Francis-



Casa paterna de Rivadavia.—Defensa 453.

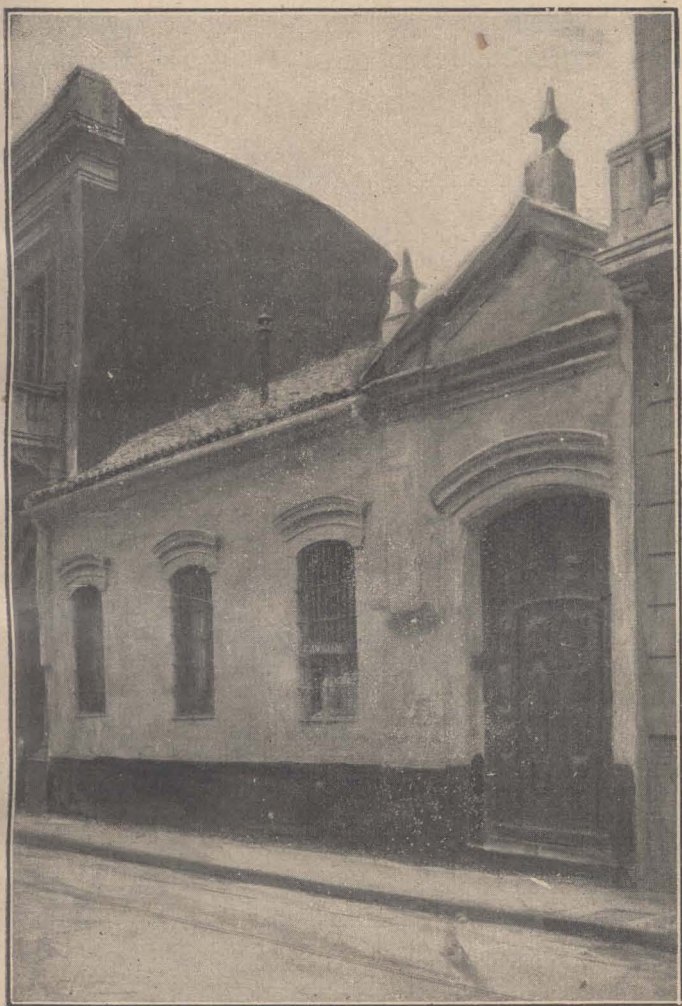
co (N.º 275), existe la que fué de doña Agustina López Osornio de Ortiz de Rozas, madre del tirano don Juan Manuel, y muy cerca de ella (N.ºs 210 al 230), la que edi-

ficó don Juan B. Elorriaga, famosa en su tiempo por ser de altos. Caminando una cuadra al Sur, señalada con el N.º 453, podemos contemplar la casa paterna del primer presidente de la República Argentina, don Bernardino Rivadavia, y en la calle Belgrano, entre Balcarce y Paseo Colón, casi soterrados, pueden verse los restos del lujoso palacio de los Basavilbaso, primera casa que en Buenos Aires tuvo aljibe.

Y, puestos a mirar no os detengáis, caminad unas cuabras, y en la calle de Bolívar núm. 553, también convertida en casa de vecindad, encontraréis la casa de otro linaje ilustre; de la familia Ramos Mexía.

En esta casa, ocupada en 1852 por el ministro de Inglaterra, buscó refugio el tirano Rozas, después de haber perdido la batalla de Caseros, y antes de dejar para siempre el país.

14. Como en aquella época el movimiento mercantil era, comparado con el de hoy casi insignificante; como no había tantas diversiones como en el día se tienen a mano, y, como además la gente salía poco de su casa, la falta de animación, el aspecto tétrico de las casas, la abundancia de rejas



Casa paterna de la familia Ramos Mexía. Bolívar 553. — En esta casa se escondió Rosas, después de Caseros.

que les daban un sello medroso y la ausencia de urbanización y de limpieza, imprimía a las calles de la ciudad porteña un sello triste y antipático, que chocaba a los extranjeros que por curiosidad o por deber la visitaban ¹.

Había algunas que, por estar radicados en ellas determinados negocios, presentaban un aspecto especial y pintoresco.

La actual calle de Bernardo de Irigoyen, que antes se llamó del Buen Orden, era una de éstas: ocupábanla por entero tiendas de dos oficios muy criollos; los *plateros* y los *talabarteros* o *lomilleros*, como también se les llamaba entonces, y se veía siempre concurrida por numerosos grupos de paisanos que, después de haber vendido sus haciendas, trataban de adquirir alguna prenda para ellos o para sus caballos.

Los lomilleros colgaban muchos de los objetos de su comercio en las puertas de sus negocios y aun en la calle formando combinaciones llamativas y curiosas; los plateros exhibían sus mercancías en aparadores pequeños y poco cómodos.

En los aparadores se veían los facones

¹ Alcides D'Orbigny, sabio viajero francés, dijo que la profusión de rejas daba a las casas de Buenos Aires aspecto de conventos.

de bien labrada vaina de plata junto a los estribos de igual metal o confundidos con los mates de pies y boquilla de metales finos y los tiradores de gran lujo, chapeados de monedas de plata, y en muchos casos de onzas de oro.

En banquetas, a ambos lados de la puerta de entrada, amontonadas y bien dispuestas unas encima de otras, se ofrecían a la vista del comprador las sillas de montar, teniendo bordadas en el respaldo unas, las armas de la patria, y otras atributos y divisas federales.

Y formando haces, ristras y guirnaldas, los rebenques de cabo plateado, las costosas riendas trenzadas, las cabezadas de copa de plata y las cañas de botas de montar con llamativos y complicados dibujos de mostacilla de colores...

— ¡Es verdad! En mi casa, en el cuarto de los trastos viejos, hay unas botas así, que fueron de mi abuelo.

Esta calle, era, además de muy animada, una de las más ruidosas de la ciudad; el martilleteo que salía de los talleres, el piafar de los caballos atados en los postes



De esclavo y farol.

y el parloteo de los industriales, criollos vivos y alegres, contribuían a ello.

En la plazuela Vieja, del barrio del Sud, encontrábanse los almacenes más importantes de vinos y comestibles españoles; y en el barrio de Santo Domingo, el más aristocrático de la ciudad, estaban establecidos los principales tenderos así criollos como peninsulares.

— ¿Por qué dice usted, don Narciso, que el barrio de Santo Domingo era el más aristocrático?

— Porque todo él, puede decirse que estaba habitado por familias patricias o de gran posición.

En él alzábanse las casas solariegas de los Obligado, los Vivot y los López Osornio; los Rivadavia, los Belgrano, los de Basavilbaso, de Díaz Vélez, de Larrea, de don Antonio Sáenz, de Lavalle y de Balcarce, nombres históricos todos ellos, y en él vivieron familias de tanto arraigo como las de Zamudio, Martínez de Hoz, Torres, Olmos de Tagle, Trelles, Beláustegui, Aguirre infinitas otras que sería tarea fatigosa enumerar.

— ¿Están satisfechos y enterados?

— Sí, señor.

15. Pues, volvamos a nuestras calles: los mayoristas y los banqueros, agrupábanse del lado del Norte y alrededor de la plaza Mayor, y del mismo lado, en la calle de Cuyo, que hoy se llama de Sarmiento y que tiempos atrás era conocida por la calle de los *Mendocinos*, estaban los negocios genuinamente del país, los que preferentemente vendían los productos elaborados en las provincias.

— ¿Y qué traían de las provincias?

— ¡Uf! Muchísimas cosas. Venían entonces frazadones cordobeses de mucho abrigo, con flores de colores muy vivos, que ponían de manifiesto la riqueza de tonos de las plantas tintóreas de la sierra; colchas de lana tejidas también en Córdoba y Santiago, todas ellas de subido color rojo; pellones tucumanos teñidos de azul turquí, casi negros, irreemplazables por lo mullidos, flexibles y blandos, para colocar sobre la silla o recado del caballo cuando la jornada del jinete debía ser larga y fatigosa; cuando era necesario cabalgar leguas y leguas...

Jergas pampas, tejidos y cribados santiagueños; las riendas trenzadas de finísimas tiras de cuero, de que ya os hablé, al refe-



Paisanos de la campaña de Buenos Aires (1850).

rirme a las lomillerías; infinita variedad de ponchos, de lana ordinaria unos, de seda y de vicuña otros; suelas muy fuertes, pero que olían desagradablemente a cebil; estribos, baúles, primorosamente tallados en los bosques santiagueños.

¿Y en lo tocante a golosinas? En las tiendas de los mendocinos se proveían los amigos de regalarse el paladar de patay, arrope, quesos de Tafi y Cafayate, mazacote, maní, algarrobo de amarilla vaina, dulce y jugoso.

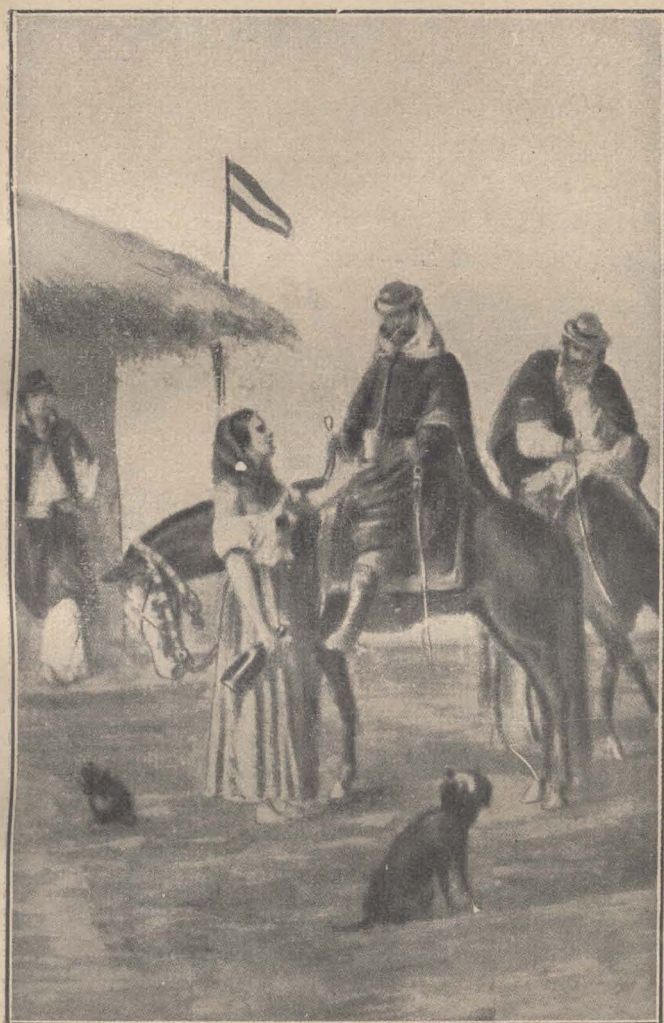
— ¡Anda, anda!

— También se surtían en ellas de pasas, uvas frescas y aceitunas aprensadas de San Juan y Mendoza, de licores exquisitos y de frutas jugosas y de los excelentes vinos de Cuyo y de La Rioja.

En la calle de las Torres, también tenían los negocios mucho aire criollo; pues se vendían en ellos casi exclusivamente objetos y artículos para uso de los habitantes del campo.

— Pero, señor, esa calle de las Torres, ¿dónde estaba?

— ¡Hombre! ¡Dónde está! La calle de las Torres es la que hoy se llama de Rivadavia.



Una pulpera en los suburbios de la ciudad (1852).

Se llamó de las Torres, refiriéndose a las dos de la Catedral...

— Pero don Narciso, ¿si la Catedral no tiene torres...

— Hoy no, pero las tuvo, hasta que en el año 1752 se desplomaron, no siendo reconstruidas de nuevo porque el virrey alegó que *dificultaban la puntería de los cañones de la fortaleza.*

II

EL ALUMBRADO

EL AGUA Y LA LECHE PARA EL CONSUMO

1. El foco eléctrico y la candileja. — 2. Establecimiento de la *iluminación*. — 3. Faroles coloniales. — 4. De esclavo y farol. — 5. El aceite de potro. — 6. Los aguateros y sus carretas. — 7. El precio del agua. — 8. Los lecheros. — 9. Los tambos. — 10. La primera lechería.

EN nuestros días, no se concibe una calle mal alumbrada; y ya no digo el petróleo, el gas mismo nos va pareciendo cosa antigua y de poco más o menos; la luz eléctrica lo va invadiendo todo: calles, negocios e interiores, inundándolo con sus magníficos resplandores.

Cuesta pensar que, como quien dice, ayer no más, Buenos Aires, durante la noche quedaba sumido en la obscuridad más completa cuando la luna no brillaba, o cuando los nubarrones la hacían invisible.

2. Hasta el año de 1780 no hubo en nues-

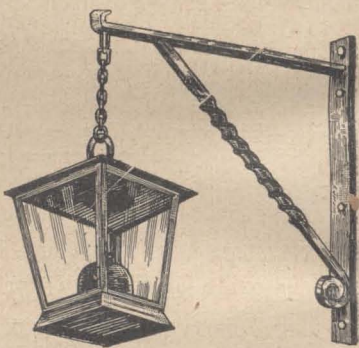
tra ciudad alumbrado público; *la iluminación* como entonces se decía.

En aquella fecha, un gobernante progresista que hizo mucho por Buenos Aires alumbró unas pocas calles del centro, con velas de las llamadas de baño.

3. Estas velas, se colocaban dentro de unos faroles muy pequeños que pendían de sogas, lo que los hacía oscilar grandemente, pues el viento los zarandeaba continuamente.

Como ya he dicho, los faroles eran muy pequeños y como las velas eran además de malolientes sumamente humosas, cuando el humo los llenaba empañábanse los vidrios, la iluminación resultaba ilusoria.

4. Por eso era costumbre que las familias salían de noche *con esclavo y farol*; es decir, acompañadas de un doméstico, que al principio fué siempre un negro esclavo el que marchaba delante de sus señores.



Un farol colonial.

provisto de un gran farolón y de un chuzo; el primero para alumbrar el camino evitando a sus amos resbalones y chapuzones en los charcos o el choque violento contra las grandes rejas voladas, y el segundo para defenderlos de algún asalto de hombres o acometida de animales; porque en aquellos tiempos los foragidos eran muchos, y los perros bravos no eran pocos.

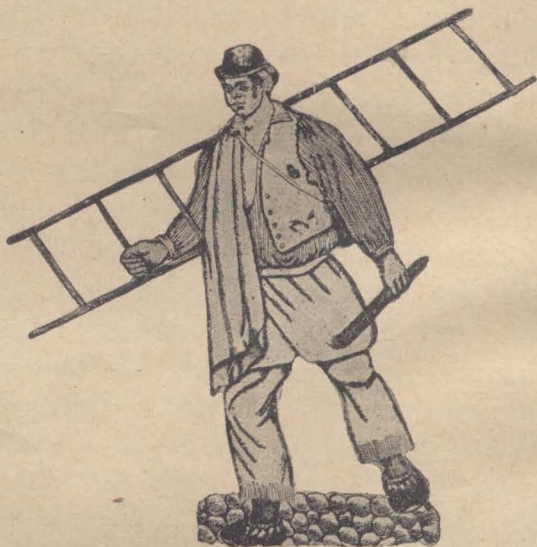
5. Andando el tiempo las velas fueron substituidas por pequeños depósitos llenos de aceite de potro, dentro de cuyo líquido se colocaba una mecha o torcida.

El aceite resultaba tan sucio y nauseabundo como las velas, teniendo, además, otro inconveniente; goteaban los depósitos, y, cuando el viento movía los faroles con alguna violencia, el aceite se derramaba del todo, rociando al transeunte que tenía la poca fortuna de pasar por debajo del aparato, dejándole el traje como es de suponer.

El primer teatro, el de la Ranchería, se alumbraba por tan deficiente medio, por lo que resultaba muy incómodo para los espectadores, y, tan obscuro, que sólo los concurrentes de las primeras filas veían; los demás debían contentarse oyendo.

— ¡Vaya un alumbrado el de nuestros abuelos! Yo creo que para tenerlo así, valía más pasarse sin él.

— Eso no. Cuando os ocupéis más de estas cosas sabréis que hubo un gran argentino, Sarmiento, que dijo una vez: Las cosas,



Encendedor de faroles (1840).

aunque se empiece haciéndolas mal, *hay que hacerlas*.

Y tenía mucha razón: se hace una cosa y sale llena de defectos; a nadie se le ocurre dejarla como está, ni mucho menos pres-

cindir de ella; lo que se procura es perfeccionarla: en eso está y consiste el progreso.

6. Volviendo a mis recuerdos debo deciros que tan malo y deficiente como el alumbrado, era el sistema de surtir de agua a la ciudad.

La de pozo resultaba muy mala, salobre y con frecuencia contaminada; los aljibes escaseaban, no sólo porque su construcción era costosa, sino porque no podían tener semejante comodidad más que las casas de azotea y éstas eran poco numerosas: ya os dije que la mayoría estaban cubiertas de tejas.

No quedaba, pues, otro remedio que beber y guisar con agua del río, y esa era la que se usaba, comprándola a los *aguateros*.

Las carretas de aguatero, eran una de las cosas típicas de la ciudad, que más llamaban la atención de la gente forastera.

Componíanse de tres largos tirantes de los cuales el del centro sobresalía bastante de los otros: estos tirantes estaban unidos por medio de clavijas de madera a otros dos, que los cruzaban en sentido perpendicular.

Este armazón, que constituía el plano del carro, descansaba sobre un eje grueso y robusto, a cuyos dos extremos estaban sujetas

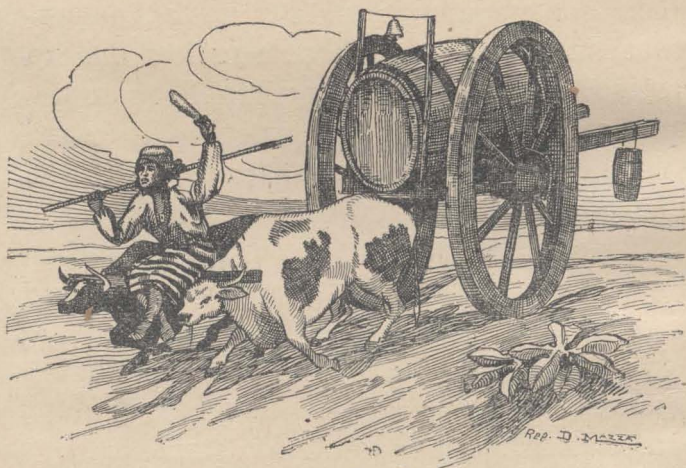
las ruedas de ocho y a veces nueve pies de diámetro.

— ¿Y por qué los hacían tan grandes?

— Para poder penetrar muy adentro del río y poder sacar el agua menos turbia.

— ¿Turbia, señor?

— Turbia sí, ¿qué te figurabas tú? En-



Un aguatero.

tonces las cosas no pasaban como al presente, en que, todos pueden beber a voluntad, y sin otro trabajo que el de abrir una canilla, agua limpia y cristalina.

Entonces el agua, debía dejarse reposar antes de beberla, hasta que se posaba en el

fondo de los tinajones el barro que venía disuelto en el fondõ.

Como os decia: sobre el plan del carro, cuya hechura y modo de construcción os iba explicando cuando me interrumpió este curiosote, se colocaba un gran pipón, en cuya parte posterior y cerca del borde inferior estaba colocada una gran canilla¹ que daba salida al agua contenida en la pipa.

Este pipón iba sujeto al plan del vehículo por cuatro grandes estacas en los extremos; unía las dos estacas delanteras una cuerda sosteniendo una campana, cuyo sonido anunciaba el paso del aguador.

En el extremo del más largo de los tirantes del armazón, y atado fuertemente con correas, veíase una especie de yugo al que se uncían los dos bueyes que tiraban de la carreta: entre los dos animales se sentaba el aguatero, que, ya por medio de la picaña, o bien golpeándoles las astas con una macana, avivaba el paso de los pobres animales, sujetos a una fatiga abrumadora y

¹ Esta canilla, es cosa relativamente moderna: antes de vulgarizarse, usaban los aguateros una larga manga de cuero que partía del punto que más tarde ocupó la canilla, y que, para evitar que el agua se derramase, iba sujeta en un clavo en la parte superior del pipón.

cuyos sufrimientos hacían más dolorosos la barbarie de sus rudos conductores.

7. ¡Ah! Antes de que se me olvide quiero deciros que en la construcción de estas famosas carretas, no entraba para nada el hierro: eran, todas ellas, de maderas duras del Paraguay, y que el agua se vendía por *canecas*, que eran una especie de baldes,



Un lechero en 1848.

también de madera, con una gran asa de cuero: durante mucho tiempo los aguateros cobraron medio real plata por cada cuatro *canecas*.

Estos carros trabajaban afanosamente durante todo el día, menos en el verano, en cuya estación sólo se les veía por la mañana y al atardecer.

8. La leche, indispensable al enfermo, al niño y al anciano, que hoy se vende al público limpia e higienizada, en establecimien-

tos elegantes y aseados, se proporcionaba al consumidor, en los tiempos de que vengo hablando, en condiciones deplorables.

Los lecheros eran generalmente muchachos sucios y abandonados que conducían su mercancía desde las estancias vecinas a la ciudad en vasijas de todas clases, colocadas a ambos lados del caballo.

A la suciedad añadían la malicia, desesperando al vecindario con sus fechorías y malas pasadas.

Si veían aproximarse por la vereda alguna persona pulcramente vestida, cuando la tenían cerca ponían sus caballos al galope, haciéndolos correr por donde el barro era más abundante a fin de que las salpicaduras pusieran perdido el traje del transeunte, al que hacían mil burlas, más hirientes, cuanto más enojado lo veían de tales picardías.

Otras veces eran mujeres las que se dedicaban a este comercio: cubiertas con un poncho y un sombrero viejo, se las veía llegar cada mañana, compitiendo en desaseo con los muchachos.

Era cosa corriente que se bebieran la rica mercancía, rellenando después sus tarros con agua del río, no siempre libre de barro y suciedades.

9. No había lecherías, sino tambos establecidos en el bajo o en barrios ya apartados del centro.

Unas mesas mugrientas y unas cuantas sillas más desaseadas aún, componían todo el menaje de estos establecimientos.



Lechero vasco (1871).

Poco a poco los paisanitos y las mujeres fueron reemplazados por emigrantes vascos, que durante mucho tiempo monopolizaron la explotación del ramo.

10. El primero que intentó establecer verdaderas lecherías fué el progresista vecino don Norberto Quirno, que poseía hermosas *chacras* en el pueblo de San José de Flores.

Este señor estableció en 1822 un depósito de leche, que estaba situado cerca de las casas ocupadas hoy por la «Piuturería de Montserrat.»

III

LA CIUDAD VISTA DESDE LA RADA

EL BAJO

1. Lo que ve hoy el viajero que llega a Buenos Aires. — 2. Lo que veía en otros tiempos. — 3. El bajo. — 4. El fondeadero. — 5. Las crecientes: un bergantín en un almacén. — 6. Una fragata tomada por asalto.

1. Cuando los viajeros que llegan por vía fluvial a nuestra ciudad la contemplan desde el buque que les conduce, gozan de un bellissimo espectáculo.

Altos edificios de elegante arquitectura que parecen querer competir en elevación con las más altas torres, linternas y cimborios de las iglesias; el caserío compacto que se sucede y dilata desde el Riachuelo hasta más allá del Retiro, interrumpida a veces por las manchas verdosas de los parques y de los jardines; las numerosas chimeneas que coronan airosos penachos de humo; las notas de color que se destacan

como puntos brillantes del tono generalmente claro de la edificación, hacen decir al que la contempla: llego a una ciudad, grande, activa y rica.

Y cuando horas después, al poner el pie en suelo argentino le salen al paso los bellos jardines y los graciosos arbolados de los paseos de Julio y de Colón y atraen sus miradas los bellos monumentos artísticamente esparcidos, murmura: estoy en una población culta, hermosa y progresista.

2. También ese aspecto encantador es cosa moderna: unos cuarenta años atrás la visión ofrecida por la Gran Capital del Sud era muy distinta y mucho menos agradable.

Sobre las barrancas dibujábase un cordón de casas bajas, feas, pobres, descoloridas y con un aspecto de vetustez poco atrayente: interrumpían solamente la monotonía de este conjunto los murallones del puerto y las pobres torres de los templos.

3. Esta edificación sin rasgos de comodidad ni de buen gusto, dominaba en el bajo, sin árboles, descuidado y sin higiene; lo que hoy son jardines era una especie de playa desierta, sembrada de arena y de despojos arrastrados por el río.



El fuerte de Buenos Aires visto desde el río.

Con frecuencia se veían amontonados allí muchos pescados que el aire y el sol descomponían rápidamente y era costumbre de los vecinos arrojar al bajo las basuras y los animales muertos, que se retiraban ~~de~~ noche y a cincha.

De manera que el bajo, no sólo era triste y desolado, sino mal oliente. Sólo variaba algo de aspecto en las pocas cuadras de la alameda, vieja y descuidada, pues fué creación del virrey Vértiz.

4. También han variado radicalmente las condiciones del desembarco de pasajeros: hoy los más grandes vapores atracan junto a los cómodos y espaciosos muelles del puerto; pero muy pocos años atrás, desembarcar en Buenos Aires era cosa complicada, molesta y aun peligrosa.

Antes de construirse el puerto actual, los buques, aun los de mediano calado, anclaban a tres o cuatro leguas de distancia de la orilla del río.

— ¿Y por qué se quedaban tan lejos?

Porque las proximidades de la costa, sembradas de bancos de arena y de espacios cubiertos de toscas, eran muy peligrosas y expuestas a naufragios.

Además, las grandes crecientes echaban a los buques tierra adentro y las bajantes que hacían retroceder las aguas grandes extensiones, los dejaban en seco, quedando en ambos casos el buque en posición muy peligrosa.

— ¡Entonces, don Narciso, las crecientes y las bajantes eran muy grandes!

5. ¿Qué si lo eran? Juzgad. Cuenta el viajero D'Orbigny, que en una ocasión, durante una creciente, el oleaje fué tan formidable, que la proa de un bergantín entró por la puerta de un almacén situado en el paseo de la *Alameda*.

En otra las aguas invadieron la plaza de la Victoria; este hecho, nunca visto, atemorizó a los habitantes de la ciudad, que acudieron a implorar la protección del cielo, sacando en procesión al Cristo de Buenos Aires, que aun se venera en la Catedral.

Y cuenta la tradición que así que el Cristo salió de la iglesia, las aguas empezaron a bajar, lo que se atribuyó al poder milagroso de la imagen.

6. Casos de estos, de crecientes y bajadas extraordinarias, son frecuentes en la crónica bonaerense; recuerdo ahora que en

los primeros años de la Independencia una fragata de guerra española se acercó mucho a la costa, quizá para asustar al vecindario con sus disparos; pues, sorprendida por una rapidísima bajante, se tumbó sobre el seco lecho del río, circunstancia que aprovecharon los patriotas para apoderarse de ella.

Pero noto que entretenido en estas digresiones no acabé de contaros cómo desembarcaban los pasajeros de ultramar o de los ríos, en el puerto de Buenos Aires.

Ahí va lo prometido.

IV

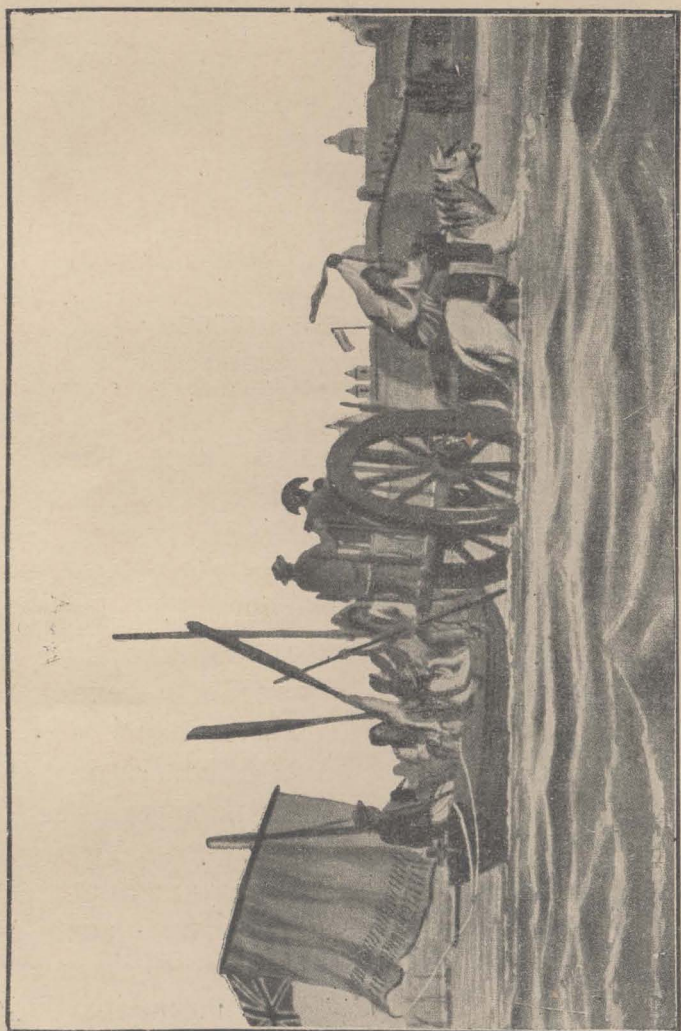
DESEMBARCO DE PASAJEROS

1. Remojones.—2. Los carros de *cajón*.—3. Precio del viaje en carromato.

EL pasajero que llegaba a Buenos Aires, no creáis que por los años de la Independencia o bien en la época de Rozas, sino en tiempos más cercanos, en 1870, desembarcaba del modo siguiente:

Cuando el buque había fondeado, trasladábase a un lanchón, operación no exenta de peligros cuando el oleaje era fuerte y la barca se acercaba y separaba bruscamente de la embarcación mayor; pues era frecuente, en tales casos, que el pasajero poco listo o demasiado temeroso cayera al agua tomando un baño y llevando un buen susto.

Ya lista la barca, empezaba a caminar impelida por el viento que empujaba la vela de que estaba provista: cuando lle-



Desembarco de un diplomático inglés en tiempos de Rosas.

gaba a cierto punto donde la barca ya no podía seguir adelante, bien por falta de agua o por temor de chocar contra una roca, pasaba el pasajero a un carro de los llamados *de cajón*.

2. Estos carros, abiertos por la parte anterior y posterior y provistos de altas ruedas, eran de construcción muy ligera, y al caminar parecía que fueran a desvencijarse.

Tiraban de ellos dos caballos, en uno de los cuales iba montado el carretero y marchaban, por precaución, con paso lento, siendo raro que llegase el pasajero seco a la orilla, pues en los más de los casos, los chorros de agua que penetraban dentro del carromato, ponían a los que en él iban, empapados como sopas.

3. Los dueños de tales vehículos cobraban por tarifa fija, dos reales plata por cada pasajero, así fuese la distancia a recorrer de veinte cuadras o de cincuenta varas.

Si consideráis que después de esta travesía que a veces duraba horas, bajo un sol ardiente o azotado por el viento y la lluvia, el forastero, al poner pie en tierra contemplaba el poco lisonjero y atrayente panorama del bajo y de las descuidadas edi-

ficaciones que lo coronaban y que os he descrito, no os extrañará si os digo que la primera impresión que producía Buenos Aires en el ánimo del que por primera vez la visitaba, era, por regla general, más que mala; pésima.

Hoy, todas estas cosas parecen cuentos; desembarcamos en segundos, y la ciudad, como dueña de casa culta y cortés, nos recibe espléndidamente, poniendo de manifiesto desde el primer momento, sus galas y sus bellezas.

V

EL ANTIGUO FUERTE DE BUENOS AIRES

1. Lo que fué en sus orígenes la *Real Fortaleza de don Baltasar de Austria*.
2. Su aspecto visto del río. — 3. Su interior. — 4. El foso y el puente levadizo. — 5. Demolición del Fuerte: la Casa Rosada. — 6. La Casa de Correos y el Palacio de Gobierno.

LA Casa de Gobierno tal como está al presente, es una obra moderna, pues, data, si la memoria no me es infiel, del año 1882.

En el mismo lugar donde está emplazada abrió don Juan de Garay, al fundar a Buenos Aires, los cimientos de la que, andando los años, fué *Real Fortaleza de don Baltasar de Austria*.

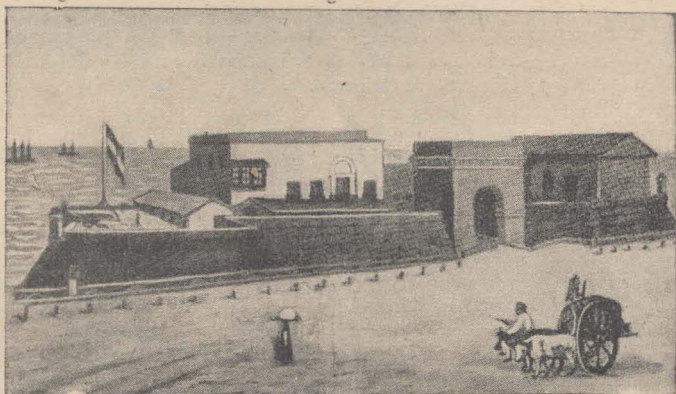
Si pudiérais ver el Fuerte, como también se le llamaba, tal cual fué en sus primeros tiempos, os reiríais de él.

Figuraos que la tal fortaleza no era más que un murallón de tierra apisonada, hecho con la que se sacó al excavar el foso o zanjón que rodeaba el recinto.

— ¿Y estuvo mucho tiempo así, don Narciso?

— Bastante; aunque cada gobernador procuraba mejorarlo. Por fin, a fuerza de años llegó a merecer el ampuloso nombre de Fortaleza.

2. Ofrecía, ya concluido, un aspecto severo y adusto; del lado del río presentaba



El fuerte de Buenos Aires visto desde la Plaza 25 de Mayo.

altos murallones de piedra contra los cuales iban a estrellarse las olas cuando las aguas se encrespaban y a cuyo pie las lavanderas se entregaban a su higiénico oficio, cuando el río estaba tranquilo y el tiempo sereno; junto a este muro había

muchas pozas que utilizaban las lavanderas.

En los ángulos de estos murallones se alzaban garitas redondas, también de piedra, donde, de noche y en los días de lluvia se guarecían los centinelas.

Por sobre del borde del murallón sobresalían las bocas de los cañones que dominaban el ancladero.

Por el lado de tierra las murallas eran de ladrillo, pero de mucho espesor.

3. Dentro de estos muros estaban resguardadas las oficinas del gobierno y la casa del gobernador, primero, y del virrey después.

4. Por la parte de tierra estaba rodeado de un foso, como ya sabéis, que casi siempre estaba seco y que servía a los soldados que guardaban la Fortaleza para entregarse a su diversión favorita, que era el juego de las cartas y a los pilletes de la calle para pelearse, jugar y hacer mil barrabasadas.

En la parte de la muralla que miraba al Cabildo, en el centro, había un gran arco con un fuerte rastrillo que daba ingreso al recinto amurallado por medio de un puente levadizo.

—¿Cómo dijo, don Narciso?

—Levadizo, que quiere decir que se levantaba por medio de las fuertes cadenas que lo sostenían.

—¿Y cuándo lo levantaban?

—Cuando había peligro, porque así se cortaba la comunicación con el exterior y nadie podía entrar.



Casa Rosada.

Cuando Rivadavia gobernó, puso en vez del rastrillo un gran portón, cuya cerradura y llave están ahora en el Museo Histórico.

5. —¿Y cuándo desapareció el Fuerte?

—Yo os lo voy a decir. En el año 1855 la Cámara de Representantes del Estado de Buenos Aires, autorizó al gobernador don

Pastor Obligado para que hiciera del Fuerte una Aduana, salvándose únicamente una parte que continuó siendo residencia de las oficinas del gobierno y que se llamó Casa Rosada por estar pintada de ese color.

El presidente Sarmiento mandó que se construyera en el ángulo que mira al Sur una gran Casa de Correos, y el presidente Roca, dispuso, años más tarde, la construcción de un edificio que hiciera juego con la Casa de Correos; pero aconteció que uno y otro resultaron al fin pequeños para los fines que se tuvo en vista al construirlos, y se resolvió unirlos por medio del gran arco que queda frente a la estatua de Belgrano.

Así se hizo y así está en el día.

—¿Y del Fuerte no queda nada?

—Nada absolutamente, ni un pedazo de pared.

VI

LA ANTIGUA PLAZA MAYOR O DE LA VICTORIA

1. La Plaza Mayor. — 2. Los Altos de Urioste. — 3. El balcón de Riglos. —
4. La Policía Vieja y el Cabildo. — 5. La Catedral y el Palacio del virrey Olaguer y Feliu. — 6. La Recova Nueva y la Vereda Ancha: los Altos de Crisol. — 7. El café de los patriotas y la mercería de García. —
8. Las *bandolas*.

LA Plaza Mayor, como la llamó don Juan de Garay al delinear el plano de Buenos Aires, cambió en 1807 su nombre tradicional por el de plaza de la Victoria, en recuerdo de los gloriosos triunfos obtenidos por el vecindario de Buenos Aires sobre los ingleses.

Era un espacio enteramente raso, sin un árbol, ni más adorno que la modestísima *Pirámide o Altar de la Patria*.

Cruzábanla libremente las carretas y en tiempo de lluvia se convertía en un verdadero lodazal.

De noche, la obscuridad hacíala triste,



Plaza de la Victoria.

solitaria y lóbrega; siendo contadas las personas que por necesidad se resolvían a cruzarla.

Las casas que tenían su frente sobre ella, edificadas antes o en los primeros años de la Revolución, y que, hasta 1870 se mantenían en pie, en casi su totalidad, ya no existen hoy.

Como todas las de la época, eran achataadas, de gruesos muros, y mezquinas aberturas.

Sus fachadas, lisas y casi desprovistas de adornos les daban un aspecto monótono y frío.

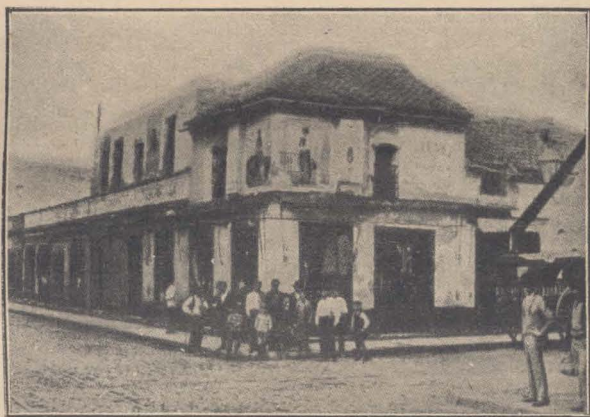
Pero todas, por un motivo u otro; por la notoriedad de sus dueños o por los hechos de que fueron teatro, merecen ser recordadas.

2. En la esquina de las calles de Rivadavia y Bolívar, donde está hoy el Palacio Municipal, se levantaban los *Altos de Urioste*, primera casa de tres pisos edificada en la ciudad.

Como uno de los dos pisos altos (el primero) resultase muy bajo, un chistoso de la época dijo: *que la casa se había proyectado de tres pisos; pero que había resultado*

de dos y medio, frase que hizo suerte y que dió mucho qué hablar y qué reir a los contemporáneos.

3. Seguía a los *Altos de Urioste*, la casa edificada por un señor Duval, que fué después del general San Martín, y que al fin



Casa del siglo XVIII—Bernardo de Irigoyen y Alsina.

vino a parar a manos de don Miguel de Riglos.

Esta casa se hizo célebre por su balcón, desde el cual, las señoras y señoritas patricias contemplaron durante largos años los festejos realizados en los días patrios, las paradas y cuantas solemnidades tuvieron efecto en la histórica plaza.

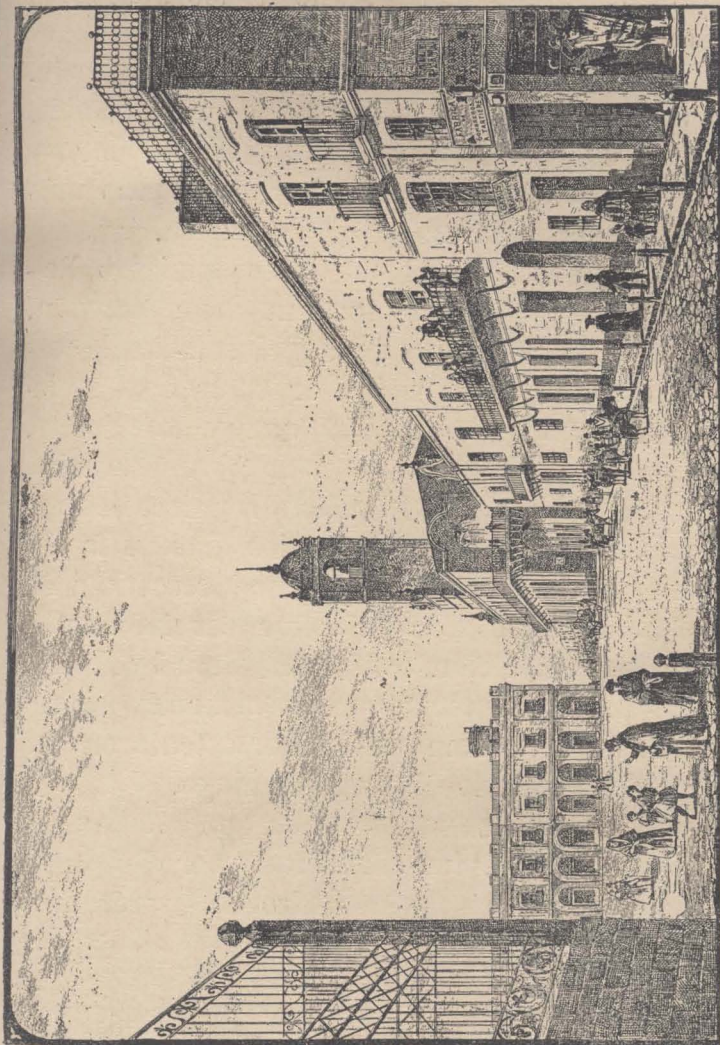
4. A continuación de la propiedad del señor Riglos, alzábase otra, también de altos, pero más modesta (tenía techo de teja), que fué en un principio Seminario y Casa del Obispo, y en la cual se instalaron, finalmente, la jefatura y oficinas de la Policía.

Desde esta casa hasta la esquina de Bolívar y Victoria se extendía el Cabildo, del que se conserva una parte, la que encierra la sala en que se verificó la toma de posesión de la Primera Junta, el día 25 de Mayo de 1810¹.

5. En el costado Noroeste, o sea en el frente comprendido entre las calles de San Martín y Reconquista, se alzaba la Catedral, donde está hoy, pero su aspecto difería mucho del que presenta en la actualidad.

En el sitio que ocupa hoy el Palacio Arzobispal se extendía un gran paredón y en el solar donde se levanta hoy el Nuevo Banco Italiano, en la esquina, estaba emplazada la casa del virrey Olaguer y Feliu, que habitó más tarde el brigadier general don

¹ Durante las fiestas celebradas con motivo del Primer Centenario de la Revolución de Mayo, se colocaron en este salón los muebles y colgaduras que lo adornaban en aquel día histórico y se permitió la entrada al público.



Plaza de la Victoria vista desde la esquina de San Martín y Rivadavia (1854).

Miguel de Azcuénaga, uno de los miembros de la Primera Junta.

6. En el frente que mira al Norte, veíanse algunas casas bajas, con soportales, que empezaban en la esquina de Victoria y Defensa y seguían hasta llegar, poco más o menos, a la mitad de la cuadra.

Donde terminaban los soportales o Recova Nueva, empezaba un gran veredón, la Vereda Ancha, que llegaba hasta la esquina de Victoria y Bolívar en la cual se levantaron los *Altos de Crisol* que ya no existen¹.

7. En esta cuadra, en la Vereda Ancha, hubo un café donde solían reunirse los patriotas, especialmente en los días de la Semana de Mayo, y junto o muy cercano a él, estaba la tienda de un señor García, donde, según la tradición, compraron Beruti y French las piezas de cinta para fabricar las escarapelas que, como distintivo, ostentaron los patriotas, desde el día 24 de Mayo.

El cuarto de manzana en que estaban los *Altos de Crisol*, fué adjudicado por don Juan de Garay al azunceño Pedro de Quirós, uno de los regidores del primer Cabildo de

¹ Cuando el señor Crisol edificó su finca la arquería de la Recova se extendió hasta la esquina de Bolívar, y desapareció la Vereda Ancha.



D. MAZZA

Dama porteña. — Traje de calle.

Buenos Aires; Quirós lo vendió, y su nuevo poseedor lo cedió al poco tiempo de adquirirlo, por un traje de paño.

8. En fila, a lo largo de la Vereda Ancha, lo mismo que en la plazoleta de San Francisco, colocaban sus *bandolas* los merceros ambulantes.

Eran las bandolas unos aparatos en forma de cajones, de unas dos varas de largo por una más o menos de ancho, que se cerraban por medio de una tapa provista de goznes.

Abierta la tapa, y colocada sobre cuatro pies, tenían ya los bandolistas armada su tienda, donde vendían alfileres, dedales, anillos de poco precio, peines, collares de cuentas de vidrio, agujas, rosarios y demás objetos de quincalla.

Sus clientes eran en su casi totalidad artesanos, sirvientas y hombres de campo y gentes de color.

Como los señores de las bandolas fingían un gran descuido, cuando en realidad estaban siempre muy alerta; entonces algún comprador cedía a la tentación de apoderarse de alguna chuchería y el bandolista fingía no verle; pero cuando llegaba el ins-

tante de cobrar, aparentaba apercibirse del hurto, y empezaba a vocear.

Acudían los demás del gremio, y, entre todos, registraban al delincuente; al dar con el objeto substraído, hacían grandes aspavientos; jurando que iban a entregar a la justicia al amigo de lo ajeno, no cesando en su intento, hasta que, aterrado el malaventurado ratero, aveníase a pagar por el objeto robado, dos, tres, y hasta cuatro veces más de su justo valor.

VII

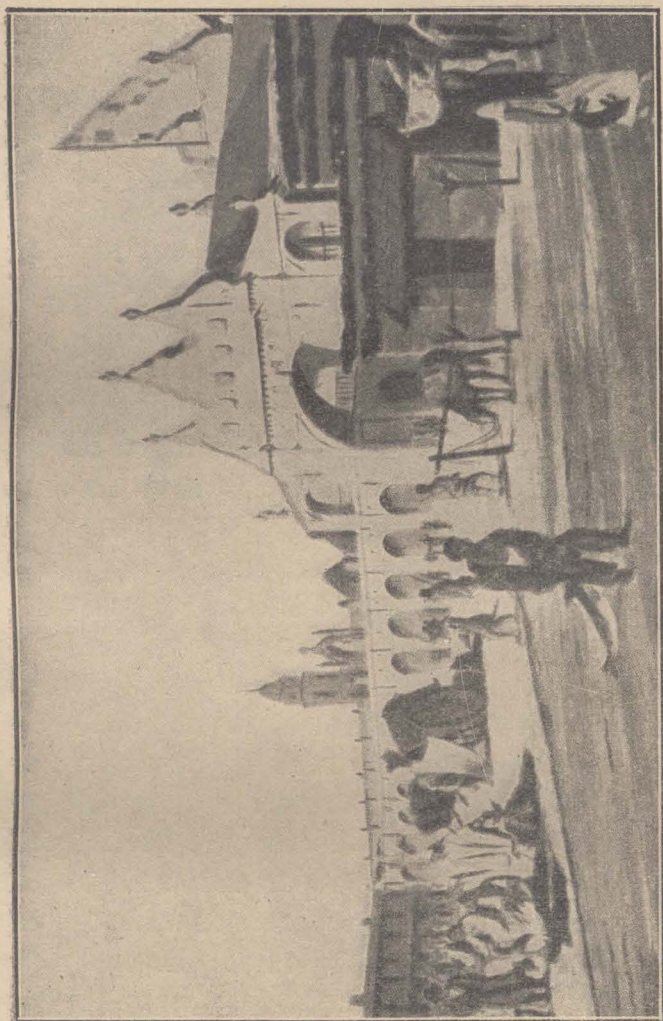
LA PLAZA 25 DE MAYO

1. Plaza 25 de Mayo.—2. El hueco de las ánimas.—3. La casa de los Balcarce.—4. Los altos de Escalada: fonda de *la Catalana*.—5. El Mercado.—6. El mono del señor More.—7. La carroza del Santísimo.

LA plaza 25 de Mayo, comprendida entre las barrancas del río, la Recova y las calles de Rivadavia y de la Victoria, ofrecía un aspecto mucho más triste y descuidado que el de la contigua Plaza Mayor.

De noche era tan obscura y solitaria, que muy poca gente se atrevía a transitarla por temor a un mal encuentro.

2. Decíase que por ella vagaban los aparecidos y era esta creencia tan arraigada entre el pueblo, que hasta 1810 veíase en el terreno donde hoy está edificado el Banco de la Nación Argentina, un letrero que decía: *No pasen por esta calle, que andan las ánimas.*



Plaza 25 de Mayo y Recova Vieja

Con el tiempo desapareció el letrero, pero no el supersticioso temor de la gente de humilde condición, que continuaron creyendo que los fantasmas, ánimas y aparecidos se paseaban por aquellos pagos, como Pedro por su casa.

En el mismo lugar en que hoy se ve la Casa de Gobierno estuvo el Fuerte, residencia de las autoridades coloniales.

3. En la esquina de las calles Balcarce y Victoria, se ve, tal como la edificó hace 150 años su fundador, don Francisco Balcarce, la casa de esta familia ilustre que dió a la patria tantos hombres famosos; guerreros, diplomáticos y poetas.

La puerta de esta histórica mansión se abre sobre la calle Balcarce, y está señalada con el número 161. En la pieza que está a la derecha de la entrada nació el vencedor de Suipacha, y uno de los estrechos balcones de la fachada corresponde al cuarto que, ocupaba Florencio, el joven poeta que herido de muerte por una enfermedad cruel, fué a morir a Europa, lejos de los suyos.

4. A continuación, donde hoy está el Archivo General de la Nación, hubo un edificio que fué cuartel de caballería y de in-

fanteria y que, convenientemente reformado, se convirtió en Congreso Nacional, siguiéndole los célebres *Altos de Escalada* (Victoria y Defensa) que eran, como ya se ha dicho, una especie de conventillo, en cuyos altos vivían artesanos y gente de condición humilde, estando ocupados los bajos por negocios de escasa importancia.

En una de estas tiendas estuvo durante muchos años la famosa fonda de *la Catalana*, que alcanzó gran renombre por la especial manera como preparaba el mondongo.

Esta plaza hacía las veces de mercado.

5. Frente al actual Archivo Nacional se vendían la carne, el pescado, las perdices y mulitas, y frente a los altos de Escalada, la verdura.

Como las ventas se hacían al aire libre, cuando llovía los vendedores se refugiaban en la Recova.

Haciendo grupo aparte, juntábanse muchas morenas, vendedoras de pasteles, tortas de maíz, patas de vaca cocidas y chicha.

Con las sirvientas que acudían al mercado, se producían a cada momento grescas y grandes bataholas entre las que vendían y sus habituales marchantes.



Puerta de la Aduana Vieja.

6. Fué famoso un tumulto en 1818, ocasionado por un mono de grandes dimensiones que poseía la familia de Morel, que vivía cercana a la plaza.

El animal, burlando la vigilancia de que era objeto, logró un día escaparse, y, dando grandes saltos y agudos chillidos, fué a dar en medio de las morenas, produciendo un escándalo mayúsculo.

Las morenas, sorprendidas y aterrorizadas se dieron a la fuga, derribando las cestas y tropezando unas con otras.

Una, menos ligera ó más descuidada no pudo escapar y fué alcanzada por el mono, que la derribó y revolcó por el suelo; y mal le hubiera ido, si la intervención de las demás vendedoras, ya algo repuestas del susto, no la hubieran libertado de las manos de la enfurecida bestia.

7. En el costado opuesto había, en el terreno que ocupa hoy la Bolsa de Comercio, una caballeriza donde se guardaban la carroza del Santísimo Sacramento y los caballos blancos que la arrastraban; varias tabernas muy concurridas por los marineros y trabajadores del puerto.

VIII

ALREDEDORES DE LA PLAZA

(BARRIO DE SANTO DOMINGO)

1. Los barrios de Santo Domingo y de la Merced.—2. La *Virreina antigua*.
—3. La casa del Himno.—4. La jabonería de Vieytes y el Hospital de los bethlemitas—5. Los templos históricos: reliquias sagradas.—6. El café de Mallcos y la morada de Álzaga—Doña Josefa Ezcurrá.—7. El Colegio.—8. La Legislatura rozista y la casa de la primera imprenta.—9. El cuartel de los *Patricios*: la casa de Comedias y la de Rojas.—10. La iglesia de San Telmo: la fundición de Monasterio.

LAS manzanas que rodean la plaza de Mayo, son las más antiguas de la ciudad: formaron los dos barrios aristocráticos de Santo Domingo y de la Merced y son los que han presenciado los hechos históricos más notables que han acontecido en Buenos Aires.

Ya os hablé, no hace muchos días, de algunas de las familias patricias que tenían en ellas sus casas: hoy, quiero hablaros de algunos edificios notables que en ellas exis-

tieron o que aun están en pie, escondidas entre las construcciones modernas.

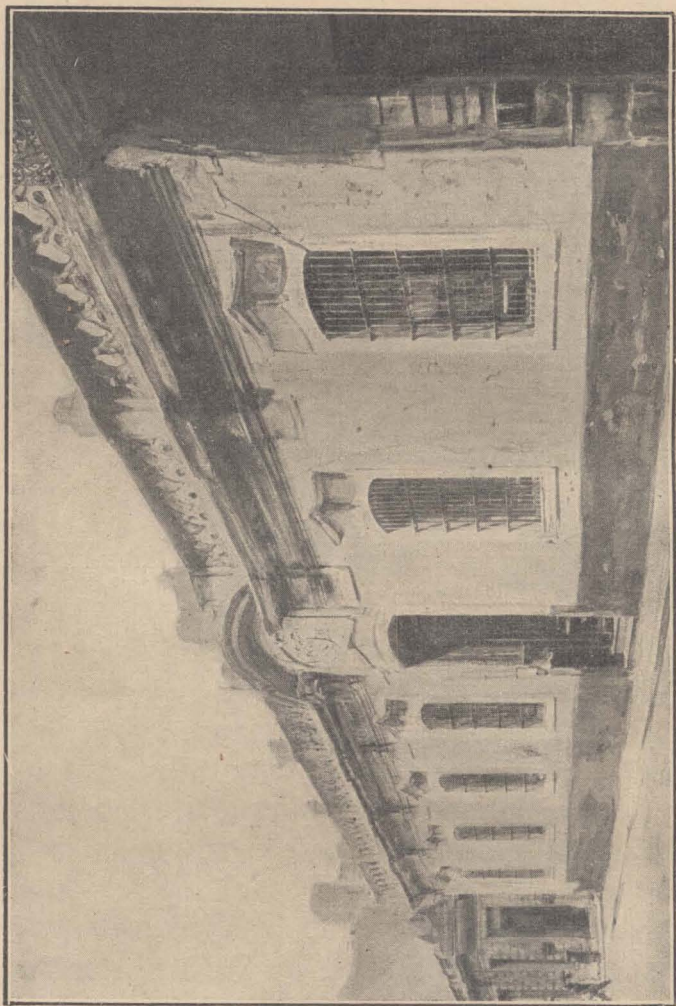
2. Hasta hace poco más de un año, se podía contemplar en la esquina de las calles de Perú y Belgrano la casa de la *Virreina Vieja*, palacio un día y que acabó siendo conventillo.

En aquellas piezas, últimamente habitadas por humildes trabajadores, murió un virrey y su esposa y se celebraron reuniones donde concurrían las personas más encopetadas de la sociedad colonial.

3. Si pasáis por la misma calle del Perú veréis, marcada con el número 541, una hermosa casa moderna ocupada por un gran establecimiento comercial.

¶ Pues en el mismo lugar ocupado por este edificio, se levantaba, pocos años atrás, la casa de la familia López, donde nació y escribió su inmortal obra el glorioso autor de nuestro Himno: así lo advierte la sencilla placa de bronce empotrada en la fachada de la construcción actual.

4. A pocas cuadras de aquí, estuvo otra casa célebre, la jabonería de Vieytes, donde se reunían, después de las invasiones inglesas, los miembros de la sociedad secreta



La Virreina Vieja — Entrada.

que trabajaban para conseguir la Independencia de la patria.

— ¿Dónde quedaba esta casa, don Narciso ?

— En la calle de Méjico, entre las de Tacuarí y Bernardo de Irigoyen. Si seguís calle de Méjico abajo en dirección al río, encontráis un viejo portalón, al lado de la actual Casa de Moneda, situada en la esquina de Defensa y Méjico.

Aquel portalón (n.º 346) fué la entrada del hospital de bethlemitas, llamados también barbones, por usar la barba entera y muy larga.

Cuando este edificio dejó de ser hospital, fué cuartel de la primera policía que hubo en Buenos Aires, llamada de Alcaraz, por ser este el nombre del meritorio ciudadano que la organizó, y más tarde, en la época de Rozas, fué cuartel de Coitiño, uno de los jefes de la sociedad llamada la Mazorca, cuyo solo nombre causaba espanto en Buenos Aires.

5. Si seguimos por Defensa en dirección a la plaza nos saldrán al paso los antiguos conventos de Santo Domingo y San Francisco; y si penetramos en el primero, colo-

cadass dentro de sencillos cuadros, contemplaremos las banderas tomadas a los ingleses por los habitantes de Buenos Aires en los combates de la Reconquista y de la Defensa.

En el atrio de este mismo templo saludaremos el mausoleo que guarda los restos del general Belgrano.

6. Siguiendo por Alsina hasta llegar a Bolívar, en la esquina de ambas calles, donde existe hoy una farmacia, estuvo en los primeros años de la Revolución el café de Mallcos o de Marcos, muy nombrado por reunirse en él los partidarios del doctor Moreno, que fundaron la Sociedad Patriótica, cuyas reuniones tenían efecto en el mismo local del café.

A pocos metros de allí, en el solar ocupado por la casa de la calle Bolívar, entre Alsina y Moreno, con frente al Oeste, estuvo la del célebre alcalde don Martín de Álzaga, que organizó la defensa de Buenos Aires, atacada por los ingleses, y que años después fué fusilado por haber intentado derribar el gobierno independiente y restablecer la autoridad del rey.

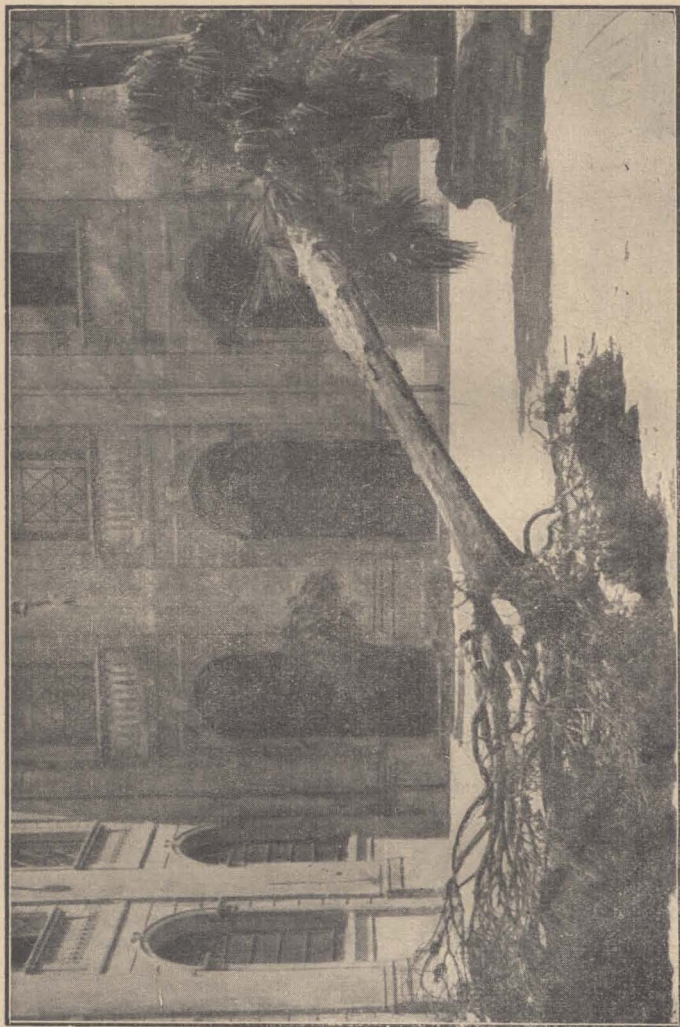
En esta misma calle de Alsina, en el número 463 actual, vivió doña Josefa Ez-

curra, cuñada del tirano Rozas, de la cual se decía que recibía llanamente y agasajaba con liberalidad a todas las negras sirvientas de Buenos Aires, por medio de las cuales sabía lo que decían y pensaban en las casas de las personas poco afectas a su pariente.

7. Dando la espalda a la esquina que fué café de Mallcos, se encuentra la iglesia de los Jesuitas, San Ignacio o del Colegio, que de todas estas maneras se la llama, y a continuación se está construyendo el edificio del Colegio Nacional Central en el mismo sitio que ocuparon los Reales Estudios, creado por Vértiz.

8. Al llegar a la esquina de Bolívar y Moreno, doblemos para dar vuelta a esta manzana, pasaremos por frente de lo que fué Legislatura Provincial en tiempo de Rozas y al llegar a la esquina de Moreno y Perú nos detendremos para dar una mirada a la casa donde estuvo instalada la primera imprenta que hubo en Buenos Aires.

9. Después seguiremos por Perú en dirección a Alsina para contemplar lo que son hoy Museo de Historia Natural y Facultad de Matemáticas y que fueron *Cuartel de Patricios*.



“ Claustro del Convento de San Francisco.
El ciprés plantado por fray Bolaños, y derribado por una tormenta.

Desde sus balcones y azoteas quebraron los hijos de Buenos Aires el poderoso empuje de la columna inglesa mandada por el valiente Cadogan, que allí tuvieron que entregar sus armas.

Frente al Museo, al otro lado de la plaza, en el lugar donde estuvo hasta hace poco el Mercado del Centro, se alzaba en otro tiempo el primer teatro que poseyó Buenos Aires, la *Casa de Comedias*, otra iniciativa de Vértiz...

—Don Narciso; usted siempre habla de Vértiz, ¿quién fué este señor?

—Fué un gobernador de Buenos Aires, muy amante del país, sumamente activo y progresista.

—Se me olvidaba decirlos, que en la esquina de Moreno y Bolívar, en la que actualmente está establecido el almacén mayorista de los señores Raggio Hnos., vivió durante casi toda su dominación, el dictador Rozas en un caserón muy grande, pero de aspecto muy vulgar, que antes de ser derribado fué *Casa de Correos*.

Con esto y con decirlos que en la calle de Humberto I, entre Balcarce y Defensa, está la antigua iglesia de San Pedro Tel-

mo o de la Residencia, edificada por un antecesor del obispo Escalada, quien, viniendo de Europa, y habiendo sido sorprendido el buque que le conducía por una furiosa borrasca que puso a la embarcación en inminente peligro de naufragar, hizo voto a San Telmo, abogado de los marineros, de erigirle un templo si les permitía llegar a puerto, y que en este mismo templo estuvo ubicada la fundición de cañones que, en los primeros días de la Revolución organizó y dirigió el español don Martín Monasterio, termino con el propósito que formé de daros una breve idea de los recuerdos históricos que despierta un paseo por los antiguos barrios de Santo Domingo y del *Alto de San Pedro*.

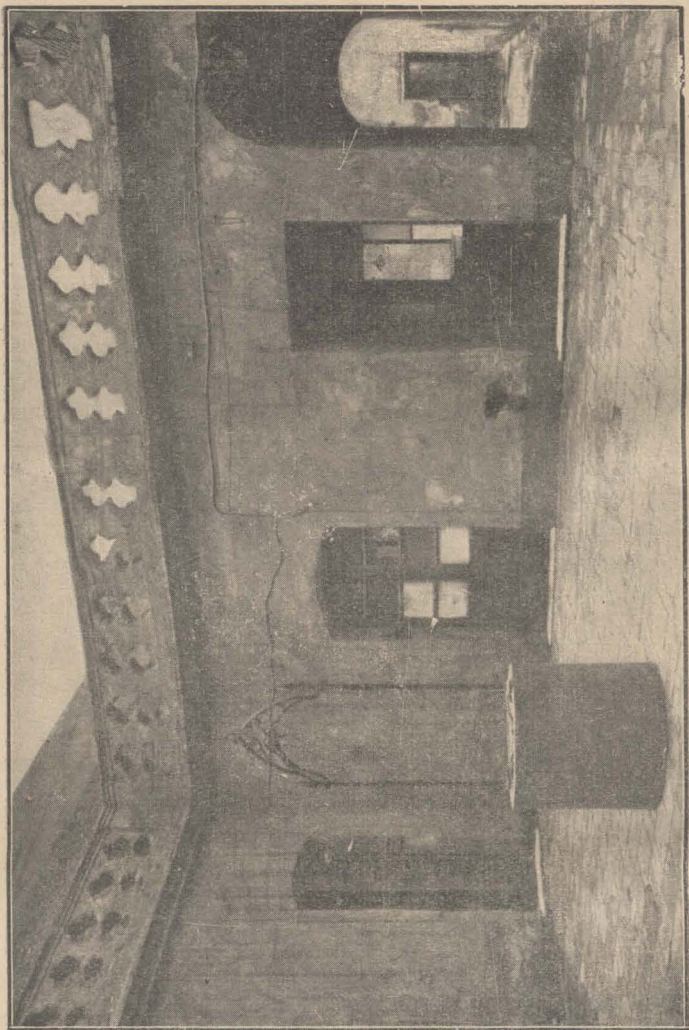
IX

EL BARRIO RECIO

1. El templo de la Merced. — 2. La casa de Garay. — 3. Mansiones históricas. — 4. La primera propietaria de Buenos Aires. — 5. El monasterio de las Catalinas.

EN el barrio del Norte quedan poquismos restos del pasado, pero no así los recuerdos que son muchos.

En el sitio que ocupa el Banco de la Provincia de Buenos Aires, se levantaba en 1810 el edificio del Consulado en cuyo recinto funcionó la gran Asamblea del año 13; y a pocos pasos de allí vese aún el histórico convento de la Merced, desde cuyo pretil dirigió Liniers, el día 12 de Agosto de 1806, las operaciones militares que dieron por resultado la rendición de Berresford y de sus tropas. Junto a la Merced tuvo su gran casa de comercio el patriota de Mayo don Domingo Matheu.



Patio de una antigua casa, Sarmiento y Reconquista.

2. En las dos esquinas de las calles de Reconquista y Rivadavia se levantan hoy dos Bancos: antes fueron dos moradas ilustres.

El terreno donde está el Banco de la Nación Argentina perteneció a don Juan de Garay, y en él tuvo su humilde rancho el fundador de Buenos Aires; y en el de enfrente, hoy Banco Italiano, tuvo su casa el virrey Olaguer y Feliu, cuya tertulia era una de las más escogidas de Buenos Aires: el palacio Olaguer perteneció más tarde al patricio de Mayo don Miguel de Azcuénaga.

3. Un poco más al Norte, en la esquina de Reconquista y Bartolomé Mitre, encontramos otro Banco que fué otra gran morada: es el Banco Británico de la América del Sud; que ocupa el solar de la casa patricia de los Pueyrredón.

También vivieron cercanos a la Catedral el general Pacheco (San Martín, 172), y el general Alvear.

En la calle Sarmiento, 645, vivieron los Ezcurra y en la de Cangallo, la gran familia de los Escalada; y no muy lejos de éstos, en la calle Florida 273, tuvo su morada doña Mariquita Sánchez de Mandeville,



Buenos Aires en 1890.

dama famosa en su tiempo por su gran ilustración y bello talento, patriota ardiente y árbitra de la elegancia y el buen gusto durante toda su vida.

4. En el barrio Recio, vivió la primera mujer que fué propietaria en Buenos Aires, la azuncea Ana Díaz, a quien correspondió en el reparto de tierras que hizo Garay a los primeros pobladores, el cuarto de manzana Florida y Cangallo.

En el mismo barrio estaba el Retiro, y no lejos de él, el apacible y bello templo de los Catalinas, cuyo nombre va unido al recuerdo de los gloriosos días de la Reconquista y de la Defensa.

Las casas de este barrio, en su mayoría modernas, eran más lujosas que las del barrio del Alto: la que edificó don Miguel Gutiérrez, en la calle de San Martín y Sarmiento, fué la más fastuosa y regia de la ciudad.

X

EL CABILDO

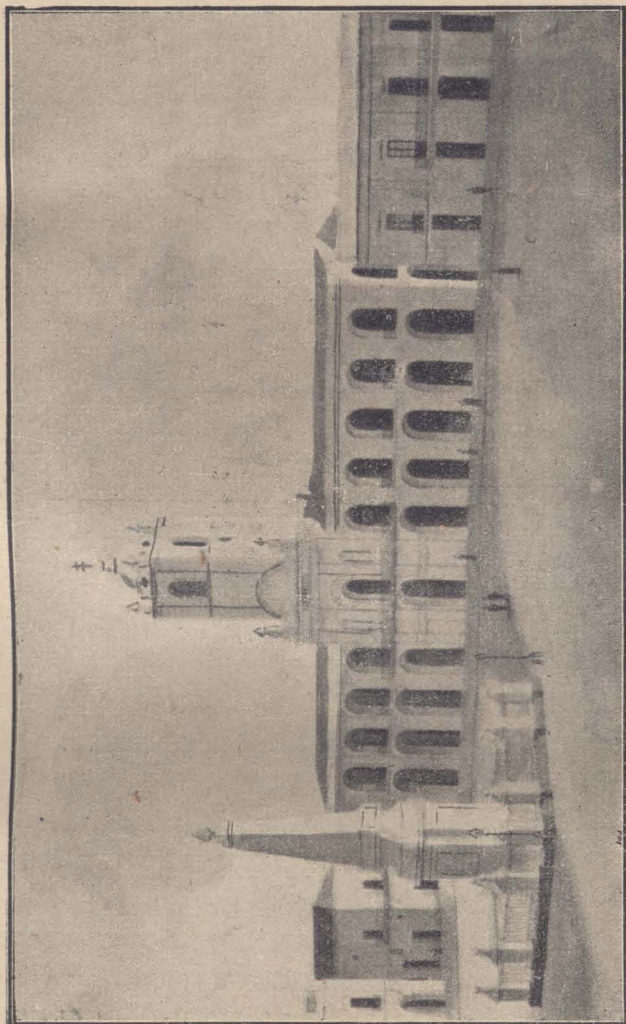
1. La cuna de la Revolución.—2. El salón de la Jura.—3. La cárcel vieja.—
4. La torre del reloj.—5. Una ceremonia de Semana Santa.

EN el frente de la plaza de Mayo que mira al río, formando esquina con la calle Victoria, se conserva buena parte del edificio del Cabildo, de gran valor histórico, pues en él ocurrieron acontecimientos que dieron por resultado la caída del poder colonial y el fin de la dominación de los españoles.

En la galería que da a la plaza se efectuó el Cabildo abierto, de cuyo significado os deben de haber hablado los maestros al rememorar la gran *Semana de Mayo*...

—Sí, señor, sí...

—Pues ya nada os digo de él. Si os fijáis, notaréis que se conserva un balcón



El Cabildo y la primera Pirámide de Mayo.

en el centro del arco, más alto que los restantes...

— Yo ya me he fijado, señor.

— Me alegro de que seas observador; pues, desde aquel balcón, el que después fué general don Martín Rodríguez, anunció al pueblo que ya no gobernaba el virrey, y, desde el mismo leyó Berutti la lista de los miembros que compusieron la *Primera Junta de Gobierno*.

Y dentro, como ya os dije, se conserva aún la sala-histórica en donde prestaron juramento los miembros del primer gobierno patrio.

2. Durante los festejos del Centenario, como también os lo tengo contado, se colocaron en esta sala los mismos muebles y tapices que la adornaban el día 25 de Mayo de 1810, para que el pueblo pudiera darse cuenta del aspecto que presentó en aquella fecha gloriosa.

— ¿Y la visitó mucha gente?

— Muchísima; tanta, que puede decirse que todo Buenos Aires desfiló por ella.

3. Encima del balcón de que os hablé se levantaba la torre con su viejo reloj, el mismo que, según una frase del general

Mitre, marcó la última hora del dominio de los reyes de España en nuestra patria.

Uno de los intendentes de Buenos Aires quiso dar a la torre del Cabildo mucha más elevación de la que originariamente tenía; pero se vió después que el peso de la nueva construcción resultaba excesivo, y hubo que demolerla a fin de evitar un posible derrumbamiento.

En esta torre, más abajo de la esfera del reloj, estaban las armas de la patria, que poco después del movimiento de Mayo substituyeron a las españolas y aun más abajo, una lápida con esta inscripción: «*Casa de Justicia*» «*Cabildo, 1711*».

Esta lámina era de mármol gris-oscuro y las letras doradas.

—¿Usted la vió, don Narciso?

—Claro que la vi y la leí muchas veces.

—Entonces usted debe tener mucha edad...

—Mira, niño; mi edad no viene al caso. Además, es bueno que sepas que hablar de años a un viejo, bien puede considerarse como una descortesía...

4. En la planta baja estaba la cárcel y el cuerpo de guardia, que se habían hecho

famosos por su desaseo, y que daban a la entrada un aspecto desagradable.

En el piso superior estaba la sala de sesiones y todas las oficinas subalternas.

5. Por Semana Santa, se improvisaba en la recova del Cabildo un altar donde durante aquellos días se colocaba una imagen del Salvador al que profesaba el pueblo mucha devoción; al lado del altar se colocaba un pequeño púlpito desde el cual un fraile predicaba a los que visitaban el altar. Esta imagen de Cristo es la que se conserva en la Casa de Ejercicios, en una capillita que tiene entrada por la calle Independencia¹.

De noche, los centinelas no permitían el paso por la arquería y sus gritos de *¿quién vive?* contribuían a hacer más lóbrego el aspecto de la plaza.

¹ La Casa de Ejercicios, situada en la esquina de las calles Independencia y Salta, data del siglo XVIII y tiene por fundadora a Sor María, natural de Santiago del Estero, que será probablemente la primera santa argentina que se venera en los altares, pues el proceso de su canonización, incoado en Roma, está muy adelantado y ha puesto en evidencia las grandes virtudes de aquella religiosa que fué durante toda su vida todo caridad y amor a los desdichados.

XI

LA RECOVA VIEJA

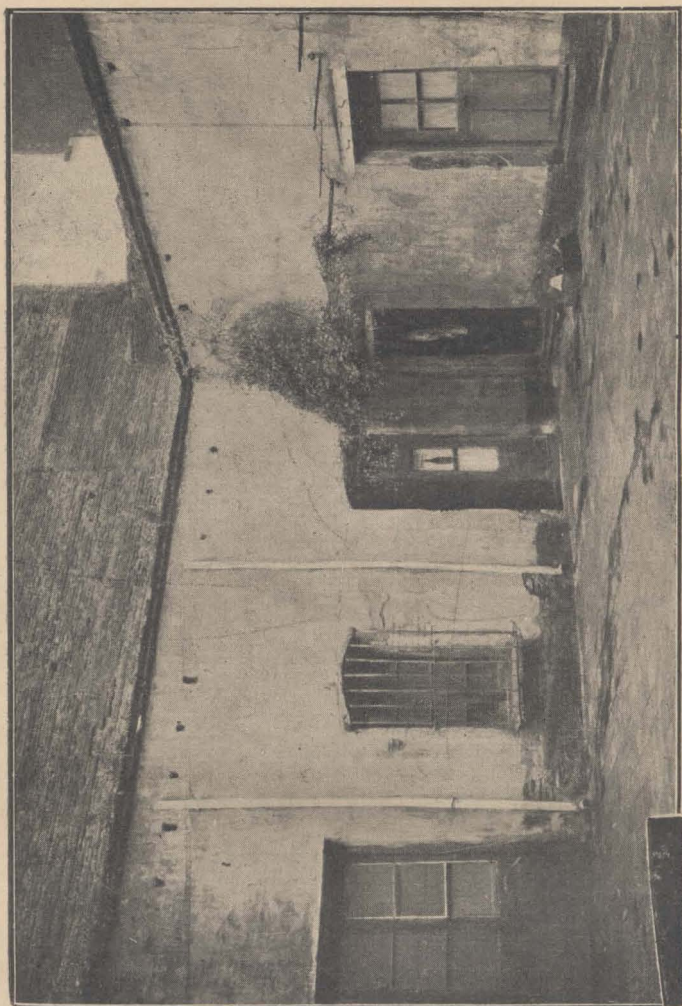
1. La Recova Nueva. — 2. La pastelera Simona y el albañil Antonini. —
3. Negocios establecidos en la Recova. — 4. Cómo fué la Recova. —
5. Demolición de la Recova. — 6. Recova Nueva y Recova Vieja. —
7. La hora de las *vianderas*.

HASTA el año 1884, la actual plaza de Mayo estuvo dividida en dos, llamadas respectivamente de la *Victoria* y *25 de Mayo*, por la Recova Vieja, hilera de piezas con soportales, que se extendía desde los *Altos de Escalada* hasta el *Coliseo*¹.

Esta Recova fué edificada en 1803 por disposición del Cabildo y derribada en 1884, como ya se ha dicho, por el intendente municipal don Torcuato de Alvear.

2. Recién empezada, cayó de un anda-

¹ Los *Altos de Escalada* era una finca perteneciente a la familia de este nombre, situada en la esquina NE. de las actuales calles *Victoria* y *Defensa*: el *Coliseo* ocupaba el sitio donde está hoy el Banco de la Nación Argentina.



Un patio del siglo XVIII.

mio, un capacho medio lleno de escombros, hiriendo en la cabeza a una negra vendedora de pasteles, llamada Sinxona, la que murió á consecuencia del golpe.

Cuando fué demolida, un peón, llamado Juan María Antonini, sufrió un mareo, y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo rompiéndose una pierna.

De modo, que dicha construcción empezó y tuvo fin de un modo desgraciado.

3. En las piezas de la Recova se vendieron al público, con mayor acomodo y aseo, la carne y demás artículos de consumo que hasta entonces se expendían tirados sobre el barro y sin asomo de limpieza.

Más tarde, cuando ya hubo mercados, se establecieron en las piezas ocupadas tiempo antes por carniceros, verduleros y vendedores de caza, pescado, quesos y demás artículos de abasto, gentes de otros oficios, tenderos, zapateros y otros artesanos.

4. Constaba la Recova de dos cuerpos independientes, que estuvieron después unidos por medio de un bello arco, que fué llamado por algunos *Arco de Triunfo*.

Cada uno de estos cuerpos tenía diez piezas con salida a la plaza de la Victoria y

otras tantas que daban a la del 25 de Mayo: cuarenta en total.

Rozas vendió la Recova al doctor don Tomás de Anchorena, y este señor, al hacerla reedificar, abrió una puerta en la pared que separaba las piezas que tenían salida a ambas plazas, de modo que, las



Casa de Ejercicios,

cuarenta habitaciones quedaron convertidas en veinte alojamientos.

5. La demolición de la Recova se hizo en sólo nueve días; cuando al empezarse el derribo el día 8 de Mayo de 1884, el intendente Alvear anunció que las dos plazas estarían unidas en el próximo aniversario de la Revolución, todo el mundo tomó la

cosa a broma y cayó sobre el activo intendente una lluvia de chistes y de carcajadas.

El señor Alvear no se intimidó; día y noche se le veía allí, y por fin, el día 25 de Mayo de 1884, las dos antiguas plazas formaban una sola que llevó desde aquel momento el nombre de *Plaza de Mayo*, que hoy tiene.

6. Cuando en la Recova se establecieron gentes de oficio en substitución de las de mercado, los recoveros nuevos miraban con cierta animosidad a los recoveros viejos establecidos en la arquería de la Vereda Ancha.

Cómo en ésta estaban las oficinas de los escribanos, razón por la cual se le llamaba *Callejón de Ibáñez*, y, como por otra parte, en ella se situaban los buhoneros de las bandolas, un partidario de la *Recova Nueva* dedicó a los de la Vieja, estos versos:

Llaman *vieja* a la Recova,
lo repiten más de cien,
porque al lado hay *una moza*
que quiere parecer bien.

Por fuera tiene bandolas
y por dentro los tinteros;
¿qué se espera de una moza
rodeada de bandoleros?

7. En aquellos tiempos se comía invariablemente a las dos de la tarde, o sea, a la española.

Como a todos los negociantes de la Reco-va, principales y dependientes, se les traía la comida de la fonda, y como los patrones, para ahorrar, se servían de establecimientos baratos, resultaba que a la hora de comer, el tufo a guisotes, especialmente en verano, era tan fuerte y poco exquisito, que sólo 'muy contados viandantes se atrevían a recorrer los soportales a la hora en que los *vianderos*, negros casi todos, los invadian, llevando las viandas o fiambreras colgadas de un palo, como los que, aun hoy, usan los vendedores de pescado.

XII

LA PIRÁMIDE DE MAYO

1. La Pirámide primitiva. — 2. Bajo la tiranía. — 3. 25 de Mayo de 1852. —
4. Un chocolate memorable.

LA Pirámide de Mayo de nuestros días, la que recientemente ha sido trasladada toda entera del lugar que ocupó durante largos años al centro de la plaza, no es, sin embargo, la primitiva.

Así como la de nuestros días quedará dentro del grandioso monumento conmemorativo de la Independencia, que va a erigirse para recordar el primer centenario de la Revolución Argentina, así la primitiva pirámide quedó como formando el alma de la actual.

Fué construída un mes antes de cumplirse el primer aniversario de Mayo de 1810 por los maestros Hernández y Cañete, y es-

taba hecha de adobes cocidos; se pagó por la obra la cantidad de seis mil pesos.

Era más baja y sencilla que la actual y no estaba coronada por la estatua de la República, sino por una sencilla bola de material.

La estatua, que adornaba el frente del Banco de la Provincia, fué colocada en 1860.

Hasta algunos años después permaneció en su primer estado, con la sencilla reja de hierro que la aislaba, la que se apoyaba en doce pequeños pilares, colocados de tres en tres, en cada uno de los ángulos¹.

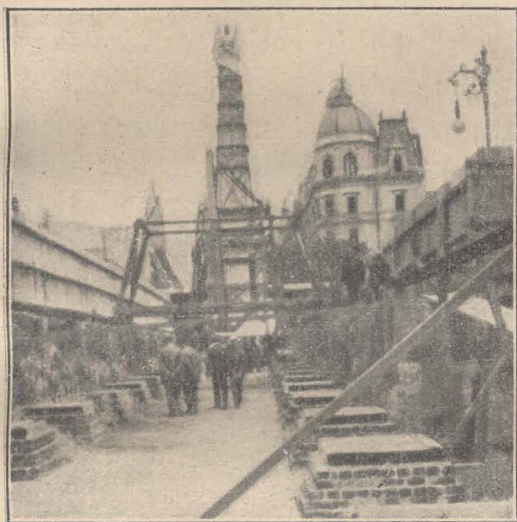
Hasta el año 1826 conservaba en sus frentes inscripciones referentes a la Revolución de 1810.

En 1856 fué alterada en su forma, bajo la dirección del arquitecto Pueyrredón, y después de esta fecha ha sido modificada diversas veces.

En los primeros años de la Patria, el día 25 de Mayo, los niños de las escuelas públicas acudían al amanecer a la plaza; y así que los rayos del sol doraban la cúspide del monumento, se descubrían y cantaban el Himno Nacional.

¹ Una parte de esta histórica reja, está en la casa número 1990 de la calle de Corrientes.

2. Durante la tiranía de Rozas se amortiguó esta patriótica costumbre; el pueblo no podía manifestar su entusiasmo, pues al tirano no le placían la alegría ni las nobles expansiones, ni aun para rememorar las bellas fechas de la Patria.



Traslado de la Pirámide de Mayo a su sitio actual.

Pero, cuando después de la batalla de Careros el dictador cayó del poder, el entusiasmo patriótico, largamente reprimido, volvió a manifestarse tan potente y fervoroso como en la gloriosa Semana de Mayo.

3. En el aniversario patrio de 1852, acu-

dieron a la plaza, a reanudar la antigua costumbre, los niños de las escuelas dirigidos por sus maestros entre los que descollaba el célebre don Rufino Sánchez; todos, niños y niñas, vestidos de blanco y azul, estaban atentos, en medio de la indecisa luz de la invernäl mañana, esperando que el primer rayo de sol hiriera la cúspide del altar de la Patria.

Llegó, por fin, el momento: retumbaron los cañones, todo se bañó de un pálido tinte de rosa, y los niños, acompañados por una banda militar entonaron las notas sagradas del Himno Nacional.

Cuando terminaron, el entusiasmo no tuvo límites; viejos y niños, jóvenes y adolescentes, todos lloraban emocionados.

Dos patricios venerables, don Vicente López y el general Guido, se abrazaron conmovidos en el mismo lugar donde lo hicieron en la mañana heroica del 25 de Mayo de 1810.

4. El brigadier general don Antonio Azcuénaga, que formó parte de la Primera Junta, invitó y obsequió con un chocolate a los jóvenes cantores. ¿Y sabéis quién, a

pesar de su renguera, marchaba a la cabeza de la columna infantil?

— ¡Quién sabe!

— Pues nada menos que el venerable almirante Brown; y, como es natural, tampoco adivinaríais qué distinguidas personalidades esperaban a los escolares, en el zaguán de la aristocrática morada del prócer.

— ¿Quién, don Narciso, quién?

— Pues oid: los generales Díaz Vélez, Escalada y Paz; el bravo Zapiola, Lamadrid, Pueyrredón, Perdriel, Quesada y don Mariano Saavedra; y mezclados con ellos Lezica, Pinto, Iriarte... ¡oh! yo no me cansaba de mirarles y de repetir sus nombres gloriosos.

Y luego qué chocolate y cuántas golosinas.

Figuraos, que dirigiendo las sirvientas que de continuo aparecían cargadas con las grandes chocolateras, atendiéndonos y colmándonos de bondades estaban las damas de más fuste de Buenos Aires, las señoras de Azcuénaga, Lasala, Alvear, Riglos, Quintana, Escalada, Cordero, Bas, García, Olazábal, Mandeville, Telechea... ¡qué sé yo! Eran tantas que sus nombres me escapan de la memoria.

— Pero, ¿usted estuvo, don Narciso?

— Ya lo creo; yo era alumno de don Rufino Sánchez, un maestro tan bueno y amable; tan sabio y tan sencillo, que su memoria es grato y cariñoso recuerdo para los que fuimos sus discípulos.

XIII

EL RETIRO

1. *El Retiro*: origen de su nombre. — 2. El asiento de negros. — 3. La Plaza de Toros. — 4. Los cuarteles del Retiro. — 5. Paseos domingueros. — 6. El Campo de la Gloria.

Uno de los primeros gobernadores de Buenos Aires, llamado Agustín de Robres, poseía en el barrio Recio o del Norte, una casa de campo que comprendía dentro de muros todo el terreno que es hoy plaza *General San Martín*, finca que adquirió más tarde el señor don Miguel de Riglos.

A esta posesión se le llamaba *El Retiro*.

— ¿Y por qué, don Narciso?

— No está esto aun muy puesto en claro; hay quien opina que este nombre le vino de la próxima ermita de San Sebastián, que servía de refugio o retiro a un monje penitente; otros creen que el tal nombre fué sólo un capricho del gobernador.

—¿Y la ermita dónde estuvo, don Narciso?

—Venía a quedar en la barranca situada frente a la actual calle de Maipú, y su cruz, que era llamada popularmente *Cruz Grande*, señalaba el límite del ejido de la ciudad.



Una porteña en traje de amazona (1848).

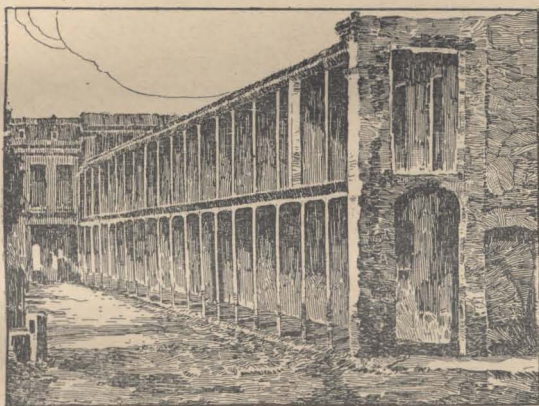
—¿Sabéis lo que significa la palabra ejido?

—No, señor.

—Pues se llama así a los campos o terrenos despejados inmediatos a una población y pertenecientes a la misma, donde

suelen pastar los ganados o establecerse las eras para trillar el trigo.

Entonces, aquellos parajes, completamente desiertos, estaban como separados de la ciudad por el zanjón de Matorras que, cuando crecía mucho, a consecuencia de las lluvias, los incomunicaba por completo.



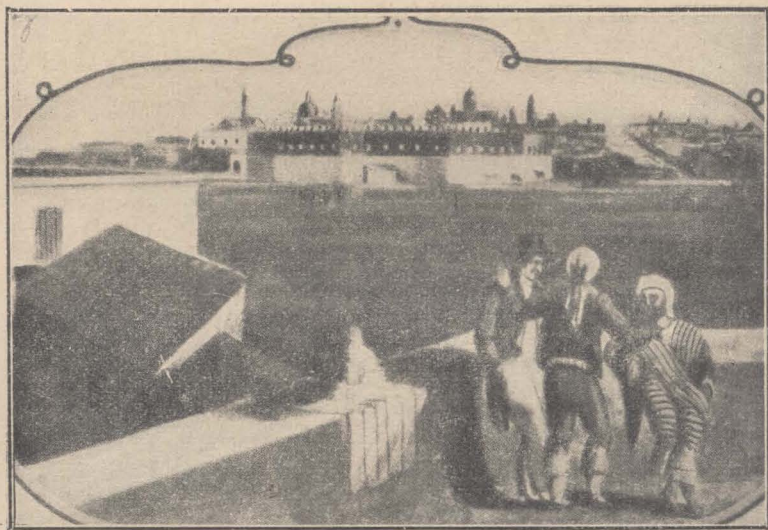
Antigua Recova de la plaza Montserrat, hoy General Belgrano.

2. *El Retiro* pasó con el tiempo a ser propiedad de una Compañía inglesa, que tenía el privilegio de vender negros esclavos en Buenos Aires.

A consecuencia de una guerra que estalló entre ingleses y españoles, las autoridades se apoderaron de los bienes de aquella

Compañía y entre ellos de la mencionada posesión.

3. Entonces se abrieron las calles que son hoy de Maipú y Esmeralda y se construyó en ella la nueva Plaza de Toros, que antes estuvo en la plaza de Montserrat.



La Plaza de Toros, vista desde el Retiro.

La Plaza de Toros era un gran edificio de material, de forma octógona, y podía contener diez mil espectadores; en su interior, además del redondel donde se toreaba, había series de palcos para la gente de calidad, y graderías para el pueblo.



Cortesias callejeras. — El saludo.

4. Cuando después de la Independencia se prohibieron las fiestas o corridas, fué demolida, y con sus materiales se construyeron los cuarteles que hasta hace pocos años existieron en la plaza actual: una explosión que causó sesenta víctimas, destruyó en pocas horas una parte de estos edificios.

5. Era costumbre, en los domingos y días de fiesta, pasear por el Retiro, lo que daba aquellos lugares, en tales días, notable animación.

6. En la Plaza de Toros se fortificaron los vecinos armados de Buenos Aires, para resistir al general Levison Gower, jefe de vanguardia del ejército inglés, que en 1807 invadió nuestra ciudad; conserva aún entre el pueblo su nombre tradicional, pero ha cambiado varias veces de denominación oficial.

Después de los triunfos conseguidos contra los soldados británicos, se le dió el nombre de *Campo de la Gloria*, porque allí empezó la Reconquista y en aquel punto terminó la defensa.

Llevó también el nombre de *Campo de Marte*.

XIV

LA ALAMEDA

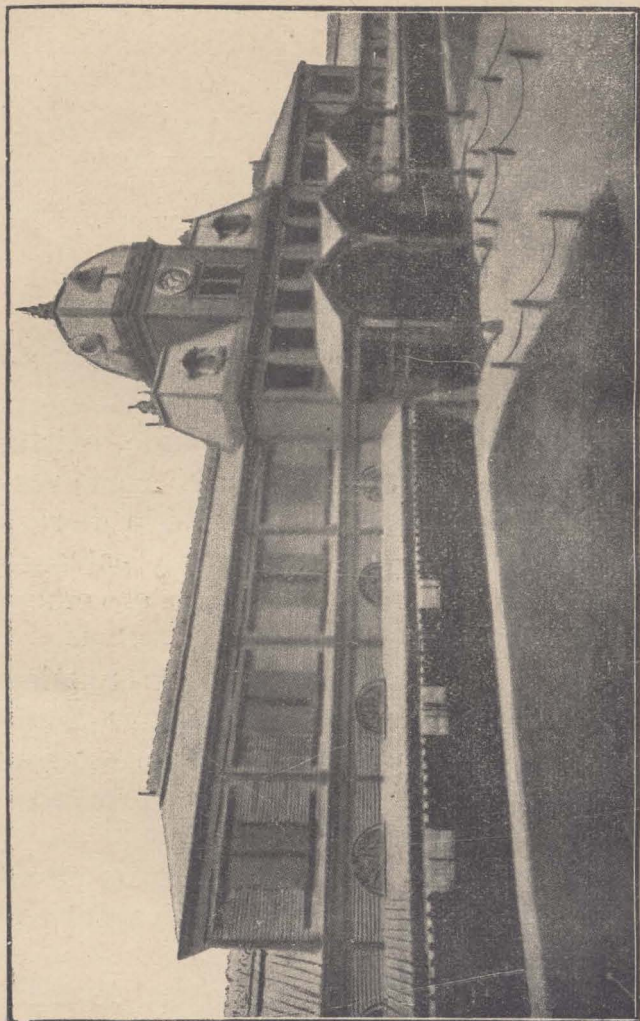
1. Lo que era la Alameda.—2. Las tertulias y la Alameda.—3. Paseos y cabalgatas.

DONDE está hoy el paseo de Julio, existía cuando yo era un muchacho como vosotros, el paseo de la Alameda, sitio de reunión preferido de los marineros y patrones de las embarcaciones que hacían el comercio de los ríos.

También era punto obligado de reunión de los chicos aficionados a remontar *barriletes*, muy especialmente cuando no estaban secos y transitables los caminos que conducían a las quintas.

La Alameda que, como otras tantas cosas buenas, fué debida a una iniciativa del gobernador Vértiz...

—Si usted me permite, señor, le haré una pregunta.

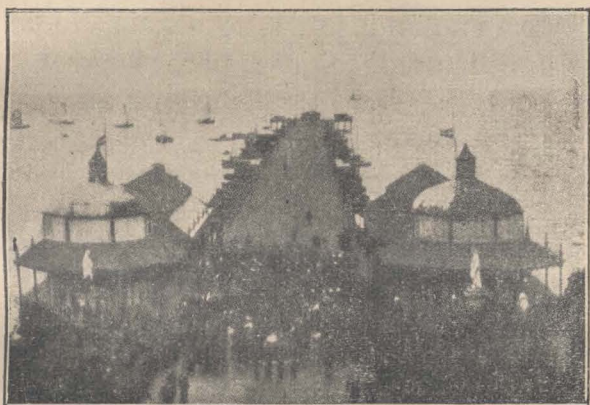


Estación Central del Paseo de Julio, destruida por un incendio.

— Ya lo creo que te lo permito y con mucho gusto te contestaré. Veamos qué es ello.

— Pues es que usted, refiriéndose al señor Vértiz, unas veces le llama gobernador y otras virrey.

— Le llamo así, porque este mandatario



Antiguo muelle de pasajeros.

modelo fué ambas cosas, pues gobernó en dos ocasiones.

Primero fué gobernador y luego, en su segundo periodo gubernamental ascendió a la superior categoría de virrey; ¿estás satisfecho?

— Sí, señor.

— Pues continuó. La *Alameda*, que tenía escasamente dos cuadras de extensión se distinguía del resto del bajo, por estar un poco mejor nivelada y en tener, por todo adorno, una doble fila de ombúes, que nunca llegaron a desarrollarse bien, y en estar dotada de poyos o asientos hechos de ladrillo.

2. Los días de fiesta la concurrencia aumentaba, notándose la presencia de algunas familias conocidas; pero las señoras, principalmente, pronto dejaron de verse por allí, ahuyentadas por los alborotos, riñas y altercados que promovían en el paseo y en las pulperías a él cercanas, los marineros, soldados y gentes de groseras costumbres que a diario lo concurrían.

Sólo unos cuantos señores ancianos, perseveraron en la costumbre de congregarse allí, formando pequeñas reuniones o tertulias.

3. La *Alameda* y el *Retiro* fueron, durante muchísimos años, los únicos paseos de Buenos Aires; pero, como en aquellos tiempos en nuestra tierra todo el mundo era jinete, los porteños se resarcían de la escasez de lugares de esparcimiento, con las excursiones y cabalgatas que organizaban a los pueblos de las cercanías y a lo largo de la costa.



Antiguo viaducto del ferrocarril de la Ensenada.

XV

COSTUMBRES CALLEJERAS — VENEDORES AMBULANTES

1. La obra del progreso.—2. Los vendedores de velas y de escobas.—
3. El escobero.—4. Pasteles y tortas calientes.—5. Hermosa fran-
queza de otros tiempos.—6. El farol de *Ña Micaela*.—7. Los alfa-
jores del negro Domingo y las rosquillas de *Tía Marica*.—8. El
hormiguero.

EL progreso, que ha cambiado totalmente el aspecto de nuestra ciudad, ha hecho desaparecer una multitud de tipós que contribuían a dar a nuestras calles un aspecto y fisonomía pintoresca y curiosa.

2. Hoy no queda ni recuerdo del vendedor de velas, quien, con un palo atravesado sobre los hombros, como el que aun hoy usan los pescadores, iban por las calles pregonando su mercancía, que en manojos atados por el pabilo colgaba del tal travesaño, ni tampoco resuena el grito de *aceituna una*, lanzado con su voz gangosa por el

negro *aceitunero*, quien, con una gran plancha de madera colocada sobre la cabeza, plancha llena de platos de diverso tamaño, vendia la rica aceituna de Mendoza, aliñada con aceite, vinagre, ají, cebolla, ajo y limón.



Vendedor de velas (1830).

3. También ha desaparecido la figura popular del escobero y la típica del pampa vendedor de plumeros.

4. Y con ellos se han ido los que más hondo recuerdo han dejado, los vendedores de dulces y masas, queridos hasta la exa-

epoca

geración por los chicos y por los grandes, y a cuyas manos iban a parar los reales y los medios con que la bondad paternal obsequiaba a los pequeños cuando se mostraban sumisos y juiciosos.

Estos vendedores, hombres y mujeres, expendían con preferencia: por la mañana, *pasteles*, y por la tarde, *tortas calientes*.

Estos vendedores colocaban sus tipas en las esquinas de las calles más centrales y aristocráticas, ante las cuales se detenían las más encopetadas damas, al salir de

hacer sus visitas, a llenar sus pañuelos de las sabrosas golosinas.

5. Y era muy común que, en la hidalga



Vendedor de pasteles (1840).

franqueza de aquellos buenos tiempos, las encopetadas compradoras departieran un ratito con las humildes morenas, pues con contadisimas excepciones, pertenecian a esta raza todos los torteros de Buenos Aires.

6. Había una de estas vendedoras, renga, por más señas, llamada *Na* Micaela, que tenía su puesto de venta en la esquina de las calles actuales de la Victoria y Bolívar.

Esta buena mulata conocía a todas las personas de alguna suposición que vivían en la ciudad, y como era parlanchina, de genio alegre y zalamero, movía la lengua durante todo el día, pues no pasaba persona alguna por delante de su humilde parada sin que le dedicara, según su edad, posición y sexo, ya un respetuoso saludo, o, bien, una amable lisonja o un galante cumplido.

El farol de esta buena mujer era el último que se extinguía por la noche, ya fuere ésta apacible o borrascosa.

— ¿Qué farol, señor?

— Es cierto; olvidé daros este detalle.

Los vendedores de pasteles, de noche, o mejor dicho, al anochecer, colocaban un farolito de vela de baño, frente al lugar donde tenían sus puestos de venta.

Esta señal servía de anuncio y de *réclame*, como se dice hoy día.

7. Hubo algunos de estos *masiteros* que lograron conquistar mucho crédito.

La tradición nos habla de un *negro Domingo*, cuyos alfajores no tenían rival.

Este Domingo, se instalaba todas las tardes, con permiso de su *amia vieja*, como él llamaba a doña Flora Azcuénaga, en el amplio portal de la suntuosa mansión que esta distinguida dama poseía en la esquina de las calles Florida y Rivadavia, donde hoy está el *Grand Hotel*, y allí permanecía hasta que los habituales tertulianos de la casa se retiraban.

También ha perdurado la memoria de una tal *tía Marica*, cuyas rosquillas de maíz y tortas de Morón eran preferidas y buscadas por las personas de buen paladar, y de una familia de pasteleros, los *Grangdos*, cuyos alfeñiques y pasteles se hicieron famosos.

Con todas esas figuras del pasado se fué, para no volver, el *hormiguero*, personaje un día de mucha importancia.

8. Ya os he dicho que casi todas las casas de Buenos Aires tenían fondo completo, y que eran muy raras las que no tenían huertas o jardines.



Arrieros mendocinos.

Pero tanto los jardines como las huertas tenían un adversario terrible, las hormigas, verdadera plaga que no dejaban ni una flor, ni una hoja de verdura.

Para acabar con ellas, o, cuando menos para tenerlas a raya, se llamaba al *hormiguero*, como ellos mismos se llamaban, *morenos* o negros en su mayoría, y muy hábiles por regla general.

El *hormiguero* (que se daba mucho tono) recorría la huerta o el jardín, y al final de sus prolijas investigaciones daba su dictamen; indicaba la dirección de las galerías y la situación de la *hoya* u hormiguero, el que, una vez puesto al descubierto era destruído.

A veces el caso era difícil y el hormiguero requería el consejo de algún otro colega; era de ver entonces su gravedad; ¡ni los más sabios doctores, discutiendo un problema de capital importancia, gastaban tanta seriedad ni argumentaban con mayor tesón.

9. Otro tipo callejero, común en aquellos tiempos, era el indio pampa vendedor de ponchos, plumeros, riendas, estribos y botas de potro.

Se instalaban preferentemente en las puer-

tas de los almacenes de la plaza Nueva y de la calle de las Torres, en las inmediaciones de las actuales plazas de Lorea y del Congreso.

Los ponchos pampas de lana y tinte oscuro, eran de un tejido muy recio y tupido, muy propios para aguantar las grandes lluvias.

Los plumeros eran de dos clases; los de uso ordinario y los de adorno: los primeros se hacían con las plumas largas y grises del avestruz y los segundos con las plumas blancas, que se teñían de los más vivos colores.

Reunidas diez o doce de estas plumas elegantemente dispuestas alrededor de un cabo, constituían un llamativo y general adorno en todas las salas.

Las riendas eran muy bien trabajadas y muy buscadas y de gran salida en aquella época en que no había casa en Buenos Aires, aun en las de la gente de condición humilde, que no tuviese uno o dos caballos de silla.

Se fabricaban con tiritas de cuero muy delgadas trenzadas, entre las cuales se colocaban plumas de avestruz, lo que daba a la combinación un aspecto muy elegante; tam-



Indias pampas vendedoras de plumeros (1835)

bién se hacían con crines de caballo; éstas resultaban de una gran solidez y resistencia.

Las botas de cuero, calzado preferido de los hombres de campo, se hacían con el cuero de las patas traseras de los potros, que se cortaba desde la parte media del muslo hasta más abajo de la encorvadura de la rodilla, sacándole el pelo.

La encorvadura de la rodilla correspondía al talón; la parte de piel cortada más abajo de ella al pie y la piel del muslo a la pierna.

Como estas botas resultaban muy duras y rígidas, antes de usarlas se ablandaban sobándolas con grasa.

Loñ estribos eran de madera dura; tenían la forma triangular y se aseguraban a la montura por medio de una correa.

También se fabricaban cubiertas, en forma de zapatilla, talladas y adornadas con esculturas muy rudimentarias; éstas eran usadas preferentemente en el interior del país, para resguardar los pies del jinete de las espigas y arbustos del campo.

XVI

LA PLAZA DEL PARQUE.—LOS MENDIGOS

1. Mendigos a caballo. — 2. Mendicidad y holgazanería. — 3. Costumbres y vida de los mendigos. — 4. Las levas: de mendigos a *milicos*. — 5. Ferrocarril del Oeste. — 6. El banco de las camelias. — Curiosa anécdota.

SABE, usted, don Narciso lo que estaba diciendo Manuel?

— No.

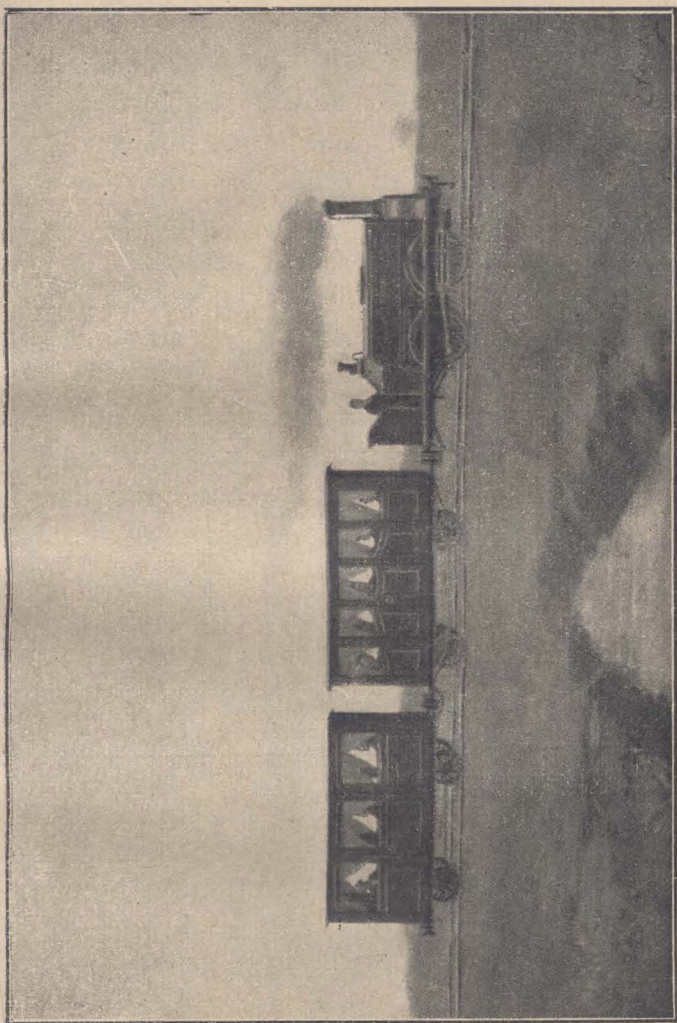
— Pues, un disparate como el de los bollitos de Tarragona.

— Vamos a ver, que fué ello.

— Nada menos que, según él, hubo un tiempo en que los limosneros salían a pedir a caballo, como unos señorones.

— Pues, por esta vez, Manuel tenía razón; efectivamente, durante muchos años, el ser mendigo era como un oficio: había hombres que se hacían limosneros, como otros se hacían quinteros o albañiles.

— Serían unos grandes holgazanes...



Primer tren que corrió en la República Argentina, desde la Plaza Lavalle hasta Vélez Sársfield.

2. Tú, lo has dicho. Mira si lo serían, que a veces se daba el caso de caerse de los carros de los carniceros algún cuarto de carnero, que no era recogido por sus dueños. pues bien, si un mendigo lo veía, pasaba de largo, sin levantarlo por no tener el trabajo de bajarse de su cabalgadura.

Bien es verdad que la carne era en Buenos Aires tan abundante y barata, que a nadie faltaba.

Diariamente se mataban más reses de las que eran necesarias para el consumo de la población, sólo para aprovechar los cueros, así es que, a la oración, en los mataderos se daba gratuitamente a quien la solicitaba y por lo tanto, a los mendigos.

Como la fruta y la verdura, a causa de su enorme abundancia que de ellas había, no valían casi nada, sólo necesitaban los mendigos acercarse a las quintas para que les llenasen las árganas de ellas.

3. Los mendigos vestían poncho, una especie de vestón oscuro y pantalón blanco, llevando sobre el pecho un cartel que era el permiso que la autoridad les concedía para mendigar libremente.

Se cubrían con un viejo sombrero de copa

que tendian con suma rapidez a uno y otro lado, recibiendo en él los cobres o monedas,



Antiguo Parque de Artillería.

don de los caritativos porteños: de ellos podía decirse que además de la imagen de la

holgazanería, lo eran también de la suciedad y del abandono.

Tenían mujer e hijos y vivían en ranchos destartalados, en los terrenos de la *Bola de Oro* y en las inmediaciones de la actual plaza de Lavalle.

Los chicos, sucios y abandonados a sí mismos se entregaban a la vagancia y al mero deo; y las mujeres pasaban el día sin hacer otra cosa que dormitar, sumidas en una especie de apatía de la que únicamente salían para cebar mate al marido, cuando al atardecer volvía de mendigar.

4. De cuando en cuando, en aquellos tiempos revueltos, el Gobierno resolvía remontar los cuerpos de tropa: entonces caían por sus pagos algunas de las comisiones encargadas de llevar a cabo la leva y arreaba con todos ellos y los llevaba a los cuarteles, donde se les incorporaba a las filas.

Algunos no volvían nunca; otros muchos regresaban al cabo de largos años, viejos, enfermos y a veces inválidos.

5. Durante la administración del gobernador don Pastor Obligado, se empezó la construcción de la primera línea férrea que poseyó la República Argentina; tenía su punto de

arranque en la plaza Lavalle, en la manzana donde está edificado hoy el gran teatro Colón y terminaba en la Floresta, hoy Vélez Sársfield.



Un mendigo (1840).

Se inauguró el día 20 de Agosto de 1857 y el tren se componía de la máquina la *Porteña* y de dos coches, en los que tomaron asiento entre otros personajes de la época, el

gobernador don Valentín Alsina, don Pastor S. Obligado, el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, los señores Zapiola, Barros Pazos, coronel Bartolomé Mitre y el doctor Rufino de Elizalde.

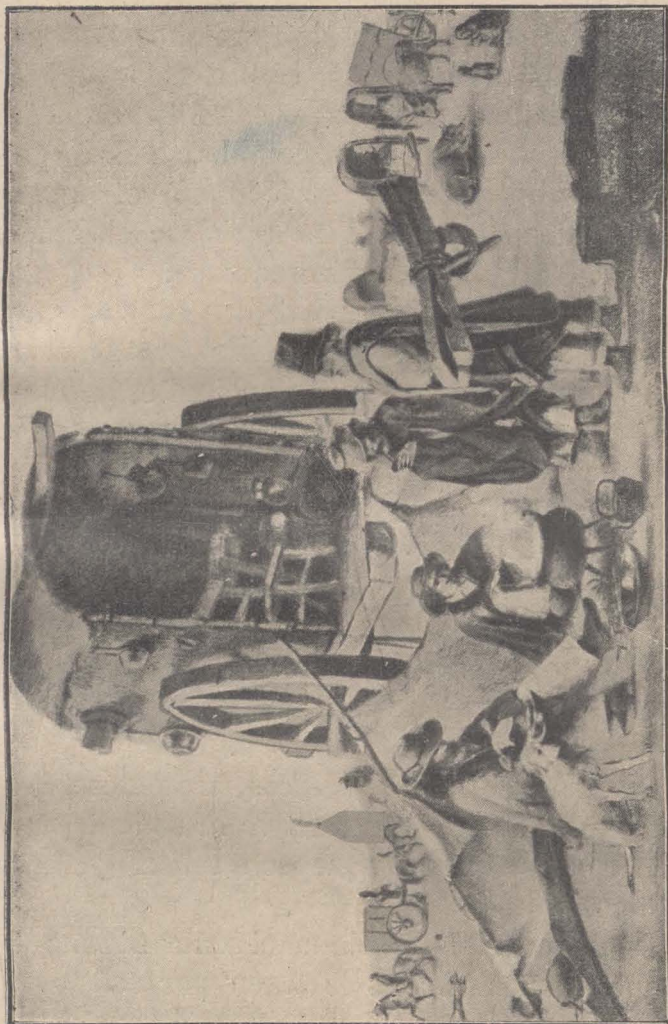
El viaje se hizo en treinta minutos, y durante la marcha se produjo un ligero incidente que, además del susto consiguiente, ocasionó un pequeño percance al doctor Elizalde.

El establecimiento del ferrocarril originó la urbanización de la plaza Lavalle,—del Parque, como se la llamaba entonces,—debiéndose esta reforma, a las gestiones y cuidados del gerente de la Empresa, entusiasta porteño, amigo y partidario de cuanto pudiera importar un progreso para su ciudad natal, el señor Luis de Elordi.

Entre las mejoras de que fué objeto la plaza, debe contarse la colocación de bancos para solaz y comodidad del público.

En uno de ellos, además del señor Elordi y del gran poeta criollo Estanislao del Campo, reuníanse varios otros ciudadanos, prestigiosos todos, y de grandes vinculaciones entre la buena sociedad bonaerense.

6. La circunstancia de ser siempre los mis-



Plaza Once de Septiembre (1850).

mos los que, a hora fija allí se reunían, la notoriedad que daba a las reuniones el nombre de los congregados, hizo que las tertulias se hicieran famosas; y como todos ellos, unos más y otros menos, peinaban canas, con travieso buen humor se le llamó al punto de reunión *el banco de las camelias*: el dicho cayó en gracia y se hizo famoso.

Ya no existe ninguno de los amigos que a diario tertuliaban en el célebre banco; pero aun quedan algunos ancianitos a quienes el nombre popular traerá a la memoria un recuerdo de la lejana juventud.

A propósito de esta plaza, se cuenta una curiosa anécdota.

Cuando el gran Intendente de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear, siguiendo el gusto de la época, ordenó que se espaciase el arbolado de las plazas del Municipio, algunas de las cuales, más que de plaza, tenían aspecto de bosquecillos, presentóse un día en el despacho del activo Intendente, un señor ya anciano, de aspecto señorial y simpático.

— ¡Don Luis! — exclamó el señor Alvear; — ¿qué buenos vientos le traen por acá?

— Vengo a pedirte un favor, Torcuato.

—Usted dirá.

—He visto que has dado orden de derribar los árboles de las plazas.

—Sí, es necesario, amigo.

—Será así, yo no vengo a discutir eso; yo vengo a pedirte que respetes lo mío; la



Casa de la plazuela Dorrego número 439, que habitó Rivadavia.

vieja plaza del Parque. Esos árboles que quieres derribar, casi todos los hice plantar yo; los he cuidado solícito y los he visto crecer con cariño.

¡Ya ves! Tienen todos algo mío: respétalos; y si es preciso que desaparezcan, es-

pérate a que yo muera... Y luego, añadió con dejo melancólico:

— De todos modos la espera no será larga.

El Intendente Alvear, que tenía fama justísima de no cejar en sus empeños, miró



Frente de la Aduana Vieja.

conmovido a su viejo visitante y lo estrechó cariñosamente entre sus brazos.

Los viejos árboles fueron respetados por el enérgico Alvear, sólo recientemente, en nuestros días, han sido desarraigados de su habitual lugar.

XVII

EL CORREO Y LAS COMUNICACIONES

1. Facilidad de las comunicaciones en el día. — 2. Cómo se enviaban las cartas en el *tiempo viejo*. — 3. El correo y la fraternidad de los pueblos.

Hoy quiero hablaros de algo tan útil como vulgar: del Correo.

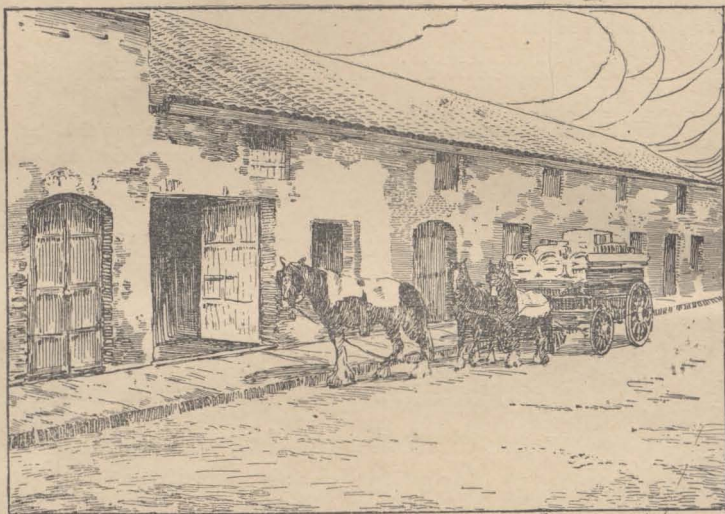
En el día, comunicarse con un amigo o pariente es la cosa más fácil.

Basta, una vez escrita y cerrada la carta, con pegar en el sobre el franqueo correspondiente y depositarla en un buzón, en una de esas columnas pintadas de rojo que se encuentran en casi todas las esquinas, o bien en una de las numerosas sucursales que la Administración del ramo tiene establecidas en todos los barrios de la capital.

Y luego, ya no hay que preocuparse más de la carta, pues el correo se encarga de todo; y, salvo el caso poco frecuente de al-

gún extravío, la carta llega a su destino aunque la persona a quien le hemos escrito viva en la aldea más insignificante de Europa, o de cualquier parte de la Tierra.

♦ 2. Pero los hombres que vivieron en nuestro país hace un siglo, ¡qué digo un siglo!,



Casas de la calle Piedras 418 al 440, contemporáneas de las invasiones inglesas.

mucho menos, no tuvieron esta gran comodidad, porque, entonces, el correo, como servicio público, no existía.

En aquel tiempo, para mandar una carta a Córdoba o a Tucumán, por ejemplo, era

necesario despachar un correo, es decir, un hombre baquiano y buen jinete, que por un precio convenido se encargaba de llevar la carta a su destino, y a veces, de regresar con la respuesta.

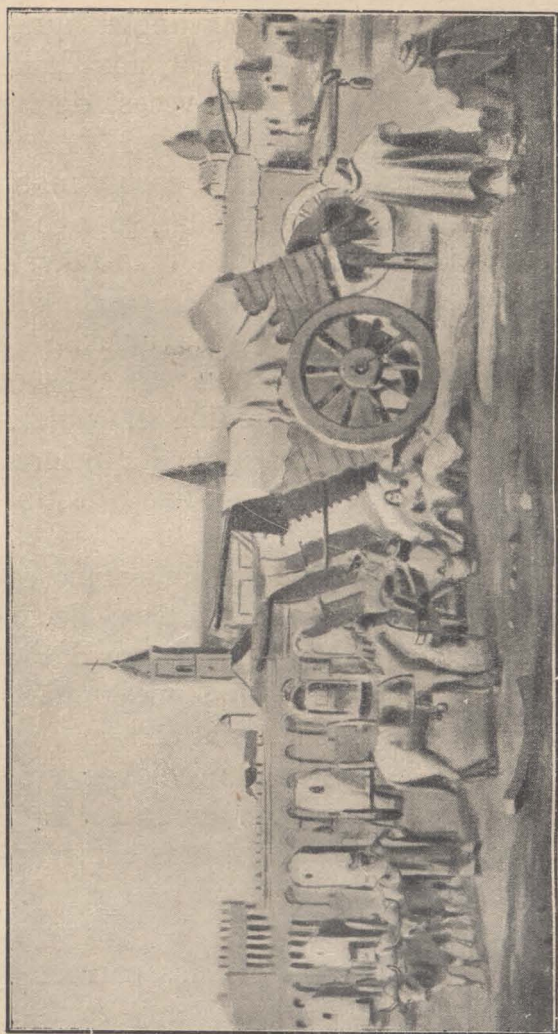
Pero este medio resultaba caro y no siempre seguro, razón por la cual, sólo en casos muy importantes se echaba mano de él.

Cuando se sabía que algún vecino iba a emprender un viaje, lo que sucedía raras veces, los que tenían algún pariente en el pueblo o ciudad a donde iba el viajero, le pedían como un favor especial quisiera encargarse de hacer llegar a buen destino alguna carta o encargo.

De igual modo se solicitaban favores semejantes de los troperos, dueños de arrias o de carretas que, con poca celeridad y de un modo irregular iban de un punto a otro de la campaña o de una a otra provincia.

3. Esta falta de comunicaciones era un gran inconveniente; pues como se trataban poco, los hombres de distintas comarcas no se conocían, y se miraban con recelo y a veces hasta con odio.

Después se establecieron los correos fijos, pero las expediciones eran muy escasas, el



Plaza de la Concepción (1856).

reparto se hacía con lentitud, el franqueo era caro y los extravíos muy frecuentes.

Poco a poco y debido en parte a los esfuerzos y buena voluntad de muchos administradores de Correos, este importante servicio ha ido progresando hasta llegar al grado de perfección que hoy le distingue.

Por venir al caso os diré que en aquellos tiempos el que emprendía un viaje a una provincia del interior, antes de partir visitaba a todos sus amigos con gran solemnidad, y si la expedición era a Europa, a Méjico o a alguna región algo lejana, a veces los preparativos tenían revuelta la casa y la familia del viajero, que no ponía el pie en el buque sin haber confesado, comulgado y hecho testamento.

Cuando volvía a casa era visitado por todos los vecinos de su clase, que le miraban como a un ser extraordinario.

XVIII

LA PATRULLA NOCTURNA

EN los primeros tiempos de la Independencia o *de la Patria*, como entonces se decía, todos los vecinos tenían la obligación de salir, por turno, á prestar el servicio de vigilancia nocturna, formando parte de las *patrullas* que, mandadas por los alcaldes de barrio o por sus tenientes casi siempre y alguna vez por un simple vecino, rondaban por calles y plazas, desde que anochecía hasta el amanecer.

Eran ellos, los patrullantes, los que conducían a la *Policía vieja* (que estaba situada, como ya sabéis, al lado del Cabildo) a uno que otro ebrio, a los peleadores y gentes de mal vivir que encontraban a su paso.

— Ya sería fatigoso ese trabajo; ¿verdad, don Narciso?

— Yo os diré, incómodo, sí que lo era; pero fatigoso, no. Entonces la gente trasno-

chaba poco, y los malhechores, escasos: sólo muy a la larga se oía hablar de algún crimen; pues los homicidios que se cometían eran siempre resultado de alguna riña.



Un sereno (1860).

Cuando el jefe de la patrulla divisaba algún transeunte más o menos nocharniego, daba inmediatamente con voz campanuda un recio: *¿Quién vive?*—a lo que él interpelado

contestaba, deteniendo el paso: *¡la Patria!*
— *¿Qué gente?* entonces el preguntado manifestaba su condición, hecho lo cual se le permitía seguir su camino.

Pero a veces, no era un trasnochador o un vecino obligado a callejear por necesidad urgente el que tropezaba con los especiales vigilantes nocturnos, sino otra patrulla: entonces las cosas cambiaban.

— *¿Se peleaban, don Narciso?*

— No, hombre, no; pero el reconocimiento se hacía con mayor formalidad y ceremonia.

— *¿Cómo lo hacían, pues?*

— Ya os lo voy a explicar. El jefe de la patrulla que primero divisaba a la otra, daba el consabido *¿Quién vive...?* que era contestado con el acostumbrado, *¡la Patria...!* a lo que el primero añadía: *Avance el jefe para ser reconocido y rendir santo y seña.*

Avanzaba el invitado, daba su santo y seña y luego de saludarse ambos jefes, seguían las dos patrullas cada una por su lado.

Pero sucedió que eso de ser *patrullante*, se convirtió para algunos en un oficio.

— *¿Un oficio? ¿Y cómo?*

— Muy sencillamente. Como la ley permitía que los que estaban obligados a prestar

este servicio, podían poner un *personero*, todos los vecinos pudientes se valían de este medio para evitar pasar malas noches y



Un alcalde (1780).

eximirse de molestias; y como por esta circunstancia la demanda de los tales substitutos era activa y frecuente, hubo algunos individuos necesitados que se dedicaron a ser *personeros*, como hubieran podido ser peones u otra cosa.

Por cierto que he oído contar que los que a esta ocupación se dedicaban eran casi todos tipos muy especiales; veíanse entre ellos algunos vejetes que casi no podían con el fusil descompuesto que penosamente cargaban, o con la *mellada charasca* que ruidosamente arrastraban.

XIX

COSAS QUE FUERON

1. Misa de alba y misa de una. — 2. La oración en las calles. — 3. El toque de queda o de silencio.

ANTIGUAMENTE no había en Buenos Aires una sola persona, pobre o rica, chica o grande, que dejase de cumplir la obligación impuesta por la Iglesia de oír misa en los días domingo y de precepto.

En las parroquias centrales se daban misas de hora en hora, siendo las más notables, por la clase de concurrencia que a ellas asistía, la del *alba* que era la primera, y la de *una* que era la última.

A la primera, o sea a la del *alba*, iban los artesanos, los sirvientes de las casas ricas, los ancianos y los niños.

Cuando por casualidad se veía en esta misa alguna persona de calidad, ya podía tenerse la certeza de que estaba de viaje o



Los elegantes de 1800, viendo salir a las damas de la misa de una, de San Ignacio.

que le sería imposible llenar el religioso deber en las restantes horas del día. Las mujeres que asistían a esta misa usaban todas una toca cuadrada de paño obscuro, que colocaban sobre la cabeza ¹.

La misa de una era la aristocrática por excelencia; a ella concurrían todos los personajes de la ciudad y todas las señoras y señoritas de categoría.

Estas últimas acudían en grupos, acompañadas a veces por sus padres o hermanos, pero más comúnmente de las esclavas que portaban las alfombras sobre las que se arrodillaban sus *amitas*; hay que advertir que por aquel entonces, sólo alguna que otra señora mayor usaba reclinatorio.

Aun cuando la misa de una era en todas las parroquias la de las gentes de calidad, las más notables por el brillo y categoría de los concurrentes, eran la de la Catedral, y, muy especialmente, la de San Ignacio.

Al acabarse la misa de una, los hombres esperaban en el atrio, formando grupos, a que salieran las señoritas y entonces se or-

¹ De esa misma hechura era el *serenero* con que se cubrían de noche tanto las señoras como la gente de servicio, cuando tenían que andar por los patios o sitios descubiertos.



ganizaban paseos, generalmente al Retiro o se dirigían a la casa de una de las principales, donde se tertuliaba amenamente.

2. Cuando al atardecer sonaba el toque de *Angelus*, todas las personas, aun cuando estuvieran en la calle, de visita o de compras, suspendían la conversación, se persignaban y arrodillándose rezaban devotamente el *Avemaria*. Después de rezar, en el interior de las casas, los hijos iban a pedir la bendición a sus padres, y los sirvientes a sus patrones.

Esta costumbre, así como la de persignarse al salir de casa por primera vez en el día, eran fielmente observadas, y su omisión además de ser malmirada por el público considerábase como de irreligiosidad por el que había padecido el olvido o cometido la distracción.

3. El *toque de queda* sonaba a las nueve de la noche y marcaba a los vecinos la hora de recogerse y guardar silencio.

Entonces se cerraban puertas y ventanas y la calma más profunda reinaba en la ciudad, sólo interrumpida por alguna serenata, por uno que otro golpe dado en la puerta



La oración en la calle.

de calle por los trasnochadores que se las echaban de graciosos.

Los alcaldes, las rondas y patrullas, perseguidores acérrimos de todo barullo, solían terminar muy pronto con músicas, porrazos



Negrito servidor de mate.

y escándalos, prendiendo y multando a sus autores.

Hoy el toque de silencio sólo se observa en los conventos, en ciertos asilos y en los cuarteles.

XX

LAS ALDEHUELAS DE AYER, SON HOY ARISTOCRÁTICOS BARRIOS

1. Origen del pueblo de Belgrano : La Blanqueada y las Caleras. — 2. Fundación del partido de Belgrano. — 3. Una Virgen milagrosa. — 4. Origen de Flores ; un rasgo de agradecimiento. — 5. Origen del nombre actual del barrio del Caballito. — 6. La Boca.

SEÑOR, casi todas las parroquias de la ciudad llevan nombres religiosos o de santos: San Miguel, Santa Lucía, Montserrat, el Socorro... ¿cómo es que hay algunas, como Belgrano, el Caballito y Flores que se apartan de la regla general. ¿Por qué, don Narciso?

—Muy sencillo. Porque éstas, que hoy son parroquias o barrios de la ciudad, fueron no hace mucho tiempo, por cierto, pueblecillos independientes a los que no se llegaba sino después de hacer un viajecito bastante incómodo, y no siempre exento de accidentes molestos.



Primitiva iglesia de Belgrano.

— ¿Queréis que os cuente algo de ellos?

— Vaya si queremos; ¡cómo que se lo íbamos a pedir a usted!

— Pues escuchad: En 1841 en terrenos que quedan en la actual parroquia de Belgrano y que entonces se llamaban *alfalfares de Rozas*, había una pequeña agrupación de viviendas de gente modesta.

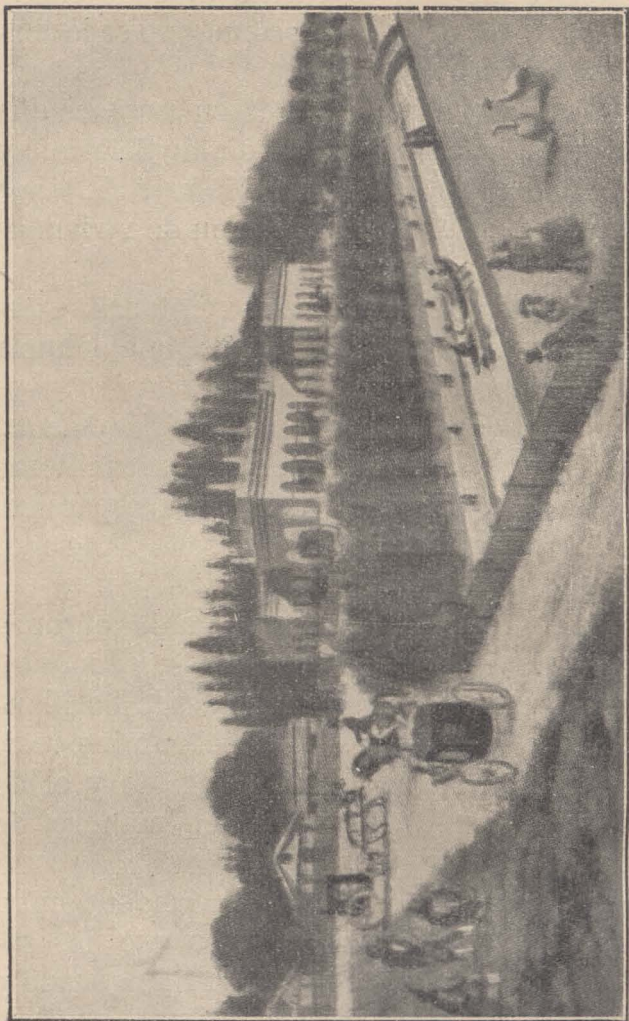
Por estar todas sus casas pintadas exteriormente de *blanco*, se llamó a la aldehuela *La Blanqueada*.

Próximos a ella se encontraban *Las Caleras*, grandes zanjones de donde hizo sacar Rozas toda la conchilla necesaria para esparcirla por las calles de los jardines de Palermo, el paso del Cuyo y la Chacarita.

En estos lugares también había algunas casas más o menos diseminadas.

Para venir a Buenos Aires desde La Blanqueada, sólo había dos vías: el camino real, que es la calle actual del Cabildó y el de las *Cañitas*, que hoy lleva el nombre de Avenida Vértiz.

Pero, como en tiempo de lluvias, se ponían intransitables, sucedía a veces que los sacerdotes no podían llegar a La Blanqueada y casas vecinas a llevar los últimos auxilios



Palermo. — Casa de Rosas.

espirituales a los enfermos graves que los reclamaban, y que, por tal causa morían sin recibir la extremaunción.

Para evitar este inconveniente, se edificó en la actual esquina de las calles Pampa y Vértiz, sobre el actual paseo de la Barranca, una capillita que ya no existe.

2. La población aumentó poco a poco y en el año 1856 el gobernador de la provincia de Buenos Aires, don Valentín Alsina, creó en La Blanqueada y sus contornos un nuevo partido de campaña, al que denominó *Belgrano*.

—¿Y por qué le puso ese nombre?

Para realizar un deseo del gran argentino don Bernardino Rivadavia, quien, en la ceremonia fúnebre realizada al morir el vencedor de Tucumán, manifestó que era necesario fundar un pueblo que perpetuase la memoria del glorioso patriota.

3. Como dato curioso os diré que las primitivas calles de Belgrano no fueron delineadas por ningún ingeniero o agrimensor como es de costumbre, sino por un vecino que realizó la operación sin otra ayuda que la de una cuerda y de su vista certera.

—¿Y quién fué este señor tan hábil?

— Don Juan Callaba, que además estableció un servicio de diligencias entre Belgrano y Buenos Aires. Uno de estos vehículos, el más grande y cómodo, fué bautizado por el famoso periodista Héctor Varela, con el nombre de *La Golondrina*.



La diligencia *La Golondrina*.

— Y ya sabemos cuanto hay que saber de Belgrano...

— No, quiero contaros un suceso curioso que se refiere a la Virgen del Carmen, que se veneraba en la antigua capillita de la Barranca y que hizo que el pueblo tuviera a la imagen por *milagrosa*.

• Una mañana, allá por los años de 1858 un suceso desgraciado llenó de consternación

a los honrados vecinos de *La Blanqueada*.

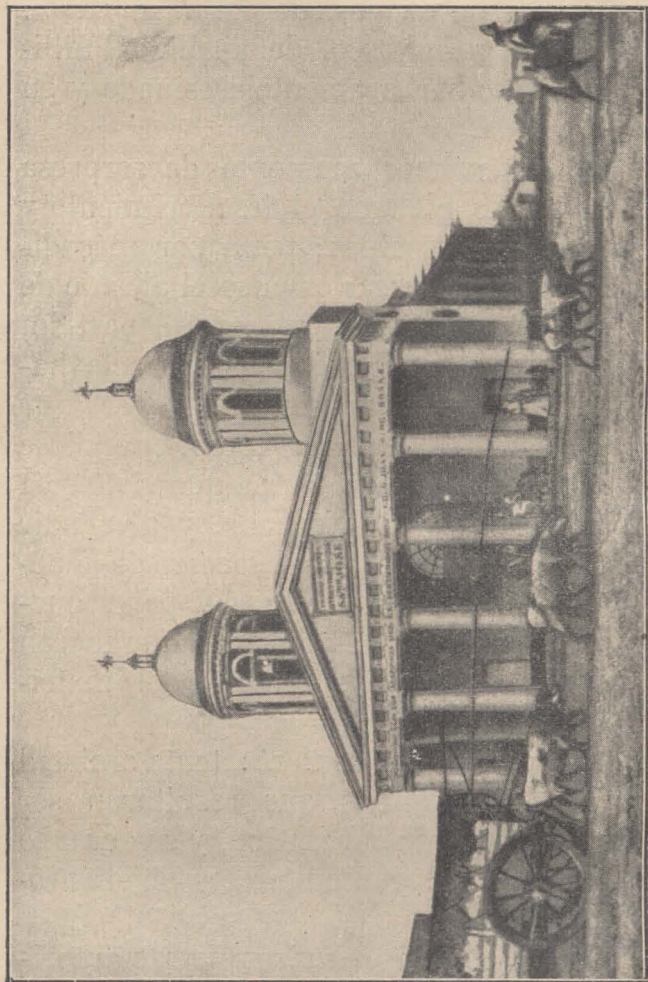
Un matrimonio vasco, de apellido Puillitúa había sido bárbaramente asesinado y su casa saqueada.

Pasado el primer momento de sorpresa todo el mundo reclamó el descubrimiento y castigo de los culpables; pero, por más diligencia que en buscarlos puso el alcalde de las quintas y todos los vecinos del partido, fué el empeño inútil: el suelo parecía haberse tragado a los criminales.

Pero un día, sin saber cómo, prendióse fuego al rancho de una china que vivía sola y de la cual nadie sospechaba, y al acudir los vecinos más próximos en socorro de aquélla, hallaron entre las cenizas y pajas quemadas algunas prendas de plata que fueron reconocidas como de propiedad del matrimonio degollado.

La china entonces confesó: tenía amistad con uno de los asesinos, que resultaron ser dos, un indio y un correntino, y se encargó para favorecerles, de ocultar los objetos robados.

Asustada por las pesquisas de las autoridades y vecinos encendió una vela a la Virgen del Carmen para que la ayudara a salir



Antigua iglesia de Flores,

en bien del trance en que se había metido, pero la llama de la ofrenda incendió, sin que se sepa cómo, las pajas del rancho, dando lugar a que se descubriera a los autores del crimen.

La gente creyó que el incendio era obra de la Virgen, que se había valido de tal medio para evitar quedara impune la horrible obra de los asesinos.

— Ya hemos acabado con Belgrano; vamos ahora a Flores.

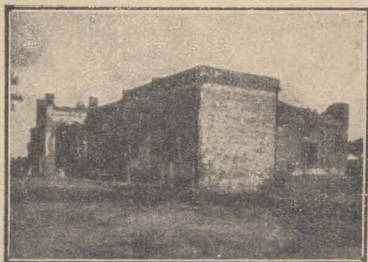
4. El pueblo de San José de Flores, debe su origen a un acto de agradecimiento. »

Un rico español, don Juan Diego Flores, procedente del Perú, se estableció en Buenos Aires, en tiempos del virrey Cevallos (1776) y adquirió en el partido de la Matanza una chacra de 500 varas de frente al camino real, por legua y media de fondo al Sur. Don Juan Diego, que no tuvo hijos, adoptó como a tal a un niño que se llamó Ramón F. Flores.



Chacra de Selamendi (Flores).

Fallecido don Juan Diego, heredó todos sus bienes el joven Ramón, quién, deseando perpetuar el recuerdo y el apellido de su padre adoptivo, fundó el pueblo de San José de *Flôres* en la parte de su propiedad li-



Chacra de Selamendi (Flores).

mitada por el camino real de los *reinos de arriba*¹ debiéndose agrupar las casas alrededor de la iglesia, situada en la misma manzana que ocupa la actual.

Este es el origen del pueblo que, con el tiempo, debía convertirse en lo que es hoy uno de los barrios más alegres de la gran capital de la República Argentina.

5. Y el Caballito, don Narciso, de dónde sacó tan extraño nombre?

—Pues, al capricho de un quintero laborioso y emprendedor.

Cuando lo que es hoy el barrio comprendido entre Almagro y Flores era una reunión de quintas, frondosas y extensas, cuan-

Actual calle de Rivadavia.—Reinos de arriba se llamaba a Chile y al Perú.

do la hoy espléndida calle de Rivadavia era,



Una tienda de lujo (1860).

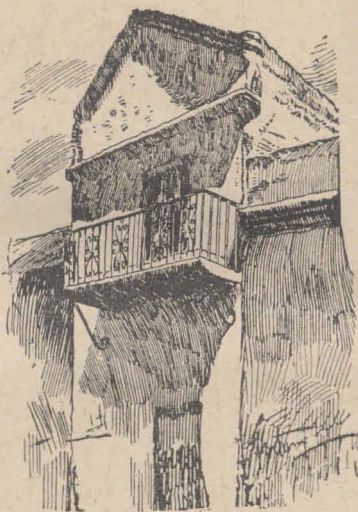
por aquellas alturas una especie de zanja que más tenía de barranco que de vía pública,

es decir, allá por los años de 1813 compró el genovés don Nicolás Villa la manzana de terreno limitada por las actuales calles de Rivadavia, Provincias Unidas, Emilio Mitre (antes Polvorín) y Ventura Martínez, en una de cuyas esquinas se alza hoy la iglesia parroquial de Santa Julia.

Nicola, como familiarmente le llamaban sus conocidos y amigos, cuidó su quinta con tanto esmero que más que de huerta tenía aspecto de jardín.

Esto hizo que cobrase fama, y que llegasen hasta ella, para visitarla, muchos de los habitantes del centro de la ciudad que tenían la buena costumbre de salir a recorrer los alrededores, en busca de aire puro y pintorescos puntos de vista.

Hay que advertir que, según la tradición, no era sólo la bien cuidada finca lo que



Casa de la calle Perú n.º 446, donde estuvo la famosa escuela de las señoritas Rodríguez.

atraía a los paseantes, sino el rico *salame* que fabricaba el dueño, con carne de cerdos

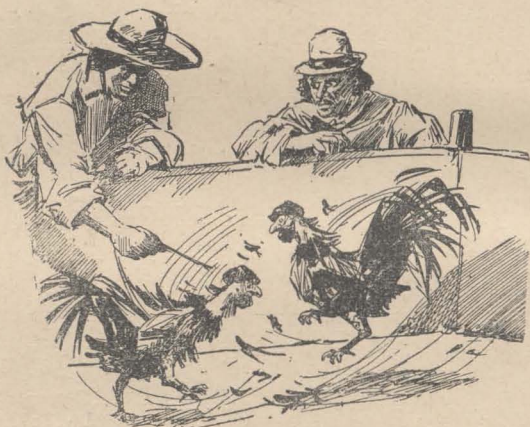


Primera casa de altos edificada en Buenos Aires. (Maipú y Sarmiento).

criados ex profeso, y los exquisitos raviolos que con gran maestría preparaba y guisaba el genovés.

Tanto creció la fama de la huerta, que cuando entre varios amigos se organizaba una cabalgata, si alguno preguntaba: ¿Y adónde iremos? la pregunta era contestada por un unánime: *Eso ya se sabe, iremos a lo de Nicola.*

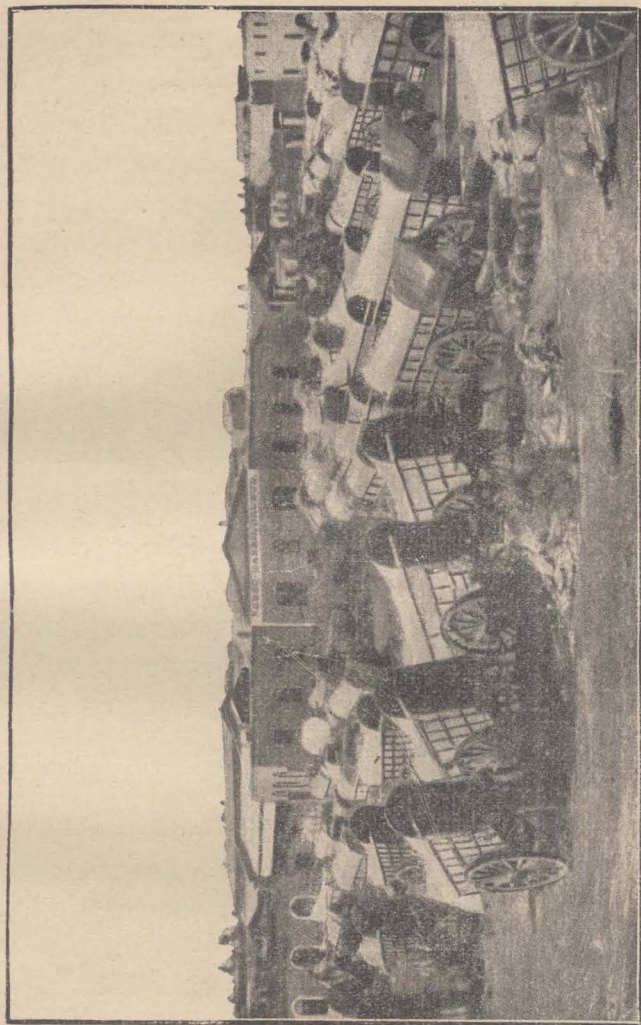
En cierta ocasión compró Villa, en el bajo, los restos de una ballenera, cuyos tablones



Riña de gallos (1810).

empleó en la construcción de un palenque y en cercar una parte de su finca.

Ocurrióle una idea original; clavó bien hincado en el suelo, y en la esquina de Rivadavia y Polvorín, que mira al Nordeste, el palo o entena de la ballenera, y en lo alto



Plaza de la Constitución (1873).

y a guisa de muestra, colocó un caballo cortado en una plancha de hierro por un herrero que se llamaba Guerrero.

La señal se hizo famosa: *¿De dónde vienes?* — se preguntaba, — y el interrogado respondía: *¡Del Caballito!* — *¿En dónde queda eso?* — *Pues, en las inmediaciones del Caballito.*

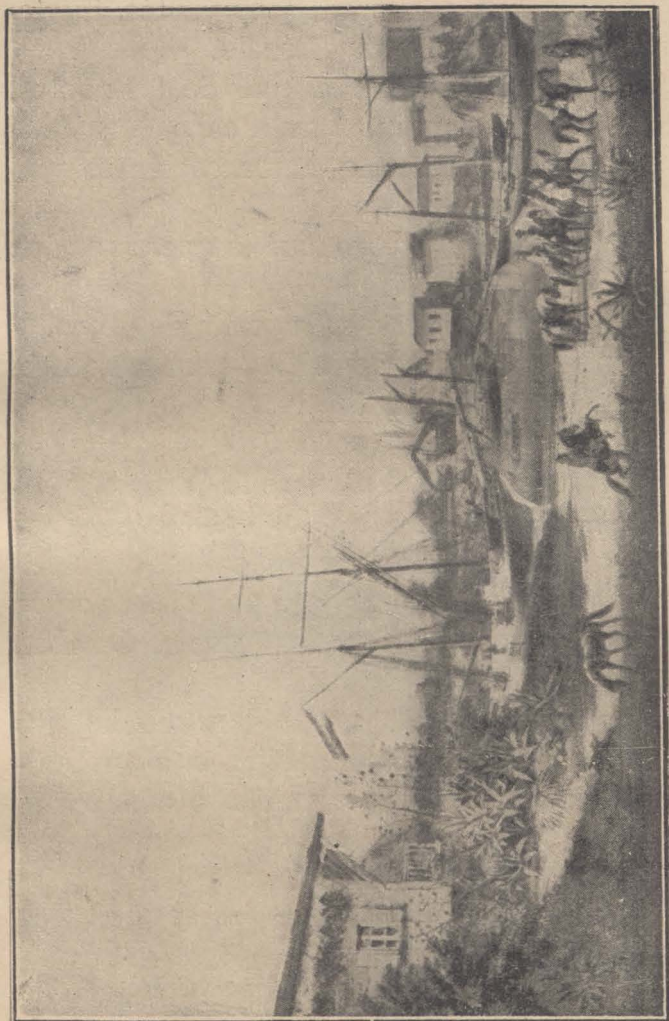
Y ya no hubo más, la ocurrencia de Nicola bautizó aquellos pagos, a quienes desde entonces se llamó, y se sigue llamando en la actualidad, *El Caballito*.

—¿Y ese caballito famoso, don Narciso, se perdió?

No, por fortuna: si vais a Flores o bien a la localidad bautizada por Villa, en la esquina de las calles ya citadas veréis la misma varilla de hierro y el mismo caballito que sirviera de muestra al establecimiento de Nicola; los años lo han respetado, aun dura él cuando de los que por primera vez viéronle izado, no queda ya ni el polvo.

6. De otro barrio quiero hablaros que, como los anteriores, ha perdido su especial fisonomía: de la Boca.

En mi tiempo era un amasijo de casas de madera, por lo común de dos a tres piezas,



La Boca (1850).

sostenidas en alto por recios pilotes, fuertemente asegurados en el suelo.

Todas tenían atada a uno de los pilotes, y asegurada por un fuerte cabo o cadena la indispensable canoa, embarcación muy ligera y de fondo plano.

— ¿Canoa? ¿Y para qué la querrian, don Narciso?

— ¡Hombre! Sería para salir de pesca.

— No, amiguitos; no. Era para algo más serio, ¡para escapar!

— Para escapar, ¿señor?

Tal como lo oís. Entonces la Boca se inundaba a cada momento y los habitantes, unas veces para transitar por las calles, convertidas en canales o bien para ponerse en salvo cuando la inundación era terrible, echaban mano de sus barquichuelos.

Cuando las aguas no subían mucho era cosa corriente ver una mujer o a un chiquillo ir en canoa al almacén o a la carnicería.

— Eso sería muy lindo.

Pintoresco, si que lo era, pero fastidioso también, y de llapa, peligroso.

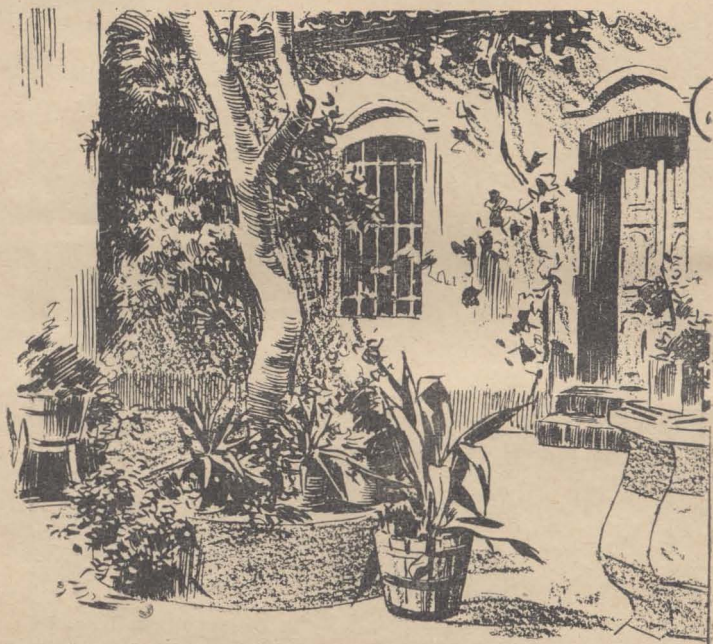
— ¿Peligroso?

— Sí, y mucho. En más de una ocasión,



De visita (1832).

las aguas causaban muchas víctimas. Recuerdo que una vez, no puedo precisar el año, las aguas invadieron la hoy Avenida Montes de Oca, llegando al pie de la ba-



Patio del tiempo viejo.

rranca de Santa Lucía, en aquella época mucho más alta y escarpada que en el día.

Hubo muchas desgracias personales, perdiendo entre otras un oficial y dos agentes

de policía, víctimas de su deber, de su abnegación.

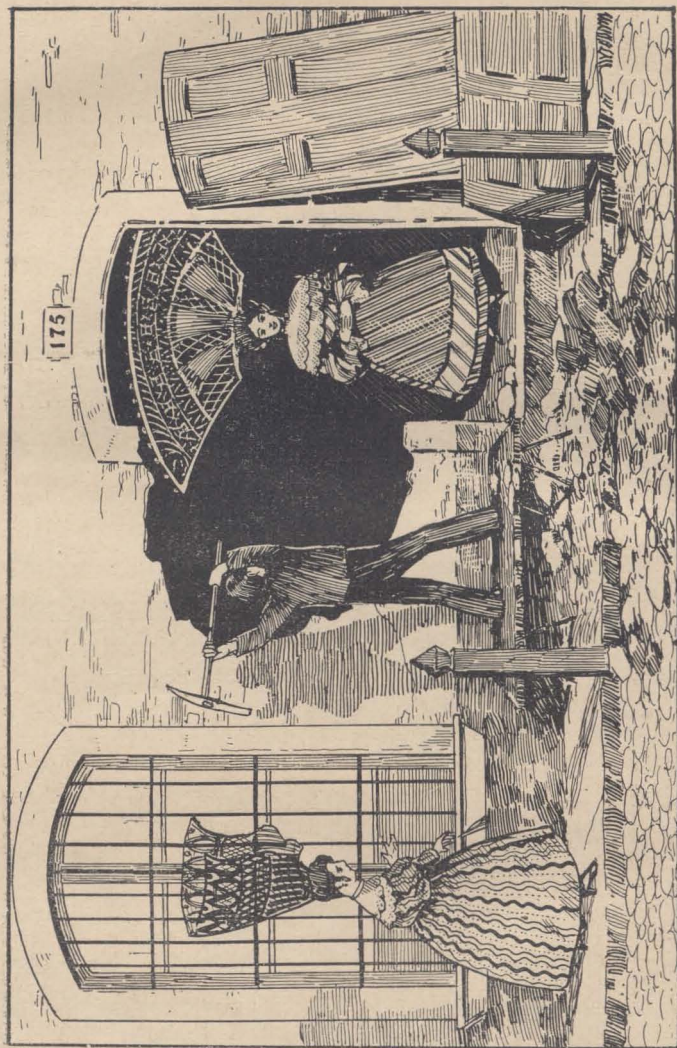
— ¡Pobres gentes !

— Si que lo eran ; pues muchos de los que salvaron la vida perdieron sus modestas ropas y sus pobres ajuares, destruidas unas por el agua y el barro, arrastrados los otros por la correntada.

— Pero hoy ya no sucede eso.

— No, por fortuna. Las obras del puerto han salvado a la Boca de aquel continuo peligro, cambiando también su aspecto.

Aquellas casillas pintadas de blanco y verde van desapareciendo, substituidas por cómodas y elegantes casas de material ; y aquel barrio marinero pierde día a día su pintoresco aspecto para parecerse, cada vez más, a uno de los distritos centrales.



Excesos de los peinetones. Caricatura de 1834.

ANTAÑO Y OGAÑO. — HOMBRES Y COSAS

Llego ya, amiguitos míos, al final de estos recuerdos, pero no daré término a mis relatos sin haceros saber que, tanto o más honda que la realizada en la edificación y aspecto de la ciudad, ha sido la transformación operada en la manera de ser, pensar y sentir de sus habitantes. ~

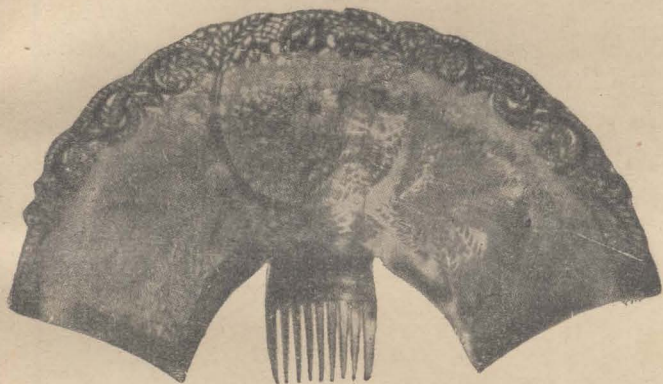
Barridos por el tiempo se han ido las serenatas, las puertas de cuarterones, las criadas de raza y confianza, que nacían, envejecían y acababan sus días en la casa de sus *amitos*; fuéronse con ellas las patriarcales costumbres encanto de pasados días, las tertulias de la clase acomodada, donde las niñas porteñas, acompañándose con la guitarra cantaban románticas canciones a *La Esperanza*, ¡*A una estrella!* y a *La Diamela* y con ellas las ceremoniosas fiestas, los bailes y saraos de las casas linajudas como las de los Escaladas,



Una bailla en la casa de Escalada

los Mandeville y los Olaguer. ¡El tiempo acaba con todo!

Muchos de vosotros habréis visto paseando por las calles centrales, y no hace mucho tiempo de ello, a un hombre, completamente afeitado, con peluca blanca y sombrero de tres candiles, vistiendo casaca verde, chupa y calzón corto de vivo color carmesí, medias

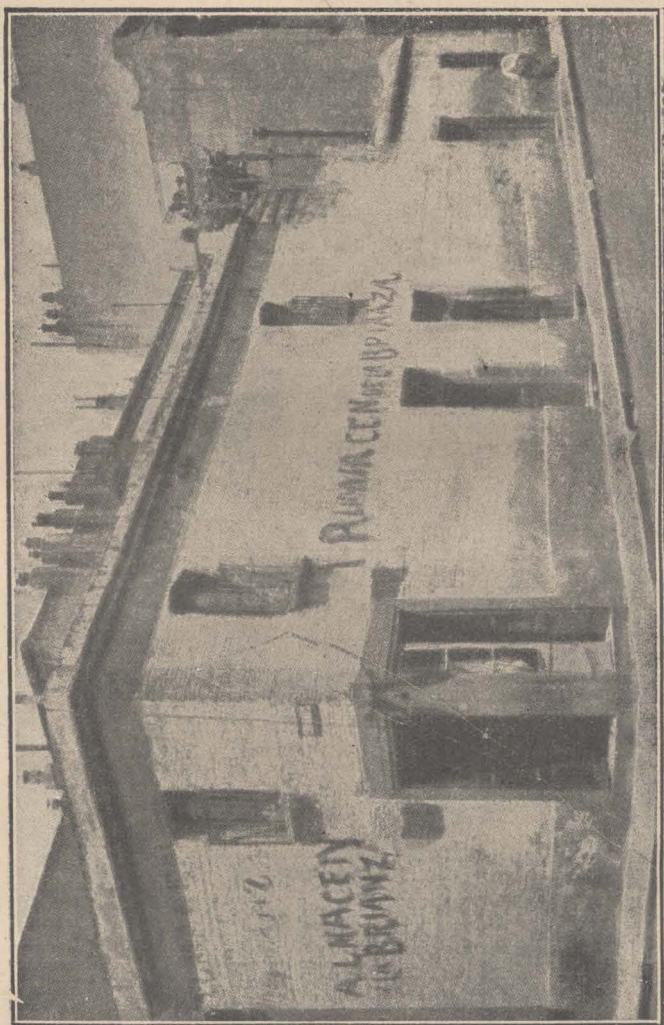


Una peineta (1830).

de punto blancas, calzando zapato bajo con grandes hebillas de metal blanco.

Todos los transeuntes le contemplaban con extrañeza y los chicos creían tener delante de los ojos alguna mascarita rezagada, algún resto del ya pasado Carnaval.

Y, sin embargo, ciento cincuenta años atrás,

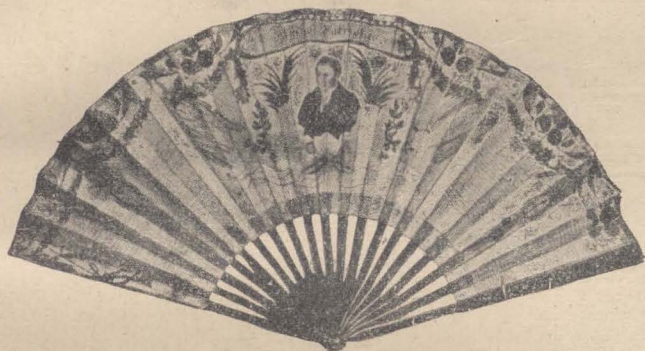


Casa que habitó el famoso Salona, presidente de la mazorca (Maipú y Cangallo).

los elegantes de Buenos Aires vistieron todos de un modo igual o parecido al del hombre-anuncio.

¡ Así desaparece todo ! Así pasaron el ceremonioso frac con botones dorados ; los enormes abanicos llamados *pericones* que, con tantísimo garbo, manejaban nuestras abuelas.

Y a propósito de modas femeninas, no



Abanico de la señora de Perdriel,

quiero dejar de hablaros de una que hizo furor en Buenos Aires, allá por los años de 1830, dando mucho qué hacer, qué hablar y qué reír a las gentes de la época.

Me refiero al uso de los peinetones, que la moda generalizó entre las porteñas.

Moderados al principio, adquirieron con el tiempo tan desusadas y enormes propor-



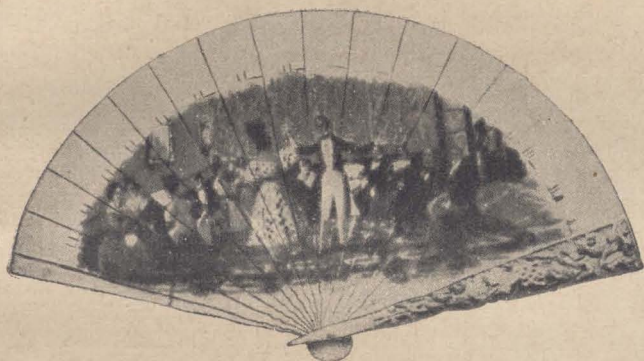
Caricatura contra los peinelones.

ciones, que dieron pábulo a la mordacidad y a las burlas de los criticones de aquella ya lejana época.

¡Todo pasa! Lo viejo desalojado por lo nuevo, se desvanece constantemente hasta caer en el olvido más profundo.

—¿Y por qué es así, don Narciso?

—Porque el hombre, adorador del progre-



Abanico de la señora de Escalada.

so, va siempre hacia adelante ansioso de mejorar de condición y de estado; de saber lo que para otros fué misterio impenetrable.

Hoy, que nuestro planeta no tiene ya rincón inexplorado, quieren sus moradores *volar*, conquistar el imperio de la atmósfera.

Vendrá un día en que tomaremos el aeroplano para ir a Chile o al Brasil, con la

misma naturalidad con que hoy un automóvil para ir a las Lomas o al Tigre.

Pero, antes de que este progreso esté definitivamente fijado ¡cuántas víctimas! ¡cuántos hombres generosos pagarán con la vida, su amor al progreso y a la ciencia!

A estas horas, son ya legión el número de aviadores muertos y entre ellos, al lado de las más ilustres figuras un argentino, un compatriota nuestro, el ingeniero Jorge Newbery, cuya temprana y desastrosa muerte ha constituido un duelo para los hombres de ciencia del Mundo entero.

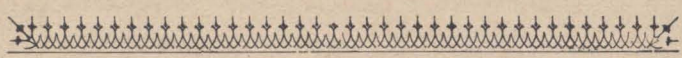
Días antes de morir ascendió hasta 6.300 metros de altitud, meciéndose en regiones donde solamente hasta entonces se cernieran los viejos cóndores, los poderosos reyes del espacio y de la montaña.

*«...Lo mismo que si quisiera
robarse el disco del Sol
para usarlo en la Banderat...»*

Murió cuando se preparaba a transponer los Andes; su nombre debe sernos grato y debemos conservar su recuerdo, con el respetuoso fervor con que veneramos la memoria de los grandes altruistas, de los abnegados benefactores de la Humanidad.



Ingeniero Jorge Newbery.



PARTE SEGUNDA

HISTORIAS Y LEYENDAS

Cuentos, leyendas y narraciones históricas: Un cuento sobre los indios. — Cuento sobre los viajes de Colón. — Narración dramática sobre el desembarco de Solís en las costas del río de la Plata. — Cuento sobre las exploraciones de Gabotto en el río Paraná y fundación del fuerte del Espíritu Santo. — Leyenda sobre Lucía Miranda. — Narraciones referentes a la primera fundación de Buenos Aires por Mendoza, y al ataque e incendio de la naciente ciudad por los indios. — Leyenda sobre la Maldonada. — Narración sobre la fundación definitiva de Buenos Aires por Garay. — Trazado y plano de la ciudad en el momento de su fundación. — Referir algunos episodios y anécdotas sobre las invasiones inglesas y sobre la Revolución de Mayo. — Episodios, escenas y tipos populares y militares de esa época. — El Congreso de Tucumán. — Escenas de la declaración de la Independencia el 9 de Julio de 1816.

XXI

UN CUENTO SOBRE CRISTÓBAL COLÓN

— Don Narciso, si usted me lo permitiera, desearía hacerle una pregunta.

— Pues hazla, muchacho, que, como yo pueda darte razón de lo que preguntes, no vas a quedar sin respuesta.

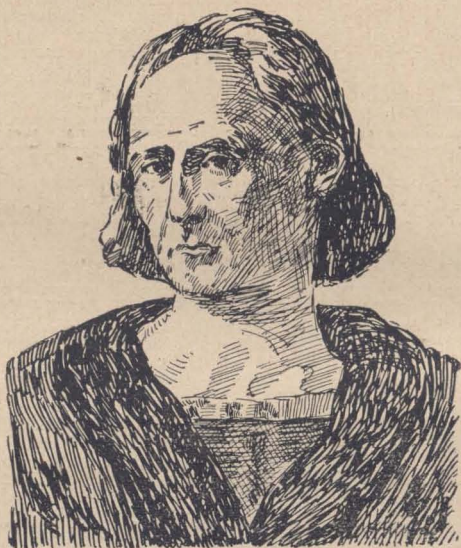
— ¿Por qué a los países americanos se les llama países nuevos?

— Pues, muy sencillamente; porque hace unos quinientos años, nadie en el resto del Mundo sabía una palabra de ellos, y mucho menos que existieran.

Hoy, en todas las escuelas se ven hermosos mapas que reproducen, dibujados, todos los países del Globo; los niños de primer grado saben que la Tierra es redonda, y los de sexto, al abandonar las aulas, saben hablar de todas las comarcas del Universo.

Quinientos años atrás, sólo unos cuantos

sabios creían en la esfericidad de nuestro planeta, y sólo uno que otro hombre de ciencia suponía que debían existir tierras aun ignoradas.



Cristóbal Colón.

— ¡No sabían que la Tierra era redonda!
¡Parece mentira!

— Y, sin embargo, nada es tan verdad.

— ¿Y, quién fué, señor, el que descubrió
nuestra América?

— Un genovés llamado Cristóbal Colón.

— Y como llegó a descubrirla?

— De un modo providencial. ¿Queréis que os lo cuente?

— Ya lo creo, que queremos.

— Pues, escuchad. En el año 1464, poco más o menos, vivía en Lisboa un italiano llamado Cristóbal Colón, que se ganaba la vida haciendo de cartógrafo.

— ¿Cartógrafo? ¿Qué quiere decir esto?

— Pues, que dibujaba mapas.

Siempre se le veía pensativo y callado, y sólo se le encontraba, de vez en cuando, a orillas del mar... mirando siempre hacia el Poniente.

Las gentes que le veían tan abstraído le miraban con simpatía, pues aun cuando su vestido era pobre, sus ademanes eran circunspectos y distinguidos; su frente serena y grave, y su mirada profunda e inteligente.

Un día se extendió rápidamente por la ciudad, y en especial por los lugares donde se reunían las gentes de mar, una noticia curiosa.

— ¿Sabéis, — decían los mejor enterados, lo que ha hecho el italiano Colón?

— ¡Quién! El yerno del viejo capitán Perestrello!

— Sí, el mismo. Pues se ha presentado al

rey asegurando que si se le proporcionan unas naves, él descubrirá unas tierras que se encuentran a muchos días de Portugal y que están al Oeste de nuestras costas.

—¿Y qué dicen los señores del Consejo Marítimo?

—¡Parece que no encuentran realizable el proyecto!

Y así era; los hombres de saber y de experiencia que dirigían las expediciones que, por aquel entonces hacían los portugueses, dijeron que el proyecto de Colón no era más que un sueño.

—¿Y qué hizo Colón cuando vió que hasta los sabios no le entendían?

—Abandonó Portugal y se fué a España, donde reinaban dos monarcas muy famosos, don Fernando, soberano de Aragón, y su esposa la reina Isabel I de Castilla, llamados los *Reyes Católicos* por ser ambos muy religiosos.

—¿Y los Reyes Católicos atendieron a Colón, señor?

—Al fin, sí, veréis cómo fué.

Colón, que, como ya os dije —era muy pobre— se acercó a pedir hospitalidad para él y para su hijito Diego a un convento de re-

ligiosos franciscanos, situado en un lugar llamado la Rábida, cercano a la ciudad de Huelva.

El guardián del convento...

— ¿Perdone, señor, quién era el guardián ?, el portero.

— No, hombre, no. El guardián de un convento viene a ser el superior o jefe de la comunidad, el que hace guardar las reglas y preceptos de la orden. ¿Estás enterado ?

— Sí, señor.

— Bueno, pues ; sigo con mi cuento. El guardián de la Rábida, que se llamaba fray Juan Pérez, le fué muy simpático Colón, y entabló conversación con él ; el genovés, agradecido por la bondad con que era tratado, contó al monje el motivo de su ida a España, y el religioso, seducido por la grandiosidad del proyecto, llamó a un monje del convento, llamado fray Antonio de Marchena, y a un médico de la vecindad que tenía por nombre García Hernández, muy entendidos los dos en náutica y cosmografía para que se enterasen de él.

Fray Antonio y el médico se hicieron pronto amigos y partidarios de Colón, y animado por ellos, fray Juan, se quedó con el niño

Diego, y envió al padre muy bien recomendado a la Corte.

— ¿Qué quiere decir la Corte, don Narciso?

— La Corte se llama en los países donde gobierna un rey, el lugar donde reside el monarca.

Colón tuvo adversarios en la Corte española; pero, en cambio, contó con partidarios muy firmes y decididos: por fin, la reina Isabel, convencida por las razones de estos últimos, recibió a Colón y le hizo entrega de una orden para que la villa de Palos entregase al genovés armadas y tripuladas para *el real* servicio, como se decía entonces, tres carabelas... ya sé lo que me vais a preguntar, ¿qué cosa eran carabelas, ¿no?

— Eso mismo, sí, señor.

— Pues las carabelas eran unos barcos muy seguros y ligeros.

— Encontrar las naves no era cosa difícil; éralo hallar quién las tripulase. Entonces, tratar de penetrar mar adentro del *Océano Tenebroso* como se llamaba al Atlántico, era cosa que metía miedo a los más valientes.

Se decía que este mar estaba guardado por unos gigantes que cuando algún buque se internaba en él levantaban hasta el cielo

sus inmensos brazos, y que luego, dejándolos caer de repente, de un manotón de sus enormes manos, hundían la embarcación en el abismo.

Otros soplaban con tanta fuerza, que volcadas las embarcaciones se perdían entre las olas; también se aseguraba que en ciertos puntos, los vientos soplaban siempre hacia adelante, y que los buques que los recibían no podían volver ya nunca atrás.

En fin, tantas cosas se aseguraban y decían que, como ya os dije, aun los más valerosos se negaban a separarse mucho de las costas.

Pero, Colón tuvo la suerte de encontrar en Palos a un partidario decidido y entusiasta, Martín Alonso Pinzón, que se alistó inmediatamente con sus hermanos, y, como los miembros de esta familia eran muy considerados en el pueblo por su gran pericia como pilotos y por haber llevado a cabo algunas travesías muy atrevidas, su ejemplo animó a muchos otros, y Colón pudo en poco tiempo reunir la gente que le era necesaria.

Por fin, aprestadas las naves, salieron de Palos, un viernes, el 3 de Agosto de 1492.



Salida de Colón del Puerto de Palos.

El viaje fué largo y lleno de peripecias; en una ocasión los buques permanecieron inmóviles por falta de viento, y los marineros, que se consideraron presa de alguna hechicería, sintieron tal espanto, que muchos de ellos cayeron en una postración y abatimiento de la que nada ni nadie les podía sacar.

Por fin, el aire hinchó las velas y pudieron los expedicionarios continuar su ruta.

La constancia y la fe de Colón y la valentía de sus acompañantes, tuvieron su merecido premio.

Pájaros terrestres vinieron a posarse sobre las embarcaciones; recogiéronse juncos frescos y, finalmente, se recogió, igualmente, un pedazo de madera que flotaba sobre el mar, y que tenía esculpidos algunos signos extraños.

Ya nadie dudaba de que la tierra estaba cercana, y todos, desde el Almirante hasta el último marinero escrutaban el horizonte; todos ambicionaban la gloria de ver las comarcas tan ansiosamente buscadas y de ganar el premio que los Reyes Católicos habían ofrecido entregar al que tuviese tal suerte.

Todo tiene su término en el Mundo, y la tuvo la ansiedad de los expedicionarios.

A las tres de la mañana, cuando mayor era la calma en el mar, y más profundo el silencio en la escuadra, una voz que parecía bajar del cielo, gritó, sonora y vibrante: ¡TIERRA!

— ¿Y, quién era el que gritó?

Un gaviero de la *Niña* que, por ser la nave más chica y de menos calado, iba a vanguardia.

Ese marinero, llamado Rodrigo de Triana, fué el primer hombre que contempló las tierras del Nuevo Mundo.

Al grito de Rodrigo todos se agruparon en la proa, deseosos de convencerse de que las esperanzas de Colón eran ya una realidad.

Sí, a los rayos de la luna todos pudieron contemplar una isla, baja y prolongada, cubierta de espesa vegetación.

Ordenó entonces disparar un cañonazo para advertir a los buques que venían más atrás, de la feliz noticia.

En los buques, los tripulantes se abrazaban llenos de júbilo, y de buque a buque se cruzaban ardientes felicitaciones, mientras que la inmensidad del océano retemblaba, a las entusiastas aclamaciones que los marineros tributaban a Colón, a los Re-



Descubrimiento de América: Colón y sus compañeros desembarcan en Guanahani.

yes Católicos y a Pinzón y a los demás jefes.

El día 12 de Octubre de 1492, desembarcaron los españoles, ante los atónitos indios que les contemplaban sorprendidos y en actitud pacífica.

Colón, al pasar la ribera, cayó de rodillas, y bañado el rostro en lágrimas de alegría, dió ardientes gracias a Dios.

—¿Y cómo se llamaba la tierra que descubrió Colón?

—Los indios la llamaban *Guanahani* y Colón le puso *San Salvador*.

—¿Y no descubrió Colón más tierras?

—Sí, descubrió las islas que hoy se llaman de Haití y de Cuba; y después regresó a España.

Al volver, tuvieron que sufrir unos temporales tan grandes, que todos creyeron llegado su último momento.

Afortunadamente, pudieron llegar a puerto, y Colón fué recibido por los Reyes Católicos en Barcelona, donde le fueron tributados grandes honores.

El nombre de Colón se hizo rápidamente célebre: cuando viajaba, las gentes se alineaban a lo largo de los caminos para verle

pasar, y todos decían: *Este es el gran marino que llegó por mar, más lejos que hombre alguno.* Ese es el grande hombre que ha encontrado un Nuevo Mundo.

QUIÉN FUÉ Y CÓMO MURIÓ DON JUAN
DÍAZ DE SOLÍS

Díganos, don Narciso, ¿y nuestro país, también lo descubrió Colón?

—No, el gran navegante jamás pisó nuestro suelo: el descubrimiento del Río de la Plata, se debe a una casualidad.

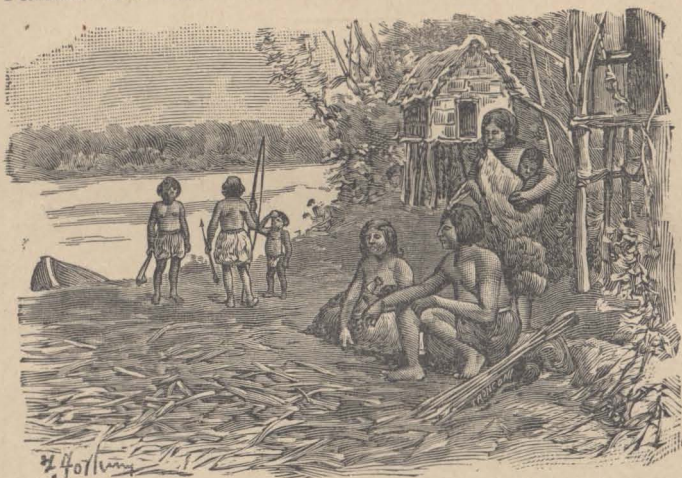
—¿Sí?

—Cómo os lo digo; y ya me está pareciendo que tenéis ganas de que os cuente cómo sucedió el caso...

—Sí, sí, señor, ha adivinado usted nuestro deseo.

—Pues os lo voy a referir muy gustoso: no estaría bien que unos buenos argentinos como sois vosotros, no supierais como fué encontrado nuestro país, ni cómo se llamaban los españoles que primeramente lo visitaron.

Pues, sucedió, que conversando dos de los españoles que fueron a conquistar la lengua de tierra que une la América del Norte con la América del Sur, dijo uno de ellos, mirando las montañas de Darién.



Un rancho de indios guaranies.

— Si se pudiera llegar a la cumbre de estas montañas, Dios sabe cuántas cosas se verían desde allí.

— Pues yo lo sabré, — contestó el otro, muy resuelto; — porque o he de quedarme en el camino o lograré alcanzar estas alturas.

Y así lo hizo: acompañado de unos guías indígenas, después de varios días de penali-

a su cuñado Francisco de Torres, que con él navegaba,—hemos dado ya con el estrecho que andamos buscando.

—Dios lo quiera,—contestó aquél.

Y el jefe de la expedición ordenó que todas las naves pusieran proa adentro y penetraran en la gran corriente que ante ellos se precipitaba.

—Pero, esto no es un paso, ni un estrecho;—esto es un mar,—dijo.

—Pero un *Mar Dulce*,—dijo Francisco del Puerto,—que había probado sus aguas.

—Pues *Mar Dulce* se llamarán estas aguas,—dijo Solís,—añadiendo luego en tono de broma:

—Ya veis que pronto les hemos hallado nombre, y con cuanta celeridad hemos procedido el bautismo.

Los tripulantes libres de servicio, agrupados en la parte de proa de las naves, miraban absortos aquel río tan inmenso y lanzaban exclamaciones de alegría cada vez que una de las islas en él esparcidas, se mostraba a sus ojos.

Solís, que observaba con mirada atenta el aspecto de las aguas, notó que el fondo de ellas disminuía, y entonces, dando prueba

de prudencia y precaución, ordenó que las naves mayores anclasen cerca de la costa, y él con la más ligera siguió adelante.

La navegación cobraba interés, pues como la anchura de las aguas iba disminuyendo podían los de a bordo examinar cómodamente las orillas, valiéndose para ello, de sus catalejos.

— ¡Son tristes estas orillas! — dijo el contador Marquina.

— Si, — contestó el factor Pedro de Alarcón, — parece que flota sobre ellas una nube siniestra. Y no se ve a nadie: deben estar desiertas.

, — Un oficial, acercándose al grupo, con aire preocupado dijo:

— Sí, señores, tenéis razón, — presiento que estas aguas nos serán funestas; nuestro buen repostero Martín García acaba de morir, víctima de una enfermedad rápida y extraña, él es el primero que dejaremos en estas soledades. ¡Dios sabe a quién le tocará ser el segundo.

Desde aquel momento las conversaciones cesaron, una isla se mostró a lo lejos, y a ella se dirigió la que casi al tocar la orilla se detuvo: el cuerpo del repostero, ya rígido y

frio, fué bajado y enterrado en el arenal.

Poco después de cumplida la piadosa ceremonia, la nave se alejó de la isla, que fué llamada entonces y aun se llama hoy de *Martín García*.

Días después, Marquina, que escrutaba la orilla, dijo, dirigiéndose a Alarcón.

— ¿No erais vos, don Pedro, el que echaba de menos la presencia de los moradores de estas tierras? Miradles, allí los tenéis.

— Cierto es,—respondió el interpelado.— Van desnudos y tienen la piel oscura.

La orilla se iba llenando de indios que, en actitud, al parecer curiosa y pacífica, contemplaban la carabela y sus tripulantes.

— Vamos a verlos de cerca—dijo Solís, que se había acercado al grupo—¿venís, señores?

— Y no irá a pesarnos, don Juan,—dijo Marquina, un poco receloso.

— No,—continuó Solís;—bien se ve que son de índole mansa y pacífica.

Echóse una lancha al agua y bajaron a ella Solís, Marquina y Alarcón y un grupo de marineros.

Estaba entonces el buque en las inmediaciones del lugar que hoy se llama *Martín Chico*.

Los indios les vieron llegar indiferentes, pero en cuanto los expedicionarios pusieron pie en tierra, se alejaron presurosos, escondiéndose en los matorrales que cubrían el terreno.

— ¿Qué significará esto, don Juan? — dijo Marquina.

— Nada, don Francisco, es que les causamos temor, dejadles que se tranquilicen y los veréis volver otra vez.

No había terminado de hablar, cuando unos extraños silbidos se dejaron oír y varias flechas rebotaron en la arena, muy cerca de los que tan confiadamente avanzaban.

— Atrás, amigos, — dijo el jefe; — hemos caído en una celada.

No pudo continuar, sintióse herido en pleno pecho; dió un grito doloroso y cayó pesadamente.

Nadie escapó, una nube de flechas que cayó sobre el pequeño grupo, acabó en un instante con la vida de todos.

Sólo un grumete, Francisco del Puerto pudo salvar.

Los que habían quedado en la carabela, atónitos de sorpresa, no acertaron a proteger a sus desgraciados compañeros; cuando

vueltos en sí de su consternación quisieron hacer uso de la artillería de a bordo, en la funesta playa sólo quedaban los inertes cuerpos de Solís y de sus compañeros.

Así fué descubierto el Río de la Plata, y de modo tan triste y miserable tuvo término la vida de su descubridor.

— ¿Y los compañeros de Solís, que hicieron, don Narciso ?

— Completamente perdido el ánimo volvieron a España mandados por Francisco de Torres.

EL FUERTE DE SANCTI-SPIRITUS. — LA LEYENDA DE LUCÍA MIRANDA

Estoy viendo que no os cansáis de escuchar y que yo me voy enfrascando en eso de contaros las cosas del tiempo viejo, y estoy pensando que lo mejor será que os vaya refiriendo todo lo que hicieron los españoles para conseguir establecerse en el país, ¿qué os parece? *

— ¡Que nos ha de parecer, inmejorable! Yo no me cansaría nunca de oír los cuentos que usted nos narra.

— Eh, alto aquí, caballerito; lo que yo os digo, no son cuentos, sino hechos históricos, rigurosamente exactos; ¡no faltaba más!

— Bueno, no se enoje don Narciso, usted que es tan bueno; yo quise decir que usted cuenta las historias tan bien, que parecen lindas y agradables como si fueran cuentos



Sebastián Gabotto.

— Ah, vamos; ya veo que sabes salir bien del atolladero.

Continúo, pues.

• Algún tiempo después de la muerte de Solís llegaban a la boca del río que llevaba el nombre de su infortunado descubridor,

otras naves mandadas por Sebastián Gabotto, un veneciano muy inteligente y conocedor de las cosas de mar, que servía al rey de España.

Gabotto remontó el Paraná y en la confluencia de los ríos Coronda y Carcarañá, con troncos y tierra apisonada, fundó una pequeña fortificación a la que llamó *Sancti-Spiritus*, 'primera población fundada por los españoles en el territorio de nuestra patria.

Dejó en él una pequeña guarnición y siguió explorando primero el Paraná y luego el Paraguay, hasta la boca del Bermejo.*

Esta expedición fué muy penosa: los indios combatieron rudamente a los españoles, a quienes el hambre y la necesidad quitaban la resistencia y las fuerzas para afrontar el peligro.

Los *Agas*, especialmente, mataron a muchos españoles y les hicieron pasar horas muy amargas.

Llegaron los españoles a tal grado de abatimiento, que en una ocasión en que era necesario arrastrar desde la orilla las embarcaciones contra corriente, muchos hombres cayeron al suelo agobiados por el esfuerzo que necesitaron hacer.

Forzado por las contrariedades, Gabotto volvió a *Sancti-Spiritus*.

Una vez en el fuerte y después de consultar con sus oficiales, marchó a España para buscar refuerzos.

Gabotto fué el que dió motivo para que se cambiase el nombre al río de Solís.

En sus exploraciones recogió brazaletes y otros adornos de plata que los indios usaban y que procedían del Perú.

Gabotto para alucinar a las autoridades españolas, dió a entender que aquel metal era "muy abundante en las tierras por él exploradas, y de esta creencia se originó que se llamase Río de la Plata, a la gran corriente de agua descubierta por Solís.

— Y del puerto Sancti-Spiritus, ¿que fué?

— Lo incendiaron los indios. Mangoré, jefe de los *Timbúes*, indios muy batalladores y valientes que vivían en las cercanías del fuerte, se propuso destruir la fortaleza y exterminar a los españoles.

Una noche, sabiendo que la mitad de la guarnición, mandada por el capitán Ruy Mosquera, había salido en busca de víveres, se acercó calladamente a las murallas y las es-

todos los que pretendían obtener patente de piloto; y que además trazaba mapas y disponía el derrotero de todas las expediciones que salían de los puertos españoles con destino a los países americanos.

—Y los pilotos ¿quiénes eran?

—Piloto se llamaba entonces y aun se llama en el día, a los hombres que saben guiar una embarcación en el mar, siguiendo un camino o derrotero determinado.

—No le haga caso, don Narciso, a éste: siempre es él quien le interrumpe...

—No importa: hace bien; cuando no se sabe o no se entiende bien una cosa, conviene preguntar, sino, se queda uno en la duda o en la ignorancia.

Bueno, pues; como os decía, todas las expediciones que vinieron al Río de la Plata, estaban mandadas por gentes de suposición.

La que llegó al país después de la que dirigió Gabotto, venía a las órdenes de don Pedro de Mendoza, caballero de antigua nobleza, muy rico además.

—¿Muy rico era, señor?

—Mirad si lo sería, que en el contrato que firmó con los representantes del rey, se comprometió a traer al país, pagando de su

bolsillo, mil hombres, en dos viajes, cien caballos, y todas las armas y piezas de artillería que fueren necesarias; también se obligó a levantar tres fortalezas, a traer religiosos para que convirtieran a los indios al cristianismo y además a hacer venir artesanos para que ejercieran y enseñaran sus oficios en la ciudad que iba a fundar.

Os dará una idea de la importancia de la expedición de Mendoza, saber que, según los historiadores de aquel tiempo, fué la más numerosa que hasta aquel momento había salido de puertos españoles con destino a América.

Mendoza es el fundador de la primera ciudad de Buenos Aires, que estuvo situada poco más o menos en lo que es hoy el barrio de la Boca, junto al lugar llamado *Riachuelo de las naves*, por ser aquel el fondeadero o punto de anclaje de las embarcaciones.

Si pudiérais ver, como en una película cinematográfica como era la primitiva Buenos Aires, no daríais crédito a vuestros ojos.

Figuraos una agrupación de ranchitos hechos con barro y techados con paja y en el medio una un poco mayor y más bien hecha, que habitaba Mendoza, y alrededor de estas

chozas una muralla de tierra apisonada que las lluvias y los vientos desmoronaban fácilmente y a cada instante.

— Y los indios, que tanto combatieron a Gabotto y que mataron a Solís, ¿no les inquietaron?



Combate entre los soldados de Mendoza y los querandies.

— Al principio, no. Muy lejos de esto, los *Querandies*, habitantes de la comarca, vinieron en gran número a visitar a los recién llegados y les ofrecieron amistosamente muchas provisiones.

Pero, al cabo de unos cuantos días, satisfecha ya su curiosidad, se retiraron sin enviar ya más viveres.

Mendoza, entonces, mandó a su hermano don Diego, a un sobrino suyo y a varios otros oficiales que, con muchos soldados de a pie y de a caballo, fueran en busca de los indígenas, y que, por la fuerza, les obligaran a continuar el aprovisionamiento.

Los españoles encontraron a los indios en un lugar perteneciente hoy al partido de Lomas de Zamora, y pelearon con ellos cerca de una laguna llamada hoy de los *Remedios*.

Al empezar, perdian los conquistadores, pues los indios, muy diestros en el manejo de las boleadoras, de las que se servían para cazar los ciervos a la carrera, trababan con ellas las patas de los caballos, que caían pesadamente al suelo, arrastrando al jinete que era inmediatamente ultimado.

Pero, don Diego, viendo que su caballería iba a ser exterminada, hizo avanzar a sus arcabuceros que, con sus armas de fuego, no sólo mataron a muchos de sus contrarios, sino que con el ruido, las llamas y el humo que producían los disparos, les aterrorizaron.

—¿ Y por qué se asustaban tanto? »

—Porque los indios, que nunca habían visto arcabuces, creían que los que manejaban aquellas armas, eran seres sobrenatura-

les dotados de producir a su antojo el rayo.

En este combate, que fué muy reñido, murieron el hermano y el sobrino de Mendoza.

Cuando don Pedro se enteró de esta desgracia, su aflicción fué tanta, que su salud, ya resentida, decayó mucho.



Los querandies atacan a Buenos Aires.

Los *Querandies*, muy envalentonados por el resultado de su lucha con los españoles, se concertaron para dar un golpe de muerte a la población fundada por aquéllos.

El día de San Juan Bautista del año 1535 una verdadera nube de salvajes cayó im-

pensadamente sobre Buenos Aires, lanzando sobre ella y sobre los buques anclados en el Riachuelo millares de flechas que llevaban atados manojos de paja ardiendo.

En un momento las llamas redujeron a cenizas la mayoría de los ranchos, y las embarcaciones que no huyeron a tiempo.

Este golpe de audacia abatió del todo a Mendoza, que se retiró a España, muriendo en el camino.

— ¿Y todos los que vivían en Buenos Aires, se fueron con él?

— No: unos fueron en busca de provisiones, sin que volvieran jamás; los otros quedaron en la ciudad, donde sufrieron penas increíbles.

Eran escasamente 400, y este número disminuía diariamente a causa de las enfermedades y del hambre, que se cebaban sobre aquellos desgraciados, que no parecían hombres y mujeres sino espantosas fantasmas.

El hambre llegó a ser tal, que tres españoles, no pudiendo resistirla, robaron un caballo y lo devoraron secretamente.

El capitán Ruiz Galán, que mandaba en la ciudad en ausencia de Mendoza, los descubrió, y, para escarmiento, los hizo ahorcar

en las afueras de la población, dejándolos pendientes de la horca toda la noche.

Pero, al día siguiente, al clarear, los madrugadores vieron un espectáculo horroroso: a los ajusticiados les faltaban los muslos.

Hechas las consiguientes averiguaciones, se supo que otros tres vecinos, enloquecidos por la fiebre del hambre, los habían comido.

— ¡Comieron carne humana, pues!

— Sí, amiguitos: esto os demostrará cuál debía ser la insufrible necesidad de aquella pobre gente, cuando cometieron tal horror, ¡ellos, que eran tan valientes, tan resistentes y tan sufridos!

LA LEYENDA DE “LA MALDONADA”

Estas escenas de desolación dieron origen a un hecho que algunos tienen por verdad, aun cuando sean muchos que piensan lo contrario.

Dícese que una mujer, llamada *La Maldonada*, enloquecida por el hambre, salió secretamente de la ciudad con el propósito de refugiarse entre los indios. *



El hambre en Buenos Aires.

Caminó varios días alimentándose con unas pocas frutas que logró arrancar de los árboles, cuando una tarde, alarmada por la obscuridad y la tormenta que se venían encima, buscó un abrigo contra la tempestad.

Quiso la casualidad que divisara en la barranca la entrada de una cueva, y a ella se encaminó más que de prisa.

Pero, acababa de penetrar en ella, cuando un gran rugido se dejó oír, y la pobre mujer 'distinguió cerca de sí a una leona que le miraba fijamente.

La fugitiva, no pudo resistir la emoción y cayó desmayada en el suelo.

Cuando volvió en sí vió a la fiera que, echada en un rincón, gemía dolorosamente.

Compadecida La Maldonada, se acercó a la bestia acariciándola suavemente y dirigiéndole palabras afectuosas, a cuyas demostraciones correspondió la leona con muestras de agradecimiento.

Cuando calmada la tempestad la española quiso partir, la leona se opuso a ello, obligándola unas veces con gestos halagüeños y otras con muestras de enfado, a permanecer con ella.

Quedóse al fin la fugitiva, que a su vez

había tomado cariño a la fiera, la que al volver de sus cacerías, tenía buen cuidado de ofrecer a su compañera la parte más delicada de las presas que hacía.

Pero aconteció que una mañana, habiendo llegado La Maldonada al próximo arroyo en busca de agua, fué apresada por una partida de indios que registraban la costa.

Llevada a los toldos vivió algún tiempo en ellos, hasta que, un capricho de la suerte, le hizo caer de nuevo en poder de Ruiz Galán.

Éste, que conceptuaba un crimen de la pobre mujer el haber abandonado a sus vecinos y compatriotas, ordenó que La Maldonada fuese llevada a un monte próximo a la ciudad, y que la ataran a un árbol a fin de que, en la próxima noche, la devorasen las fieras.

La inhumana orden fué cumplida, pero la mujer, tan bárbaramente tratada, no pereció.

Al día siguiente, los enviados de Galán vieron, con sorpresa, que no solamente no había sido la sentenciada comida de las fieras, sino que a sus pies, tranquilamente echada, estaba una robusta leona que impedía que nadie, hombre o fiera, se acercase a su protegida.

Llegado el caso a oídos de Galán, túvolo éste por cosa milagrosa, y ordenó que fuese libertada la cautiva a la que perdonó.

REPOBLACIÓN DE BUENOS AIRES POR EL VIZCAÍNO DON JUAN DE GARAY

La miseria y las privaciones de los pobladores de Buenos Aires se hicieron tan intolerables, que al fin, puestos de acuerdo, resolvieron abandonar la ciudad, retirándose a la Asunción.

Poco tiempo después de haber sido des poblada, de la fundación de Mendoza sólo quedaban unas pobres ruinas.

Pero otro español, el vizcaíno don Juan de Garay, cuya memoria es digna de recordación, con simpatía, por lo mucho que hizo en bien del país y de sus habitantes, reuniendo en la Asunción 64 personas de buena voluntad y ánimo resuelto, fundó *para siempre*, el día 11 de Junio de 1580, la ciudad que es hoy Capital de la Nación Argentina.

Colocado Garay, rodeado de sus acompañantes, en la actual esquina de las calles de

Rivadavia y San Martín, donde está la piedra fundamental, que todos podéis ver, hizo leer el acta de fundación al escribano.

Pocos días después empezó el reparto de solares en la ciudad y de chacaras en las



Juan de Garay.

cercanías, a los que con él vinieron de la Asunción.

Entre éstos se encontraba una criolla asunceña, a quién le tocó en suerte el cuarto de manzana que formaba esquina en las actuales calles de Florida y Cangallo

Los indios tuvieron varias reuniones para acordar el ataque y destrucción de la nueva ciudad, como habían destruido años antes la que fundó Mendoza.

Pero, Garay lo supo providencialmente, y lo pudo evitar.

—¿Y cómo lo supo?

—Yo os lo contaré. Los indios tenían cautivo a un español que, a causa de su buen carácter había sabido conquistar la buena voluntad de algunos salvajes que más que como a esclavo, tratábanle como amigo.

Uno de éstos le hizo saber un día lo que un gran indio proyectaba, y el español, temiendo por sus paisanos, trató de hacerle saber el peligro que corrían.

Conservaba un libro de oraciones que trajo de España, y en una hoja en blanco de éste, escribió, con un carboncillo que sacó de uno de los fogones, algunas palabras; luego colocó el aviso dentro de una pequeña calabaza, cuya boca tapó cuidadosamente.

Después penetró cuanto pudo dentro del río, y confió la calabaza mensajera a la corriente, rogando a Dios que la hiciera llegar con felicidad a su destino.

Unos días después, Juan Martín y Pedro

E. Ruiz que estaban pescando en el Riachuelo la vieron flotar, la recogieron, y habiendo tenido la curiosidad de ver si tenía algo dentro, dieron con la hoja, que llevaron a Garay.

El escrito decía: *Los querandíes se preparan para atacaros; son muchos, tratad de no dejaros sorprender.*—Cristóbal de Altamirano, prisionero.

Garay no se intimidó: armó a todos los suyos, y poniéndose a su cabeza, fué a esperar a los indios en una posición muy bien elegida.

Los salvajes no tardaron en aparecer en número inmenso, y atacados furiosamente por Garay y los suyos, les hicieron cara con sorprendente valor.

El combate estaba indeciso, cuando el paraguayo Juan Fernández Enciso traspasó con su espada al cacique Taboba, jefe de los *querandíes*.

Los indios, al ver muerto a su jefe, perdieron el ánimo y echaron a correr, siendo perseguidos por los españoles, que se cebaron en ellos.

Tantos fueron los indios muertos, que en donde se libró la batalla se llamó desde entonces lugar o pago *de la Matanza*.



Repoblación de Buenos Aires.

— Ya debieron quedar agradecidos los colonos al cautivo Altamirano; porque sin su aviso, quizás los indios hubieran acabado con ellos.

— Yo lo que quisiera saber, señor, es porque a nuestra ciudad le pusieron por nombre *Buenos Aires*.

— Hay dos versiones sobre este asunto. Unos dicen que un compañero de Mendoza, el capitán Sancho del Campo, al poner pie en tierra, dijo: *¡Qué buenos aires son los de este país!* y que de esta expresión proviene el nombre de nuestra ciudad.

Otros, afirman, que el nombre *Buenos Aires* lo puso Mendoza a la ciudad por él fundada, en homenaje a la *Virgen del Buen Aire*, de la cual era el fundador muy devoto.

— ¿Y Garay, don Narciso, conservó a la ciudad el mismo nombre que le dió Mendoza?

— Lo modificó un poco. Mendoza llamó a la ciudad *Santa María de Buenos Aires*; y Garay, al reedificarla, la intituló: *Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de Buenos Aires*.

LAS BALAS DE LA TORRE DE SANTO DOMINGO.
LA RECONQUISTA DE BUENOS AIRES

—Don Narciso, ayer tarde fuimos con Alberto y Mariano a ver el frente de la casa de Rivadavia y las casas antiguas que hay en la calle Defensa, y nos fijamos en una cosa muy curiosa.

—Buena noticia: siempre conviene fijarse en lo que uno ve: ¿y que fué lo que llamó vuestra atención?

—Pues, que en una de las torres de Santo Domingo hay incrustadas una cantidad de balas de cañón; preguntamos, y nos dijeron que eran un recuerdo de las invasiones inglesas. ¿Es cierto?

—Vaya si lo es.

—¿Entonces, los ingleses han querido apoderarse alguna vez de nuestro país?

—No una vez, sino dos, y como les fué mal en ambas, no renovaron jamás el intento.

Voy a contaros cómo fué eso; es bueno que desde pequeños aprendáis cómo luchan los hijos de nuestra tierra, cuando defienden su patria y su familia.

Ante todo os advertiré que las balas de cañón que llamaron vuestra atención, no son verdaderas; son de madera, del mismo tamaño y ocupan el mismo lugar que ocuparon las auténticas.

¿Y por qué sacaron las de hierro?



Sir Home Popham, jefe del
escuadrón inglés
que condujo las fuerzas invasoras
en 1806.

— Porque su peso las hubiera podido hacer caer con mayor facilidad que las de madera; y como aquel sitio es muy concurrido, se hizo el cambio para alejar la posibilidad de un accidente.

Ahora, vamos a los ingleses.

El día 17 de Junio de 1806, los concurrentes al teatro de la Ranchería notaron que el marqués de Sobremonte, virrey que era de Buenos Aires, después de enterarse de un papel que le entregó un militar, se levantaba, abandonando inmediatamente el recinto.

Como os podéis figurar, la salida del virrey fué muy comentada y dió lugar a todo

género de suposiciones pero nadie acertó a dar con la causa que la había motivado.

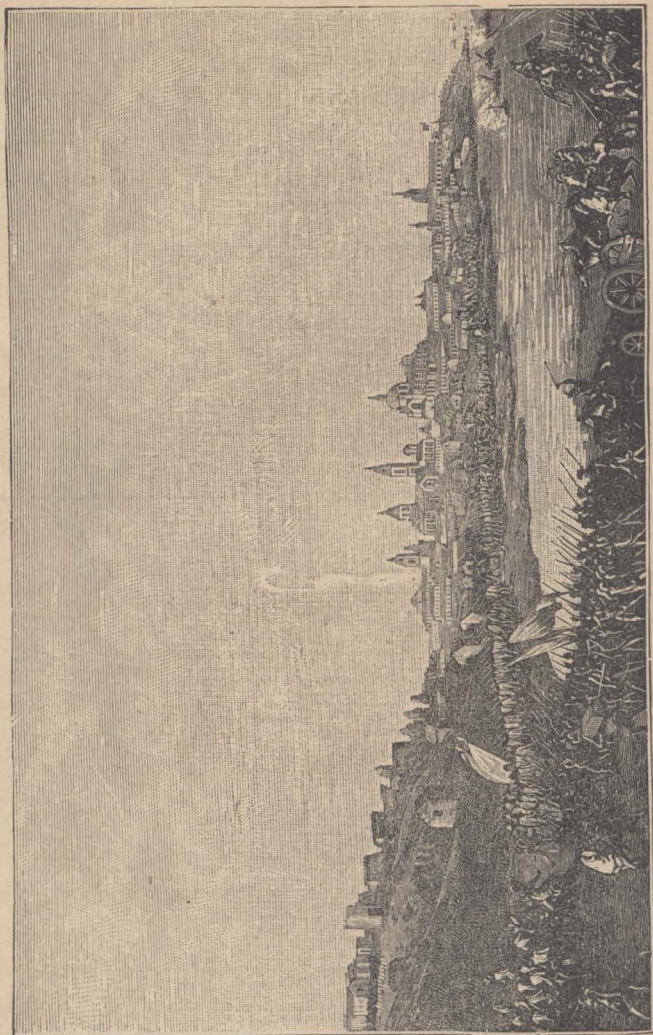
Al día siguiente ya se supo algo más, se tuvo noticia de que fuerzas inglesas habían desembarcado en la Ensenada y que el virrey había huido a Córdoba.

Aun hubo muchos vecinos que no creyeron lo que se les decía, alegando, con mucha razón, que era imposible que los ingleses, que estaban en paz con España, cometieran la tropelia de asaltar, en plena paz, dominios que pertenecían a los monarcas españoles.

Pero, cuando en la tarde, bajo una fuerte lluvia, vieron entrar a los soldados extranjeros; cuando les vieron arriar la bandera española del Fuerte y poner en su lugar la inglesa, ya nadie pudo seguir dudando.

En los primeros momentos, la sorpresa hizo callar a todo el mundo; pero muy pronto vino la reacción, y todos los habitantes de Buenos Aires, tanto los criollos como los españoles, no tuvieron otro pensamiento que el de echar de la ciudad a los intrusos.

Todos tenían su plan; un vecino llamado don José Vázquez Feijóo, propuso que todos los habitantes se armaran de cuchillos y que con ellos en mano se lanzaran sobre



Las tropas inglesas invaden a Buenos Aires en 1806.

ios ingleses, cuando éstos hacían la parada diaria, exterminándolos a todos.

Unos ingenieros llamados Llac y Esteve, propusieron abrir una mina debajo del cuartel ocupado por los ingleses y hacerlo volar,



Santiago Liniers.

pero las personas de más reflexión desaprobaban estos procedimientos que podían salir mal, y aconsejaron otro temperamento.

Propusieron que un vecino muy prestigioso, llamado don Juan Martín de Pueyrredón,

saliese a sublevar la campaña, y que el capitán del puerto de la Ensenada, don Santiago Liniers, pasase en secreto a Montevideo y pidiese al gobernador de aquella ciudad el envío de algunas tropas que ayudasen a



Juan Martín de Pueyrredón.

los habitantes de Buenos Aires a reconquistar la ciudad.

Los ingleses, sabiendo que Pueyrredón había reunido mucha gente en el caserío de Perdriel, enviaron contra él una columna de sus mejores soldados para batirle. el com-

bate, como era natural, fué favorable a los veteranos ingleses, más disciplinados y mejor armados que sus enemigos.

Pero los ingleses no sacaron gran fruto de su victoria; porque los paisanos dispersados en Perdriel fueron a juntarse a otra parte donde esperaron a Liniers.

Era muy difícil que los que de Montevideo venían a auxiliar a los bonaerenses, pudieran llegar a la costa argentina.



Withelocke.

Los buques ingleses que estaban en el río eran muchos y muy poderosos y su almirante sir Home Popham les había dado orden de echar a pique a todo buque sospechoso.

Pero los patrones de los pequeños buques en que venían las tropas auxiliares, aprovechando el conocimiento que tenían de la costa y de los canales, y protegidos por una espesa niebla, pudieron desembarcar con felicidad en las Conchas.

Una vez reunidas las fuerzas de Pueyrre-

dón y las que venían de Montevideo, Liniers, que era el general en jefe de todas, dió orden de marchar sobre Buenos Aires.

El día 10 de Agosto los soldados reconquistadores se apoderaron del Retiro, y el día 12, después de un combate general, sumamente



Rendición del Fuerte.

reñido, los ingleses, con su jefe el general Berresford a la cabeza, tuvieron que rendir las armas.

Entre los vencidos se contaba el célebre regimiento de escoceses núm. 71, que había combatido con los mejores soldados del Mundo sin haber sido vencido jamás.

Los ingleses pelearon como leones; pero los vecinos de Buenos Aires combatieron con un valor y un entusiasmo admirables.

Nadie se quedó en su casa; todo el que tuvo un arma cualquiera se incorporó a las filas de Liniers, y los muchos que no las tenían no dejaron de prestar buenos servicios.

Unos transportaban los cañones en hombros a través de los pantanos para que no quedaran atascados en ellos; otros conducían las municiones, y en los sitios donde se peleaba más rudamente se les veía recogiendo los heridos y retirando los muertos.

DEFENSA DE BUENOS AIRES CONTRA EL EJÉRCITO INGLÉS

Pero los ingleses no renunciaban a apoderarse de nuestra ciudad, cuyo inmenso valor comercial conocían.

Volvieron en 1807, esta vez formando un ejército poderosísimo apoyado por una escuadra formidable.

Pero ya no encontraron desprevenidos a

los vecinos de la ciudad, que se habían organizado militarmente, según las provincias de donde procedían.

Así, los españoles y muchos de sus hijos formaron batallones de castellanos, vascos, gallegos, catalanes y andaluces, y los hijos del país los batallones de *Arribeños* y *Patricios*.

En el primero se alistaron los naturales de las provincias, en los *Patricios* los hijos de Buenos Aires.

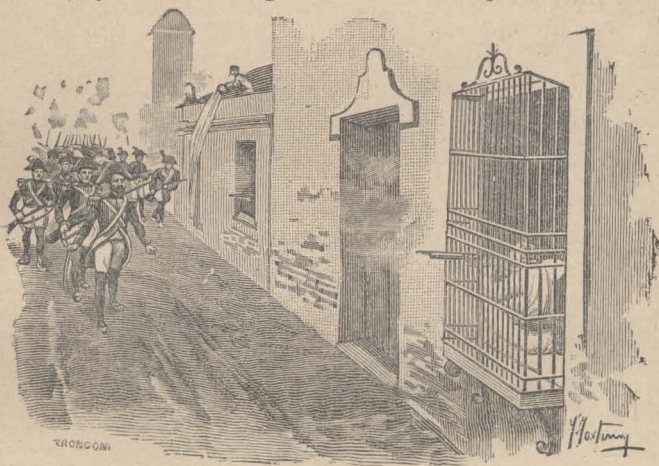
Los quinteros y los habitantes de las afueras, diestros todos en el manejo de los caballos, formaron los cuerpos montados, y los negros y mulatos el batallón de *Pardos* y *Morenos*.

El general Withelocke, jefe del ejército inglés, atacó por ocho puntos distintos a los defensores de Buenos Aires, que se habían fortificado en el centro; al principio parecía que nada podría resistir el número y el empuje de los invasores, que llegaron a apoderarse de las Catalinas, San Miguel y Santo Domingo.

Pero los argentinos resistían y luchaban desesperadamente, con el valor temerario con que pelean los que defienden su casa y su familia.

De las trincheras, de las azoteas y de las ventanas caían sobre los ingleses una verdadera tempestad de balas, piedras, ladrillos, agua y aceite hirvientes; de todo cuanto podía dañar y ofender.

En Santo Domingo el combate fué más recio, y fué en aquella ocasión que unós ca-



Las sendas de la muerte.

ñones colocados en el patio de la casa de Telechea lanzaron sobre la única torre que entonces tenía el convento, para arrojar de ella a los ingleses, las balas que tanto os llamaron la atención.

Por fin, los extranjeros, después de perder

casi la tercera parte de sus tropas tuvieron que rendirse de nuevo a los porteños, entregando sus armas y banderas a sus vencedores.

— Entonces, señor, tendrían muchos muertos, ¿no?

— ¡Ya lo creo! Pensad como serían de enormes las pérdidas, que más tarde, al recordarlas, llamaban los ingleses a las calles de Buenos Aires, *las sendas de la muerte*.

— Y las banderas, don Narciso, ¿están en el Museo Histórico?

— No, dos de ellas están en Córdoba y el resto en Santo Domingo. Si visitáis el interior del templo las veréis colocadas en grandes marcos de madera y protegidas por vidrios, adosadas en las pilastras que sostienen el techo.

— Pues yo, mañana mismo las iré a ver.

— Y harás muy bien, no hay uno solo de los hijos de nuestra tierra, que no deba contemplar con respeto y entusiasmo aquellos primeros testimonios del valor y del esfuerzo argentinos.

EPISODIOS DE LA RECONQUISTA
Y DE LA DEFENSA

— Don Narciso, ayer, mientras cenábamos, yo conté en mi casa todo lo que usted nos explicó por la tarde, de las invasiones inglesas, y mi abuelita dijo que ella, de chica, había oído contar que entonces hubo muchas mujeres que pelearon.

— Y es cierto. Hubo una tal Manuela Pedraza a quien sus vecinos y conocidos llamaban *La Tucumana*, que combatiendo al lado de su marido hirió a un soldado inglés y le quitó el fusil.

Y en el barrio de San Telmo vivió doña Martina Céspedes, a quien Liniers dió grado militar, que ayudada de sus hijos hizo prisioneros y entregó a las autoridades, a siete ingleses.

Son muchos los rasgos individuales de valor que se cuentan de aquellos días.

A un cabo del regimiento de *Patricios*, llamado Orencio Pío Rodríguez, una bala de fusil le rompió una pierna; sin perder el ánimo, sacó su cuchillo y se cortó la parte

de la pantorrilla de que colgaba el hueso roto, diciendo a sus compañeros:

No es nada mi herida; muramos en defensa de la patria.

— ¡Caramba! ¡Eso sí que es ser valiente!

— Pues, todos lo fueron entonces, hasta los niños y la gente de iglesia.

— ¡No diga!

— Un sacristán, llamado Pablo Ximénez, viendo que una patrulla de cuatro ingleses se preparaba a dar muerte a un hermano suyo, mató a uno de los soldados, hirió malamente a los otros tres, y cuando los vió a todos en tierra, cargó a su hermano en hombros y lo llevó al hospital.

— Pero... y los chicos, los muchachos como nosotros que hicieron, don Narciso.

Pues, iban de un lado a otro llevando municiones en sus ponchitos, y uno de ellos, que fué más tarde el coronel don Juan José Montes de Oca, fué el que disparó el último cañonazo durante la Reconquista.

— ¡Oh!, eso sí que estuvo bueno.

— Sí, ¡se portó el muchacho!

— ¡Y luego aun habrá quien diga que los chicos no servimos para nada!

CÓMO SE HIZO LA REVOLUCIÓN DE MAYO DE 1810

Después de las invasiones inglesas, los argentinos no quisieron que los gobernasen más los españoles.

Para acabar con la autoridad del rey de España y de sus representantes los virreyes, los criollos organizaron la *Sociedad de los Siete*, asociación secreta encargada de preparar la Revolución.

Estos patriotas se reunían unas veces en la quinta de su presidente don Nicolás Rodríguez Peña y otras en la “Jabonería” propiedad del que fué más tarde un grande y sincero patriota, don Hipólito Vieytes.

La *Sociedad de los Siete*, tenía dos cooperadores activos y vehementes en los jóvenes French y Beruti, muy populares entre la juventud de los barrios extremos de la ciudad y que tenían muchos amigos en los batallones formados por los hijos del país.

Cuando la *Sociedad de los Siete* juzgó que ya había llegado la hora de acabar con la

dominación española, mandaron una comisión al alcalde de primer voto señor Lezica, para que éste solicitara del virrey el permiso para que los vecinos más notables y de más posición o talento resolvieran quién debía ser el que en adelante gobernase el país.



Nicolás Rodríguez Peña.

El virrey y sus consejeros españoles, no quisieron al principio ni oír hablar de semejante propuesta, pero, la actitud firme y resuelta del doctor Castelli y del comandante don Martín Rodríguez, que en nombre del

pueblo habían ido a retirar la petición ya hecha por intermedio del alcalde Lezica, les hizo cambiar de opinión.

La reunión se efectuó en la galería alta del Cabildo el día 22 de Mayo de 1810, y después de mucho discutir se acordó: que cesase de gobernar el virrey, y que en su lugar ejerciese el mando una junta de vecinos nombrada por el Cabildo.

Cuando el pueblo supo lo resuelto, se entregó a las más ardientes manifestaciones de entusiasmo y de júbilo.

Pero pasó el día 23 y el 24, sin que se cumpliera lo resuelto por el pueblo, pues los cabildantes, que en su mayoría eran partidarios del rey, buscaban la manera de hacer una tramoya para que el virrey formase parte de la Junta y la presidiese.

Cuando este rumor empezó a circular, los *Patricios*, los *Arribeños* y otros cuerpos que simpatizaban con la idea de dar al país un gobierno propio se amotinaron, y fué preciso, para aquietarles, que sus jefes les prometieran que no consentirían que el virrey formase parte de la Junta.

Pero el pueblo fué más allá; reunido en la plaza, mostraba a gritos su descontento,

y envió una comisión para que recabase del Cabildo el pronto cumplimiento de lo acordado el 22.

Mientras esta comisión, golpeando las puertas del salón donde en secreto deliberaban los cabildantes, diciendo por boca de Martín Rodríguez; *Que el pueblo quería saber qué era lo que se trataba*, abajo, en la plaza Castelli decía: *¿Por qué hemos de consentir que vuelva a ejercer mando alguno el virrey, por qué?*

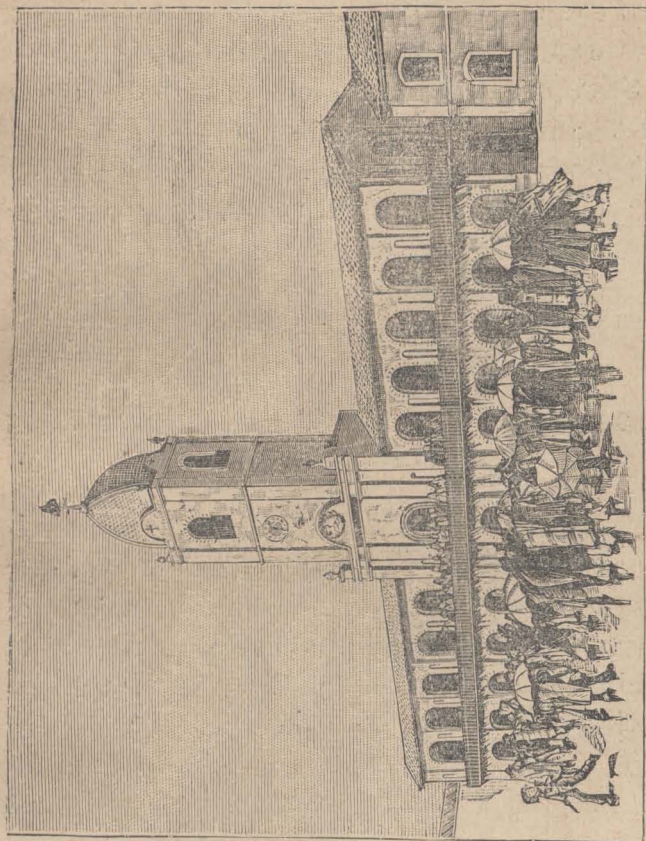
El pueblo, que temía que se tramase algo en contra suyo, se irritaba por momentos, y quién sabe lo que hubiera sucedido sin la inspiración patriótica que tuvo Beruti.

Tomó éste de una mesa una hoja de papel, mojó una pluma, y escribió en ella nueve nombres y una vez que hubo concluido, se asomó a uno de los balcones de la plaza y la leyó en alta voz.

El pueblo, apiñado a las puertas del edificio, aclamó con verdadero entusiasmo aquellos nombres, y el Cabildo, ya temeroso de lo que pudiera sobrevenir, los aceptó también.

Desde aquel momento acabó para siempre la dominación española en Buenos Aires, y el pueblo comenzó a ser libre y señor de sus destinos.

La lista escrita por Beruti estaba formada de los siguientes nombres, que son los de



La plaza de la Victoria el día 25 de Mayo de 1810.

los ciudadanos que formó el primer gobierno patrio :

Don Cornelio Saavedra; doctores Mariano

Moreno, Manuel Belgrano y Juan José Paso; presbítero don Manuel Alberdi; comandante don Miguel Azcuénaga, y los comerciantes don Juan Larrea y don Domingo Matheu.

Saavedra fué nombrado presidente de la Junta; Moreno y Paso, secretarios.

Todos los elegidos popularmente eran americanos, menos Matheu y Larrea que habían nacido en España.

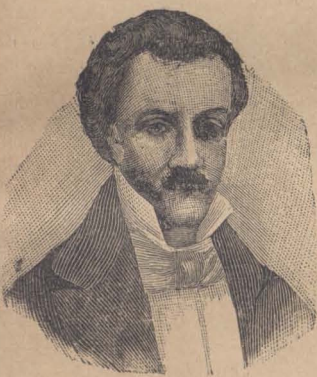
EL CONGRESO DE TUCUMÁN.—LA PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Nosotros, los argentinos, celebramos anualmente las fiestas patrias; el 25 de Mayo, que conmemora la instalación del primer gobierno patriota, y el 9 de Julio recuerda la declaración de la Independencia Argentina hecha por el Congreso de Tucumán.

El día 9 de Julio de 1816, se notaba mucha agitación entre el pueblo tucumano; había corrido la voz de que en aquel día el Congreso declararíase solemnemente la Independencia del país, y todos, ricos y pobres acudían a la casa de la familia Zavalia donde

los diputados sesionaban, deseosos de presenciar la patriótica escena, apeñuscándose los que primero llegaron junto a las ventanas del salón que daban al patio, y que habían sido abiertas de par en par, para que el pueblo pudiera ver y oír.

Llegada la hora señalada, y presentes todos los diputados, el presidente del Congreso,



Narciso Laprida.

que lo era el doctor don Narciso de Laprida, diputado por San Juan, se puso en pie, y con voz firme y solemne preguntó: *Si era firme voluntad de los señores diputados que las Provincias Unidas del Río de la Plata formaran una Nación libre e independiente de*

la Corona de España y de otro cualquier poder extranjero.

Los diputados, puestos en pie y poseídos del mayor entusiasmo, declararon: *Que esta era su voluntad y que la sostendrían con sus vidas y haciendas.*

El pueblo que presenció el acto, atronaba

el aire con sus grandes aclamaciones y demostraciones de júbilo.

Cuéntase que muchos ancianos y aun algunos jóvenes lloraron de alegría, y que no hubo uno solo de los que tuvieron la dicha de presenciar el acto, que no considerase aquel día como el más feliz de su vida.

Para conmemorar el hecho glorioso que todos aplaudían, el Congreso indultó a once desertores que habían abandonado su puesto de honor.

Todos ellos volvieron a las filas, y muchos borraron su falta muriendo heroicamente en defensa de su bandera.



25. 25. 25.
25. 25. 25.
25. 25. 25.

